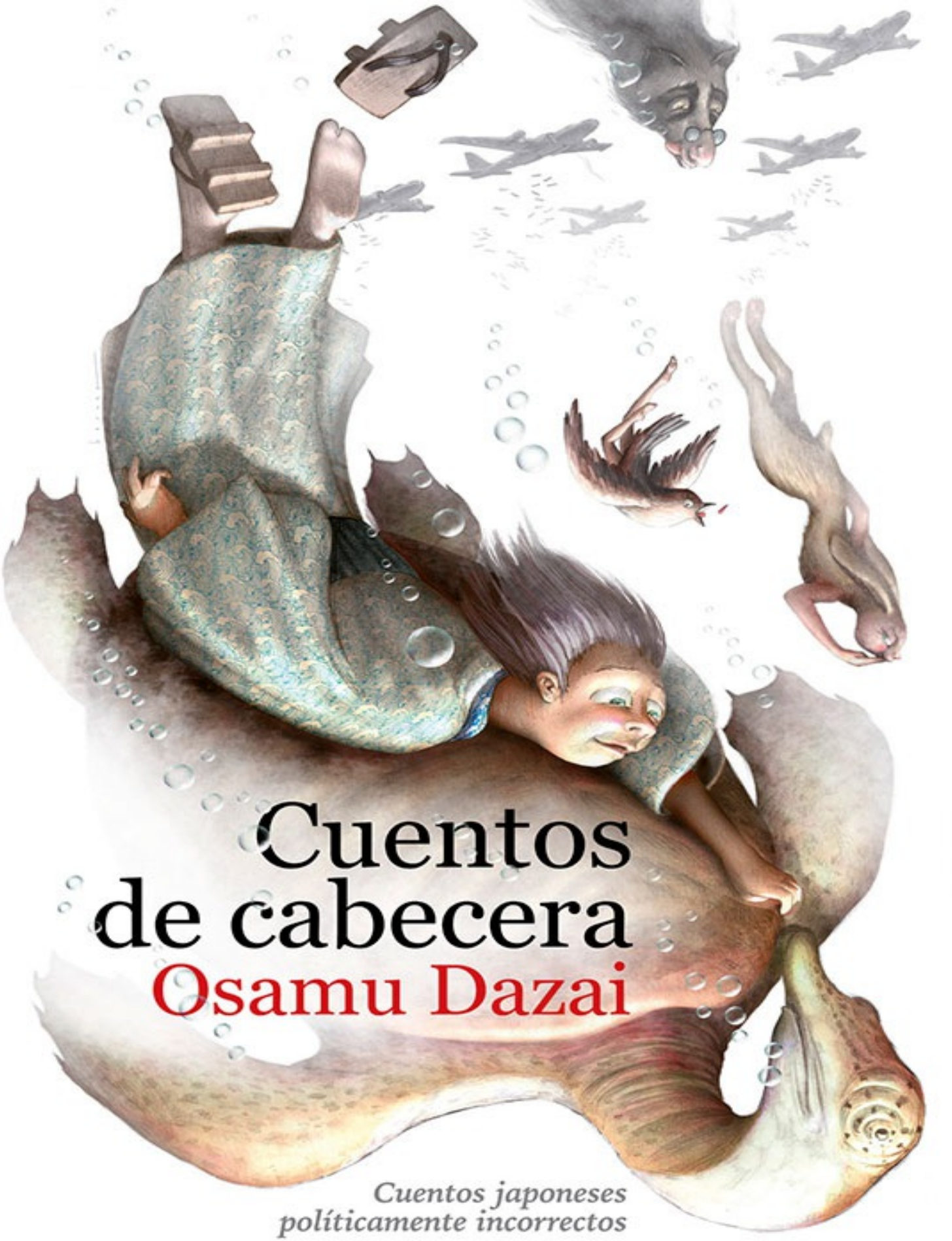


Cuentos de cabecera

Osamu Dazai

Cuentos japoneses políticamente incorrectos

Tokio, 1945. Un refugio antiaéreo. Un padre y sus hijos. Así comienza *Cuentos de cabecera*, una versión cínica y descarada de los cuentos más célebres de Japón en la que Osamu Dazai se ríe de los estereotipos y la tradición.

Suenan las sirenas. Las baterías antiaéreas rugen con su estruendo atronador. Los bombarderos B-29 se aproximan a Tokio para soltar su mortífera carga. Pero, en un estrecho refugio casero, un padre con una imaginación muy particular construye un mundo de fantasía con el que entretener a su hija. Mientras lee en voz alta y afectada los cuentos de un libro ilustrado para niños, en su mente van tomando forma otras historias en absoluto infantiles pero siempre divertidas, impredecibles y mordaces.

«La historia de Urashima», «La montaña Kachi-kachi», «El gorrión de la lengua cortada» y «El lobanillo desaparecido» son cuatro de los cuentos más célebres de Japón, que en esta inusual versión de Osamu Dazai se transforman en una sátira provocadora e hilarante de la eterna guerra de sexos.

En esta edición se ha incluido también la versión original de los cuentos.

Osamu Dazai

Cuentos de cabecera

Cuentos japoneses políticamente incorrectos

ePub r1.1
Titivillus 23.7.2015

Título original: お伽草紙 *(Otogizōshi)*
Osamu Dazai, 1945
Traducción: Daniel Aguilar
Diseño de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

Dazai y los cuentos de cabecera

Posiblemente, no existe en toda la historia de la literatura japonesa un autor tan impúdicamente autobiográfico como Osamu Dazai. Nace en 1909 como Shuji Tsushima en el pueblecito de Kanaki (prefectura de Aomori), de la norteña península de Tsugaru, en el seno de una familia con un nivel económico muy por encima de la media, siendo el décimo de once hermanos. Y estas dos circunstancias ejercerán una fuerte influencia sobre sus escritos, que revelan una profunda preocupación por las diferencias sociales y por las relaciones familiares. La casa familiar, por cierto, se ha convertido en uno de los escasos atractivos turísticos de la región, a pesar de que en vida Dazai no fuera precisamente apreciado por aquellos pagos, siendo considerado poco menos que la oveja descarriada de la familia.

El joven Dazai, que en su niñez pasó mucho más tiempo con una abuela que le leía cuentos y con su aya que con sus padres, empieza a escribir en publicaciones *amateurs* locales a los dieciséis años. A los veintiuno se muda a Tokio para ingresar en la universidad, y allí entra en una vorágine de amores turbulentos, alcohol y drogas, cayendo enfermo con frecuencia y manteniendo relaciones siempre tirantes con el hogar paterno, desde el que, a regañadientes, le ayudan económicamente a subsanar sus desmanes. Durante esta época, y aun sufriendo una gran contradicción interna por ser él mismo hijo de un terrateniente, participa también en actividades de agitación comunista. Más que motivos ideológicos, le mueve el atractivo de su clandestinidad, pero pronto se desencanta al considerar que sus camaradas carecen de profundidad intelectual. Tras sobrevivir a nada menos que cuatro intentos de suicidio (1929, 1930, 1935 y 1937), uno de los cuales le cuesta la vida a su amante de entonces, finalmente, y gracias a los buenos oficios del reputado escritor Masuji Ibuse, contrae matrimonio en 1939. Entremedias, a punto estuvo de conseguir el prestigioso premio Akutagawa de 1935, quedando en segundo puesto.

Dazai cuenta con libros satíricos como este (escrito en el último año de la guerra); otros tiernamente autobiográficos, como *Tsugaru*, sobre su tierra natal; y otros decididamente pesimistas, que fueron los que mayor fama le procuraron, en concreto *Indigno de ser humano* y *El ocaso*. Pero todos ellos guardan en común el retrato de ese joven inseguro, aficionado al sake y los manjares refinados y/o exóticos. Su prosa transpira en todo momento la desesperación del autor por no haber conseguido aún una obra maestra por la que se reconozca su talento, angustia que le lleva al punto de insistir sin éxito al famoso escritor Yasunari Kawabata para que, mediante su influencia, le otorguen un premio. En los pasajes más o menos autobiográficos (o de la vida de otros conocidos suyos) que delatan sus libros, predominan la descripción de las relaciones familiares, la incomprensión y soledad que sufre un intelectual de una provincia remota y desolada, el miedo a la vejez, el afán de reconocimiento de su talento y el narcisismo y la presuntuosidad asumidos, de los que él mismo, con un muy particular sentido del humor, a menudo se ríe. Se aprecia también en su obra el interés por la literatura occidental de vanguardia y la religión cristiana; algo nada sorprendente, puesto que en la universidad, Dazai se especializó en Literatura francesa y, por otra parte, Aomori fue una de las primeras prefecturas norteñas donde se instalaron los misioneros cristianos tras la apertura al

extranjero del cercano puerto de Hakodate a finales del siglo XIX (dicha obsesión por el cristianismo se rastrea también en el cine de Seijun Suzuki, quien casualmente pasó la postguerra en esa misma Aomori).

Otogi-zoshi significa literalmente «cuentos de cabecera». Se entiende por tal los libros de cuentos tradicionales para niños, que equivalen a lo que en Occidente se conoce como cuentos de hadas, aunque pocas veces aparezcan hadas en ellos. Como es habitual en los autores japoneses, Dazai parte de la base de que el lector ya conoce los cuentos de partida, y alude con frecuencia a ellos. Pero, aunque hayan sido editados de manera dispersa desde hace tiempo, como para un lector de habla hispana este conocimiento previo no tiene por qué existir, se ha optado por incluirlos como apéndice en el presente volumen para que sirvan de referencia.

Aunque solo se tomen elementos puntuales de su vida, es fácil reconocer al propio Dazai en los cuatro protagonistas de los respectivos *Cuentos de cabecera* (donde, por cierto, el autor da todavía un paso más allá en la habitual antropomorfización de los animales), puesto que el tema de estos cuatro cuentos no es otro que el de las relaciones hombre-mujer; este es, sin duda, el motivo último e inconfeso por el que el autor renunció a incluir una quinta historia que tenía en mente, la de *Momotaro*, al no haber modelo de figura femenina aplicable. Al respecto de esta relación hombre-mujer, a lo largo de toda la obra puede detectarse un soterrado y curioso equilibrio entre el escarnio de la vanidad masculina y una cierta misoginia. Pero este *Cuentos de cabecera*, si bien busca explicar de la manera más racional (y cínica) posible todas las lagunas que dejaban los cuentos tradicionales japoneses y se ríe de los estereotipos a ellos asociados, no renuncia al hecho sobrenatural en sí, erigiéndose como cuentos repletos de fantasía, con sus parábolas y moralejas, solo que dirigidos a los adultos. Podríamos decir que constituyen una versión actualizada de los originales, pero intentando limar las incongruencias o cuestiones sin explicar que aquellos encerraban. Paradójicamente, el racionalismo que invade a Dazai no le impide recurrir a criaturas sobrenaturales, pero siempre y cuando sus vicios sean los mismos que los de los humanos, puesto que, en el fondo, carece de la capacidad de creer íntegramente desde la fantasía, tal y como reconoce al describir sus intenciones sobre una posible versión del cuento de *Momotaro*.

En cuanto a sus cuentos en sí, en el primero se explotan a gusto las relaciones familiares y el repudio del arte artificioso frente al espontáneo; el llevar o no lo que se entiende por vida recta no puede vencer al factor suerte, parece ser la cínica moraleja de Dazai. En el segundo, se aborda la psicología de un incomprendido intelectual de provincias; y, por cierto, si bien en el texto de Dazai la tortuga muestra un comportamiento más bien masculino, en las versiones clásicas se sobreentiende que el animal es de sexo femenino (a nosotros nos ayuda el idioma castellano en tal presunción). Interesa al respecto señalar que en alguna de las primitivas versiones de hace ya casi mil años, la princesa Oto es la tortuga que ha adoptado forma humana, y se da una conclusión similar a la de Dazai: el envejecimiento no tiene por qué llevar aparejada la infelicidad; la promesa rota no es en este caso necesariamente perjudicial. El tercer cuento parece revelar las relaciones con alguna de sus jóvenes amantes, a la que debió de perseguir de manera tan insistente como el *tanuki* de la historia. Y posiblemente al autor le acompañaba el recuerdo doloroso de aquel intento de suicidio en común con la mujer amada en la costa de Enoshima, donde solo ella se ahogó. Por último, el cuarto relato nos sugiere lo que pudieran haber sido algunas escenas de las trágicamente finalizadas relaciones

conyugales del propio Dazai, con una esposa que le recrimina continuamente su apatía.

Siempre a la defensiva, siempre impaciente por ser reconocido como uno de los grandes, abandonando esposa y dos hijos, Dazai lleva a cabo su quinta tentativa de suicidio en 1948, introduciéndose atado a su amante en las aguas del río Tamagawa, en Tokio. Esta vez no fallará.

Daniel Aguilar

Prefacio

—¡Ah, ya está empezando! —dijo el padre dejando su bolígrafo mientras se levantaba.

Si fuera tan solo la sirena de alarma, no se amedrentaría como para dejar su trabajo. Pero al tratarse también del atronador rugido de la artillería antiaérea, aseguró la acolchada capucha protectora sobre la cabeza de su hija de cinco años y, cogiéndola en brazos, la llevó al refugio casero. La madre ya estaba acurrucada en el estrecho espacio, con su hijo de dos años ceñido a la espalda.

—Suenan cerca, ¿eh? —dice el padre.

—Sí. Pero este refugio es muy estrecho.

—¿Tú crees? —responde él con aire ofendido—. Pues en realidad este es el tamaño adecuado. Si fuese más profundo, correríamos el peligro de quedar enterrados vivos.

—Pero podría ser un poco más ancho, ¿no?

—Mmm… bueno, sí, pero el suelo está congelado ahora. No es tan fácil cavar. Quizá más adelante —responde vagamente, esperando zanjar la discusión para poder oír en la radio las noticias del bombardeo.

Sin embargo, ahora que las quejas de la madre remitían, la niña de cinco años empezaba a insistir con un «¿por qué no salimos ya del refugio?». La única manera de tranquilizarla era sacar un libro de cuentos ilustrados. *Momotaro*, *La montaña Kachi-kachi*, *El gorrión de la lengua cortada*, *El lobanillo desaparecido*, *Urashima el pescador*, etc., etc. El padre va leyendo estos viejos cuentos a los niños.

Aunque se viste pobremente y tiene aspecto de necio, en realidad este padre no es una persona corriente, sino que es un hombre con una habilidad inusual para crear historias.

Érase una vez, hace mucho, mucho tiempo…

Incluso mientras lee el texto con una voz estúpidamente afectada, en su interior va cobrando vida otra historia diferente y mucho más elaborada.

El lobanillo desaparecido

Érase una vez, hace mucho tiempo,
un anciano que tenía un gran lobanillo que colgaba
de su mejilla derecha, y que le causaba enormes molestias…

Este anciano vivía a los pies del monte Tsurugi en la provincia de Awa, en la isla de Shikoku. Por lo menos, eso es lo que parece, aunque no hay ningún fundamento concreto para asegurar que así fuera. Se dice que esta historia procede de la antigua *Colección de cuentos de Uji*, pero estando en un refugio antiaéreo, no es posible consultar los textos originales para cerciorarse. Y no solamente en cuanto a este cuento de *El lobanillo desaparecido*, sino que sucede algo similar con el siguiente de *La historia de Urashima*, que voy a desarrollar a continuación, cuyos hechos ya aparecen en el antiguo *Nihon shoki* (Crónicas del Japón), y sobre el que hay un largo poema en la antología *Manyoshu* (Libro para diez mil generaciones). También parece haber referencias a la historia de Urashima en otros libros antiguos como el *Tango fudoki* (Crónicas de la provincia de Tango) o el *Honcho shinsenden* (Historias inmortales del Imperio), y no hace mucho que Ogai presentó una adaptación para el teatro. También creo que Shoyo[1] o algún otro hizo una versión para baile, pero, en cualquier caso, lo cierto es que la historia de Urashima aparece en todo tipo de entretenimientos, desde el noh al kabuki, pasando incluso por los bailes de *geishas*.

En mi caso, tengo el vicio de regalar enseguida o de vender los libros cuando termino de leerlos, por lo que nunca he tenido eso que podríamos llamar una biblioteca propia. Así que, en casos como este, y basándome en el difuso recuerdo de lo que estoy seguro que alguna vez leí, tengo que deambular rastreando el libro original. Pero ahora eso me resultaría muy difícil. En este momento me hallo acurrucado dentro de un refugio antiaéreo. Y lo único que tengo es un libro de cuentos ilustrado abierto sobre mis rodillas. Tengo que desistir de buscar referencias en otros libros y habré de basarme únicamente en lo que vaya desarrollando mi imaginación. Pero quién sabe si quizá no sea mejor así, y de esta manera salga una historia más viva y entretenida.

Y con tales razonamientos, dándose excusas que suenan al consuelo íntimo de los perdedores, este padre tan particular continúa…

Érase una vez, hace mucho, mucho tiempo…

Y según iba leyendo en voz alta este libro ilustrado, apretujado en un rincón del refugio, en su interior iba desarrollando una historia nueva y diferente.

Este anciano es un gran aficionado al sake. Un gran bebedor suele ser, en la mayoría de los hogares, un hombre solitario. Decidir si bebe porque es un solitario o si se ha vuelto un solitario porque el resto de la familia le ha dado de lado por ser un bebedor es tan difícil como dar una palmada y determinar cuál de las dos manos es la que ha sonado, por lo que acabaríamos perdidos en divagaciones inútiles. En cualquier caso, este anciano, cuando estaba en casa, siempre tenía el rostro malhumorado. Y no es que su entorno familiar fuese particularmente malo. Su esposa gozaba de buena salud. Ya frisaba los setenta años, pero su espalda se mantenía recta y la vista, clara. Al parecer, en su día había sido toda una belleza. Desde joven había sido de pocas palabras y muy formal, y ahora se dedicaba con gran afán a las tareas del hogar.

Pero si el viejo comentaba con alegría «Mira, ya ha llegado la primavera; el cerezo ha florecido», su esposa contestaba con desinterés «¿Ah, sí? Apártate un poco, por favor, tengo que limpiar ahí»; ante lo cual él volvía a su expresión deprimida de siempre.

Nuestro anciano también tiene un hijo, que ya ha cumplido casi cuarenta años, y que es toda una rareza en este mundo por su irreprochable conducta. No solo no bebe alcohol ni fuma, sino que ni se ríe, ni se enfada, ni se alegra, limitándose a hacer calladamente sus tareas del campo. Las gentes del lugar no pueden sino sentir un profundo respeto por él y le llaman el Santo de Awa. Además, ni ha tomado esposa, ni se afeita, y es tan gris que podría pensarse que está hecho de madera y piedra. En resumidas cuentas, el hogar de nuestro anciano solo puede calificarse como el de una familia excelente.

Y sin embargo, lo cierto es que el hombre está deprimido. Entonces, aunque intenta mostrar consideración hacia su familia, no puede reprimir el deseo de beber sake. Pero si bebe en casa, eso le deprime todavía más. Ni su esposa ni su hijo el Santo de Awa le reprochan nada si bebe en casa. Se limitan a cenar en silencio a su lado mientras él toma su sake de sorbito en sorbito.

Al empezar a emborracharse, surge en el anciano el deseo de un compañero de conversación, por lo que comienza a decir banalidades. «Bueno, ya ha llegado la primavera, ¿verdad? Las golondrinas también han vuelto». Una observación totalmente innecesaria. La esposa y el hijo continúan callados. «La tarde de primavera, aun breve, vale más que un millar de piezas de oro, como decía aquel poema», y así añadía farfullando un nuevo comentario fútil.

Dando por finalizada su cena, el Santo de Awa se levanta y entona unas palabras de agradecimiento por los alimentos ingeridos, mientras hace una profunda reverencia hacia su plato vacío.

«Creo que ya es hora de que coma algo yo también», murmura el anciano mientras, con tristeza, coloca boca abajo sobre la mesa su vacío vaso de sake.

Esto es más o menos lo que viene a suceder cuando bebe en casa.

Una mañana en que hacía buen tiempo
el anciano fue a la montaña para recoger leña

Al anciano le gustaba subir a la montaña Tsurugi en los días soleados, con su calabaza de

peregrino sujeta al cinto, para entretenerse recogiendo ramas para el fuego. Cuando se cansó de recoger palos, se sentó en una roca con las piernas cruzadas y, aclarándose la garganta pretenciosamente, exclamó:

—Una vista maravillosa, ¿eh?

Y acto seguido, con firme decisión, echó un trago del sake que llevaba en la calabaza. Realmente tenía una cara de auténtica felicidad. Parece un hombre totalmente distinto de cuando está en casa. Pero lo único que no ha cambiado es el molesto lobanillo que le cuelga de la mejilla derecha. Este lobanillo brotó un otoño de hace unos veinte años, cuando acababa de superar la cuesta de los cincuenta. Primero sintió un extraño calor en el carrillo derecho, después se fue extendiendo un molesto picor y, poco a poco, fue surgiendo una hinchazón que, al palpar y acariciar cuidadosamente, se iba volviendo mayor. Sonriendo con tristeza, el hombre dijo:

—¡Vaya un nieto que me ha salido!

A lo que el Santo de su hijo replicó con gran seriedad:

—De una mejilla no puede nacer un niño. —Como si hubiera hecho un brillante descubrimiento.

—Bueno, no creo que te vayas a morir por eso, ¿no? —apostilló inexpresiva la esposa, desapareciendo a continuación todo su interés por el lobanillo.

En cambio, los vecinos del lugar mostraban mucha mayor compasión, con comentarios del tipo «¿Cómo le ha pasado a usted esto?», «¿No le duele?», «Debe ser toda una molestia, ¿verdad?», u otras palabras de consuelo. Ante estos comentarios, el hombre disimulaba su desdicha contestando sonriente. Pero ahora, lejos de considerarlo una molestia, el anciano había llegado realmente a querer a su lobanillo como si fuera un nieto, pues se había convertido en el único compañero con que aliviar su soledad. Todos los días, al levantarse y asearse la cara por las mañanas, lavaba también con un cuidado especial su lobanillo, como si quisiera purificarlo con el agua clara. En días como este, en que estaba solo en la montaña bebiendo sake y de buen humor, el lobanillo cobraba un significado especial al convertirse en un oyente imprescindible de sus soliloquios. Sentado sobre la roca con las piernas cruzadas y bebiendo el sake de su calabaza, el anciano acariciaba el lobanillo mientras decía: «Pero qué. No hay nada que temer. Ni nadie a quien guardar consideración. Todo el mundo debería emborracharse. Hasta la formalidad debe tener su límite. ¡Oh, el Santo de Awa!… Vaya, usted perdone. No sabía que fuese un hombre tan maravilloso». Y así farfullaba a su lobanillo las críticas hacia los demás, para terminar carraspeando en voz alta: «¡Ejem!».

De repente, el cielo se ennegreció
El viento soplaba y soplaba
Y comenzó a llover a cántaros

En las tardes de primavera son raros los chubascos como este. Pero también hay que pensar que en montañas tan altas como el Tsurugi, los cambios bruscos de tiempo suceden de vez en cuando. La montaña parecía cubrirse de un blanco vapor por la lluvia. Las perdices y demás pájaros silvestres se lanzaban como una flecha hacia el bosque buscando refugiarse del temporal, pero el anciano sonreía con calma, sin dar muestras de querer apresurarse.

«No le vendrá mal a este lobanillo mío el refrescarse con la lluvia», decía mientras continuaba sentado en la roca, contemplando el paisaje bajo el aguacero. Pero cada vez llovía con más fuerza y

no parecía que fuese a escampar, así que se levantó con un fuerte estornudo y se echó a la espalda la leña que había reunido. «Vaya, hombre. Creo que me he enfriado demasiado», admitió. Y se dirigió al interior del bosque buscando refugio. Allí se habían reunido ya un buen número de pájaros y otros animalillos, por lo que el lugar estaba atestado.

«Con permiso. Perdón, con permiso», iba diciendo el anciano a los monos, conejos y palomas de monte, saludando a todos con gran humor y adentrándose poco a poco en el bosque hasta llegar a un gran cerezo de montaña, con un enorme hueco junto a sus raíces, donde finalmente se introdujo. «Vaya, vaya, he encontrado un salón estupendo. ¿Qué tal si pasan ustedes también?», dice a los conejos y otros animalillos. «No hay viejas altaneras ni santos aquí dentro. No hay por qué cohibirse. Adelante, adelante». Así de contento llamaba a unos y otros; pero al poco rato se quedó dormido y empezó a roncar suavemente. Los bebedores suelen decir tonterías cuando se emborrachan, pero por lo general son gente inofensiva y sin malicia, como en este caso.

Mientras esperaba a que cesase la lluvia,
debido, quizá, al cansancio acumulado,
el anciano se quedó profundamente dormido.
Las nubes desaparecieron, dejando el cielo despejado
y dando paso a una noche de luna clara y brillante.

Es cuarto menguante, el primero de la primavera. La luna flota en el cielo como si este fuera agua, con un color pálido casi verde, y en el suelo del bosque sobre el que pende, su sombra lo cubre todo como si fuera una lluvia de agujas de pino. El anciano todavía duerme profundamente. Una bandada de murciélagos sale aleteando del hueco de un árbol y el anciano se despierta con un sobresalto, alarmado al ver que es de noche.

«¡Oh, oh, mal asunto!». Al instante pasan por delante de sus ojos el rostro sombrío de su esposa y el semblante austero del Santo. «¡Ah, menuda la hemos hecho! Hasta ahora nunca me han regañado», recuerda. «Pero llegando a casa tan tarde, las cosas pueden ponerse desagradables. ¡Ey!, ¿ya no queda sake?». Agita la calabaza y se reconforta al oír un leve tintineo. «¡Ah, todavía queda!». Apura de un enérgico trago hasta las últimas gotas y empieza a sentirse torpemente sentimental. «Bien, veo que la luna ha salido», dice, y continúa murmurando comentarios triviales mientras sale a rastras del árbol hueco. «La tarde de primavera, aun breve…».

Y entonces llegamos al pasaje del cuento que dice:

¿Pero qué será este barullo de voces alegres?
Y al mirar… ¡Qué vista tan maravillosa!
¿Estaría soñando?

¡Mira! En un claro del bosque, se está desarrollando una escena que no puede pertenecer a este mundo. Yo no sé qué aspecto tiene un demonio de esos que llamamos *oni*. Puesto que nunca he visto ninguno. Desde pequeño he visto dibujos de *oni* hasta el hartazgo, pero no he tenido el honor de encontrarme cara a cara con ninguno. Con todo, parece que hay muchas variedades de demonio. Puesto que llamamos «demonio» a los asesinos, a los vampiros y, en general, a todo ser odioso y

despreciable, podemos pensar que la palabra encierra invariablemente una connotación negativa sobre el carácter del ser al que describe. Pero, por otra parte, en el mundo de las Letras, cuando en la sección de los periódicos dedicada a las novedades editoriales leemos el anuncio de un nuevo libro del maestro Tal y Tal, y lo vemos calificado como «la última muestra del demoníaco talento del autor», uno se queda perplejo. No parece que la sospechosa palabreja esté usada en la sección de novedades con el fin de sacar a la luz y prevenir al mundo de la maldad y perversidad del talento del maestro Tal y Tal. Uno pensaría que al ser tildado de «Demonio de las Letras», endosarle un calificativo tan insultante debería ser considerado como una ofensa por el tal maestro, pero por lo visto no solo no es así, sino que parece que el autor consiente e incluso a veces alienta secretamente, según dicen las malas lenguas, el que le llamen así. Por lo que alguien tan despistado como yo se queda todavía más perplejo. Y es que no consigo imaginarme a estos *oni*, con su taparrabos de piel de tigre, la cara roja y empuñando un basto garrote de hierro, como divinidades de las artes. Hace ya tiempo que vengo sugiriendo con estúpida inocencia que dejen de usarse calificativos tan difíciles de desentrañar como «talento demoníaco» o «demonio de las Letras», pero quizá se deba a mi estrecha mentalidad, que no termina de comprender que existen muchas clases de demonios. En un caso así, si pudiera echar tan solo una ojeada a la *Enciclopedia Nipónica*, podría aparentar al instante ser un docto erudito al que viejos y jóvenes, mujeres y niños respetan (como suele suceder con todos los sabihondos de este mundo), y, poniendo expresión circunspecta, disertar con detalle sobre las mil y una particularidades de los demonios. Pero, por desgracia, estoy acurrucado en un refugio antiaéreo y todo lo que tengo es un libro ilustrado de cuentos para niños sobre mis rodillas. Me veo obligado, pues, a basar mis disertaciones únicamente en los dibujos de este libro.

¡Mira! Al fondo del bosque, sobre un claro cubierto de hierba, están sentados en círculo algo más de una decena de extrañas figuras humanoides, o quizá deba decir de bestias. En cualquier caso se visten con taparrabos de piel de tigre, son grandes y de color rojo y, a la luz de la luna, están en mitad de la celebración de un banquete.

Al principio, el anciano se asusta. Pero los bebedores, aunque puedan ser unos cobardes cuando están sobrios, si están ebrios son capaces de mostrar un valor mayor que el de la mayoría de la gente. Nuestro anciano ahora está sumido en una agradable embriaguez. Se siente todo un valiente que no teme a nada, ni siquiera a las estrictas esposas o a los virtuosos santos. Tampoco ante el misterioso espectáculo que se le presenta ahora va a caerse de espaldas como un vergonzoso cobarde. Todavía a gatas, tal y como salió del hueco del árbol, continúa mirando fijamente el misterioso banquete que tiene lugar ante sí, y murmura: «Parece que se lo están pasando en grande emborrachándose». Y al advertir esto, una extraña felicidad comenzó a brotar en su corazón. Al parecer, los bebedores sienten una especie de gran alegría al ver emborracharse también a los demás. Por tanto, no deben ser egoístas. Más bien deben tener una especie de sentimiento filantrópico parecido al que nos hace brindar por la felicidad de nuestros vecinos. Quieren emborracharse, sí, pero parece que ese placer es doble si también el vecino se emborracha alegremente. A nuestro anciano le pasaba lo mismo. Sabía instintivamente que aquellos seres grandes y rojos que tenía ante sí, a medio camino entre los humanos y las bestias, eran los terribles demonios *oni*. Como confirmación, estaba además el taparrabos de piel de tigre. Pero estos demonios estaban ahora de buen humor, emborrachándose. El anciano también estaba borracho. En esta situación, necesariamente tiene que haber un entendimiento

amistoso. El anciano continúa a gatas, contemplando el extraño festín que tiene lugar a la luz de la luna. Llegó a la conclusión de que los demonios, por lo menos el tipo de demonios que él tenía ante sí, no poseían un carácter esencialmente maligno como los asesinos o los vampiros, sino que a pesar de sus rostros de color rojo y aspecto terrible, eran unos seres alegres e inofensivos. A grandes rasgos, esta impresión del anciano dio en el clavo, puesto que estos demonios eran de carácter afable, y se les podría calificar como los ermitaños del monte Tsurugi. Eran de una raza totalmente distinta de la de los *oni* que pueblan el infierno. Para empezar, no llevaban algo tan basto como un garrote de hierro. Podemos decir, pues, que esto suponía prueba suficiente de que no eran peligrosos. Pero aunque los califiquemos de ermitaños, no se trataba de unos seres con grandes conocimientos, como pudiera ser el caso de los llamados Sabios del Bosque de Bambú que, como reza su nombre, se recluyeron en un bosque de bambúes, sino que los ermitaños del monte Tsurugi eran más bien bastante obtusos. Si hacemos caso de una explicación etimológica harto simplista que escuché en cierta ocasión, puesto que el ideograma *sen* que se utiliza en la palabra «eremita» se compone de los más sencillos de «persona» y «montaña», cualquiera que viva en las montañas remotas puede ser calificado de «eremita». Por muy simples de espíritu que fueran estos ermitaños del monte Tsurugi, entonces se les podría llamar también eremitas, con todo el respeto y la aureola de magia que dicha palabra conlleva. En cualquier caso, a este grupo de seres rojos y grandullones que ahora se hallan de fiesta a la luz de la luna, parece más propio llamarlos ermitaños o eremitas que demonios. Ya he hablado de la simplicidad de sus corazones, pero al ver el aspecto que presenta su fiesta resulta evidente el alcance de su intelecto y su falta de sentido artístico, pues se limitan a vociferar y aullar sin sentido, a reírse palmoteando sus rodillas, a brincar en cuclillas o a dar volteretas en torno al círculo que han formado, en lo que parece ser su forma de bailar. Este solo hecho de por sí parece confirmar que expresiones del lenguaje japonés como «talento demoníaco» o «demonio de las Letras» carecen por completo de sentido. Por lo menos, a mí me resulta absolutamente imposible pensar que este hatajo de palurdos sin ningún sentido artístico pueda servir para representar al genio divino de las Artes. El anciano también se quedó anonadado ante un baile tan torpe, y riendo por lo bajo se dijo: «¡Pero qué baile tan patético! Bueno, ¿qué tal si les hago una pequeña demostración de mis habilidades como bailarín?».

El anciano, al que le gustaba bailar,
enseguida se plantó ante ellos de un salto,
y bailaba mientras su lobanillo se balanceaba
hacia arriba y hacia abajo, de una manera alocada y divertida.

El anciano se hallaba imbuido del valor de la embriaguez. Y además, sentía una gran empatía hacia estos demonios, por lo que, sin temor alguno, se metió entre ellos y comenzó a cantar y bailar su especialidad, la llamada danza de Awa:

«Las jóvenes con su peinado estilo Shimada,
y las viejas con su peluca,
¿cómo no perder el sentido ante esos lazos rojos?
Hasta las novias ocultan el rostro bajo su sombrero,

y se animan diciendo “vamos, vamos”».

Y cantaba con buena voz algo en este estilo popular de las canciones de Awa.

Los demonios, por su parte, se descoyuntaban de risa, saltándoseles las lágrimas o cayéndoseles la baba, emitiendo extraños sonidos guturales de regocijo y sorpresa. El anciano, alentado y emocionado por la reacción, probó otro verso.

«Si cruzamos por el valle,
solo hay piedras y rocas,
y si cruzamos la montaña del bambú,
solo hay bambú».

Cantaba con una voz más alta que antes, acompañando su baile de gestos cómicos.

Los demonios se hallaban eufóricos, y decían:

«Tiene que venir sin falta en las noches de luna.
Que baile y baile para nosotros.
Como prueba de ese compromiso,
quedémonos en prenda algo valioso que tenga».

Así discutían entre ellos, manteniendo un conciliábulo en voz baja, lleno de cuchicheos. «Ese lobanillo que le cuelga de la mejilla y que brilla tan lustroso parece un tesoro fuera de lo común; si nos lo guardamos en prenda, seguro que vuelve», decían, y tras tan estúpida suposición, se lo arrancaron de pronto. Sin duda eran seres ignorantes, pero seguramente habían aprendido artes mágicas después de haber morado tantísimo tiempo en las montañas, puesto que, sin mayor dificultad, quitaron en un santiamén el lobanillo de la mejilla del anciano sin dejar marca alguna.

El anciano exclama sorprendido: «¡Eh, no podéis hacer eso! ¡Es mi nieto!», ante lo cual los demonios lanzan por toda respuesta unos gruñidos de satisfacción por su astucia.

Con la llegada de la mañana,
a lo largo del camino que reluce con el rocío,
acariciando su lisa mejilla con una expresión abatida,
va descendiendo de la montaña el anciano.

Como el lobanillo había sido su único confidente en los momentos de soledad, ahora que lo había perdido, el abuelo se sentía algo triste. Sin embargo, la caricia de la brisa matutina en su ya ligera mejilla no era, ni mucho menos, una sensación desagradable. «Bueno, entre unas cosas y otras, por una parte he perdido y por otra he ganado, pero por lo menos me lo he pasado bien cantando y bailando a gusto como no lo hacía desde hace mucho, así que supongo que el balance final es positivo», se iba diciendo despreocupadamente mientras bajaba por el camino hacia su casa, cuando fue a toparse con el santo de su hijo, que se dirigía a las faenas del campo.

—Buenos días —saluda ceremonioso el Santo, quitándose el sombrero.

—Hola —se limita a decir el anciano.

Y sin mayores explicaciones, sigue cada uno por su lado. Al ver que en una sola noche había desaparecido el lobanillo del anciano, hasta alguien como el Santo estaba, en su fuero interno, ciertamente sorprendido; pero pensaba que hacer comentarios sobre el aspecto físico de sus padres era algo que contradecía la ética de un buen santo, por lo que prefirió aparentar que no se daba cuenta y seguir su camino.

Al llegar a casa, su esposa le saludó con un tranquilo:

—Ah, ya estás de vuelta. Buenos días.

Y sin hacer el menor comentario ni pregunta alguna sobre su ausencia de la noche pasada, prosiguió con un:

—La sopa de miso ya está fría —murmurando en voz baja, mientras disponía sobre la mesa el desayuno del anciano.

—No, no importa que esté fría. No hace falta que la calientes —contestó consideradamente a la vez que se sentaba a la mesa.

Mientras tomaba los alimentos que le servía su esposa, sentía un deseo irrefrenable de contarle las maravillas vividas durante la noche. Sin embargo, aplastado por la tan correcta como indolente actitud de ella, las palabras se le atascaron en la garganta como una pelota, y no pudo decir nada, por lo que se puso a comer triste y cabizbajo.

—Parece que se te ha secado el lobanillo, ¿verdad? —dejó caer su esposa.

—Mmm. —Ya se le habían pasado las ganas de hablar.

—Se habrá agrietado y salido el agüilla de dentro, ¿no?

—Mmm.

—Bueno, seguramente se acumulará otra vez y volverá a hincharse.

—Sí, seguramente.

En resumidas cuentas, para la familia de nuestro anciano el asunto del lobanillo no tuvo la menor importancia. Sin embargo, próximo a este abuelo vivía otro que tenía un lobanillo similar en la mejilla izquierda, también muy molesto. Y, a diferencia del primero, para este anciano el lobanillo de su mejilla izquierda era verdaderamente insufrible y odioso. Lo consideraba un estorbo para triunfar en este mundo y sufría pensando en lo mucho que, por su causa, la gente se había reído de él hasta entonces. Por ello, se miraba al espejo a diario, suspirando pesaroso cada vez. Incluso intentó dejarse una larga barba con objeto de enterrarlo en ella, pero lo único que consiguió es que el lobanillo apareciese como un lustroso sol al amanecer sobre el mar, rodeado de la blanca espuma de esas olas compuestas de pelos, lo cual hacía destacar todavía más el extraño fenómeno. En principio, no había nada reprobable en el aspecto o en el porte de este anciano. Tenía una constitución imponente, una nariz bien formada y unos ojos penetrantes. Su manera de expresarse y sus movimientos encerraban gravedad y siempre daba la impresión de poseer un juicio justo y equilibrado sobre las cosas. En cuanto a su vestimenta, resultaba envidiable y al parecer poseía muchos conocimientos; y si de recursos económicos hablamos, según lo que se comentaba, no se podía ni comparar con el otro anciano borrachín del que hemos hablado hasta ahora. Por todo ello, las gentes del vecindario se dirigían a él conscientes de su superioridad, llamándole «señor» o «maestro», y mostrándole un gran respeto. Es decir, que se trataba de una persona muy respetable en todos los aspectos, pero por culpa de aquel molesto lobanillo, el hombre se encontraba deprimido

día y noche, sin poder disfrutar de la vida. La esposa de este caballero era mucho más joven que él, de hecho solo contaba treinta y seis años. No es que fuera extremadamente bella, pero era de tez clara y un poco rechoncha, campechana y siempre de buen humor, de una risa alegre. Tenían una hija de doce o trece años, que esa sí que era toda una belleza, aunque de carácter un tanto estirado e impertinente. Pero madre e hija congeniaban muy bien, y cada dos por tres estaban riéndose juntas por cualquier cosa, así que a la gente le producía la impresión de que aquel era un hogar feliz y sin problemas, a pesar de la continua desdicha del esposo.

—Mamá, ¿por qué es tan colorado el lobanillo de papá? Parece la cabeza de un pulpo —decía descaradamente la hija sin el menor recato.

Y la madre, sin regañarla en absoluto, se reía y contestaba:

—Es verdad, parece como si le colgara un mazo de monje[2] de la mejilla.

—¡Callaos la boca! —gritó el hombre enfadado, poniéndose en pie de un salto y dirigiendo una mirada de odio a esposa e hija, tras lo cual se retiró a la habitación del fondo, poco iluminada, donde se miró detenidamente al espejo.

«Esto no puede seguir así», murmuraba.

Cuando ya había tomado la determinación de cortarse el lobanillo con una daga, aun a riesgo de morir, llegaron a sus atentos oídos los comentarios sobre el anciano borrachín del vecindario cuyo lobanillo había desaparecido de la noche a la mañana. Ese mismo atardecer, el distinguido caballero se presentó en la pobre choza del anciano borrachín, del que escuchó la historia de aquel misterioso banquete a la luz de la luna de la noche pasada.

Al escuchar esto, se llevó una gran alegría y dijo:
Bien, bien, entonces yo también tengo que conseguir
sin falta que se lleven mi lobanillo.

Y se levantó con gran vigor. Por fortuna, esa noche también brillaba clara la luna. El caballero, como si fuera un guerrero que parte a la batalla, llevaba los labios fruncidos hacia abajo y sus ojos brillaban con firme decisión. Va dispuesto a dejar a los demonios rendidos ante su arte del baile con abanico, y, si por casualidad esos demonios ignorantes y borrachuzos no comprenden su arte, entonces está dispuesto a matarlos a todos con su abanico de metal como arma. Adelantando un hombro tras otro con energía, va penetrando en lo más hondo del monte Tsurugi con su abanico de hierro apretado en la mano derecha con una decisión tal, que no se sabe si su verdadero propósito es exhibir su talento para el baile ante los demonios o exterminarlos. En casos como este, el resultado artístico de aquel que va desde el principio, como se dice, con la «intención de crear una obra maestra», suele arrojar unos frutos desastrosos.

La danza de nuestro docto caballero, por resultar demasiado abrupta y consciente, terminó en un fracaso estrepitoso. De improviso, se plantó en medio del festejo de los demonios, caminando con gran solemnidad y reverencias, y saludando con un:

—Aunque no vaya a estar a la altura…

Acto seguido, desplegó su abanico con una floritura y, manteniendo la pose, miró fijamente a la luna, quedando tan inmóvil como los grandes árboles que le rodeaban. Tras dejar pasar unos momentos así, da un ligero toque en el suelo con el pie y, como haciéndose esperar, empieza a recitar

lastimero:

«Esto era un monje que pasaba el verano
en Naruto, en la provincia de Awa.
Puesto que sabía que el clan de los Taira
había encontrado su fatal destino en estas aguas,
todas las noches acudía a la playa para rezar
por el descanso de sus almas.
Aguardando junto a las rocas,
aguardando junto a las rocas,
parece como si escuchara el sonido de una embarcación
entre las olas, o quizá el de los remos,
en las tranquilas aguas de Naruto de esta noche.
Así debió ser ayer también, y así será mañana también».

Tras un leve movimiento, una vez más dirige su mirada a la luna, y mantiene la pose.

Los demonios estaban desconcertados y espantados.
Poniéndose en pie apresuradamente,
comenzaron a huir a trompicones hacia el interior de la montaña.

—¡Esperad un momento! —les gritaba el caballero desesperado, mientras corría detrás de ellos —. ¡No me podéis abandonar ahora!

—¡Huid, huid! Debe de ser Shoki, el cazador de demonios.

—¡No, no soy Shoki! —vociferaba el caballero mientras intentaba darles alcance con todas sus fuerzas—. Por favor, por favor, ¡llevaos este lobanillo!

—¿Qué? ¿El lobanillo? —El demonio, confundido por la agitación, le malinterpretó—: Ah, ¿conque era eso? Es un preciado tesoro que guardamos en prenda del anciano del otro día, pero ya que tanto lo deseas… ¡Está bien! Te lo daremos. Pero no vuelvas a bailar así, por favor. Nos has arruinado el placer de nuestra borrachera. Te lo pido. Déjanos en paz. Ahora nos tenemos que ir a otro sitio y volver a empezar la fiesta. Te lo pido. Déjame marchar de una vez. ¡Eh, que alguien le de a este viejo chiflado el lobanillo de la otra noche! ¡Dice que lo quiere!

Los demonios trajeron el lobanillo que se habían quedado
la otra noche,
y se lo pusieron en la mejilla derecha al caballero.
Ay, ay, ahora ha terminado con dos lobanillos.
Y cómo pesan cuando se balancean al caminar,
a medida que el pobre anciano
emprende pesaroso el camino de vuelta hacia la aldea.

Fue un resultado verdaderamente trágico. Por lo general, los cuentos infantiles terminan con la

moraleja de que quien hace algo malo recibe al final un castigo y, sin embargo, el anciano caballero de nuestra historia no ha hecho nada malo. ¿Acaso lo único que puede achacársele no es sino haberse puesto demasiado envarado por los nervios y haberle salido un baile estrafalario? Por lo demás, tampoco había ningún pariente malvado en la familia de este anciano. Y lo mismo se puede decir del anciano borrachín, o de su familia, o de los demonios del monte Tsurugi, pues ninguno ha hecho nada malo. En resumidas cuentas, aunque en esta historia no haya habido ni un solo acto punible, sí hay una persona con desenlace infeliz. Por ello, si quisiéramos utilizar esta historia del lobanillo desaparecido como una moraleja para la conducta cotidiana, nos veríamos en serias dificultades. Y si aquí algún lector irascible me espeta y acorrala con un «Bueno, y entonces ¿qué quieres decir con esta condenada historia?», solo me quedará contestar de la siguiente manera: «Es una tragicomedia sobre el carácter humano. En el fondo de nuestra vida cotidiana, siempre subyace este problema».

La historia de Urashima

Al parecer, Taro Urashima fue un personaje real que nació en un lugar llamado Mizunoe, en la provincia de Tango, que es el nombre que tenía la parte norte de la actual prefectura de Kioto. He oído decir que, en una de esas frías aldeas de la costa norte de esa zona, todavía existe un templo sintoísta dedicado a Taro. Personalmente nunca he visitado dicha región, pero por lo que he escuchado a otros, se trata de una costa particularmente desolada. Y allí vivía nuestro Taro Urashima. Por supuesto, no es que viviera solo. Tiene un padre y una madre. Y dos hermanos menores, chico y chica. Y además hay muchos sirvientes en la casa. En resumen, que se trataba del primogénito de una antigua familia de renombre en toda esa costa. El hecho de ser el primogénito varón de una antigua familia implicaba, entonces y ahora, una serie de particularidades características. En definitiva, la manera en que se orientan los gustos y las aficiones. Siendo generosos, puede hablarse de una inclinación hacia el refinamiento o la belleza artística, y siendo malévolos, de un afán por el entretenimiento. Sin embargo, aunque hablemos de «entretenimiento», no se trata de perseguir mujeres o de emborracharse como una cuba, sino de unos gustos totalmente distintos a los de un manirroto errabundo. El beber desmedida y toscamente cual vagabundo descontrolado y caer en las redes de una mala mujer de familia poco recomendable, causando la vergüenza de padres y hermanos, es algo que se puede observar con frecuencia en los segundos o terceros hijos. Pero en el primogénito varón no se da un carácter tan agreste. Puesto que, de generación en generación, viene heredando una serie de bienes y una profesión a la que aferrarse, se forja en él una especie de espíritu conservador y suele tratarse de un sujeto extremadamente educado. Por todo ello, y a diferencia de lo que suele suceder con el segundo o tercer hijo, cuyo sentido de la diversión es la embriaguez más desordenada, en el caso del primogénito suele tratarse de una afición mucho menos embarazosa. Y por medio de ese entretenimiento casual, la gente reconoce en él la aureola propia del primogénito de una familia de raigambre. Y si además él mismo consigue sentirse embelesado en ese elevado estatus, ¿qué mayor satisfacción puede pedirse?

—Nuestro hermano es muy aburrido. No tiene el menor espíritu aventurero —afirma la deslenguada hermanita que acaba de cumplir los dieciséis años, y añade—: Es un cobardica.

—No, de eso nada —le lleva la contraria el bruto de su hermano de dieciocho—, es todo un hombre.

Este chico tiene la piel renegrida y es un tipo feo.

Ante estos desconsiderados comentarios de sus hermanos, Taro Urashima no muestra especial enfado y se limita a responder con una amarga sonrisa:

—Dejar a la curiosidad que explote es una aventura, y reprimirla, realmente, es también una aventura, porque cualquiera de las dos cosas encierra peligro. En los seres humanos, hay algo que se llama el destino.

Pronunció estas palabras con un tono como si hubiera soltado una gran verdad difícil de comprender. Acto seguido, saliendo solo de casa, con las manos cruzadas a la espalda, comenzó a recorrer en un lento paseo la playa.

«Entre las aberturas
de sus agitadas redes
he podido entrever

los barcos de pesca que flotan».[3]

Así iba recitando fragmentos de poesía propios de aquel refinado gusto del que hablamos.

«¿Por qué la gente no podrá vivir sin criticarse unos a otros?», se decía, y ante tan simple pregunta agitaba la cabeza con paternalismo, pensando: «Aquí en la playa, la flor de la aulaga, los pequeños cangrejos que se arrastran o los gansos que descansan en la bahía, no me hacen la menor crítica. Así deberían ser también las personas. Cada uno tiene su particular estilo de vida. ¿Por qué no es posible que unos y otros respeten mutuamente su estilo de vida? Por más que me esfuerzo en no molestar a los demás, siempre tienen que reprocharme algo. ¡Qué mundo tan fastidioso!», y soltó un apagado suspiro. Entonces, escuchó una vocecita a sus pies:

—Oye, oye, Urashima-san.

Se trataba de la problemática tortuga de marras de esta historia. No tengo especial interés en dármelas de sabelotodo, pero hay muchos tipos de tortuga. Las que viven en agua dulce tienen una forma totalmente distinta de las que viven en agua salada. La tortuga que vemos, por ejemplo, en las márgenes del estanque de Benten secándose el caparazón mientras echa un sueñecito y que podemos llamar «tortuga de las piedras», aparece de vez en cuando en los libros de cuentos ilustrados, con Urashima montado en ella con la mano sobre la frente a modo de visera y contemplando en la lejanía el Palacio del Dragón. Pero esta variedad se moriría de inmediato por asfixia si penetrase en el agua salada del mar. En cambio, la tortuga del adorno nupcial llamado *shimadai*, que imita el mítico monte Horai, y que, junto a la grulla, se halla como protegiendo a la pareja central de ancianos como símbolo de la longevidad, mil años por la grulla y diez mil por la tortuga, tiene todo el aspecto de esta «tortuga de las piedras», y apenas se ven casos de *shimadai* con tortugas como el *suppon* de agua dulce o la *taimai* marina. Por ello, no resulta imposible entender a los dibujantes que utilizan la «tortuga de las piedras» en el papel de guía de Urashima, pues al ser el Palacio del Dragón y el monte Horai lugares equiparables, la asociación de ideas parece inevitable. Y sin embargo, resulta antinatural pensar que con esas grotescas patas terminadas en garras puedan nadar en el mar, e incluso bucear hasta sus profundidades. Necesariamente debe tratarse, pues, de una tortuga marina como las *taimai*, con los extremos de las patas en forma de aleta curvilínea para poder moverse con soltura removiendo el agua del mar. Pero otra vez surge aquí, e insisto en que no pretendo dármelas de listo, un nuevo e irritante problema. Por lo que he escuchado, en nuestro país las *taimai* solamente se encuentran en el archipiélago de las Ogasawara, en el de las Ryukyu, en Taiwán[4] y, en general, en las islitas del sur. En una costa del norte como la de Tango, es decir, en el mar del Japón y sus playas, lamentablemente la *taimai* nunca ha tenido el menor viso de aparecer.

Por un momento, pensé en hacer que Urashima viviera en las Ogasawara o en las Ryukyu, pero desde antiguo se dice que Urashima era natural de Mizunoe, en Tango, y encima hasta se conserva en aquella costa el templo sintoísta llamado Urashima Jinja, por lo que, por mucho que digamos que evidentemente los cuentos para niños son pura fábula, también desde un punto de vista de respeto a la Historia japonesa, no se puede permitir tamaña barbaridad de una forma tan alegre. De alguna manera hay que conseguir que la *taimai* de Ryukyu u Ogasawara llegue hasta el mar del Japón. Pero entonces, surge otro nuevo problema fastidioso, y es que los biólogos protestarán con el consabido «Desde luego, los literatos carecen de espíritu científico», y me mirarán con desprecio, algo a lo que

no estoy dispuesto. Y entonces me puse a pensar. ¿No habrá otras tortugas marinas aparte de las *taimai* que tengan las patas terminadas en forma de aleta curvilínea? ¿No había un tipo llamado «tortuga roja de mar»? Hará cosa de unos diez años (yo también voy haciéndome mayor), pasé un verano alojado en un hotel junto a la costa de Numazu y, en aquel entonces, en aquella playa, se formó todo un revuelo entre los pescadores porque habían pescado una tortuga roja de mar con un caparazón de 1,5 m de diámetro, que yo vi con mis propios ojos. Recuerdo perfectamente el nombre de «Tortuga Roja de mar». Eso es. Hagamos que sea eso. Si pudo llegar a la costa de Numazu, bueno, pudo también haber dado un rodeo por el mar del Japón y haber llegado a alguna de las playas de Tango, por lo que no creo que los doctos biólogos armen gran alboroto por ello. Y si a pesar de todo me insisten con que si las corrientes marinas tal o cual, bueno, entonces ya no quiero saber nada más. Entonces diré que el hecho de que aparezca en un lugar donde no debiera es un gran misterio, por lo que no debe ser en absoluto una tortuga corriente, sin entrar en mayores explicaciones. A fin de cuentas, el espíritu científico es algo que no siempre acierta en sus previsiones. En el fondo, la lógica o la razón ¿acaso no dejan de ser meras hipótesis? Mejor no presumir.

Bueno, el caso es que, mientras alargaba su cuello, esta Tortuga Roja de mar (ya se me está trabando el nombrecito, así que a partir de ahora la llamaré simplemente «tortuga») miró a Urashima y dijo:

—Eh, oye, creo que tienes algo de razón. Yo te comprendo.

—Ah, eres tú. Pero si es la tortuga que salvé el otro día. ¿Qué haces otra vez merodeando por aquí?

Esta es la tortuga de la que se compadeció Urashima, diciendo «pobrecita», y que soltó en el mar después de comprársela a los niños que la estaban martirizando.

—Vaya, merodeando es una palabra poco amable. Te lo tendré en cuenta, joven señor. Aunque te parezca que estoy merodeando, desde entonces vengo día y noche a esta playa esperando que venga el joven señor y poder devolver el favor.

—Eso es lo que se llama un pensamiento superficial. O quizá incluso imprudente. Si te vuelven a atrapar los niños, ¿qué vas a hacer? La próxima vez no saldrás con vida.

—No te des esos aires. Si me pillan otra vez…, pues espero que me compres de nuevo. Usted disculpe este pensamiento tan superficial. Quería ver como fuese otra vez al joven señor, y por eso no hubo más remedio que venir. Este «no hubo más remedio» es el punto flaco por haberme sentido atraída. Por lo menos reconóceme este impulso desinteresado.

Urashima sonrió con amargura y farfulló:

—Vaya una tortuga más caprichosa.

Ante lo cual la tortuga preguntó incisiva:

—Pero ¿cómo?, joven señor, ¿no estamos incurriendo en una contradicción? A pesar de que hace un momento, cuando se trataba de sí mismo, andaba renegando de las críticas, ahora me dice que si pensamiento superficial, que si imprudente, y finalmente, además, que si caprichosa. ¿Acaso no está criticándome continuamente? El caprichoso es el joven señor. Que yo también tengo mi particular estilo de vida, ¿eh? Podrías respetarme eso un poco —contraatacó con admirable habilidad.

—Lo mío no es una crítica, es una advertencia —respondió Urashima enrojeciendo—. O mejor dicho, un consejo. Como se suele decir, los consejos son incómodos de escuchar, pero beneficiosos

de seguir.

—Y el caso es que si no fuera tan presuntuoso, sería un buen tipo —murmuró la tortuga en voz baja—: Bueno, yo ya no digo nada más. Móntate en mi caparazón, por favor.

Urashima se quedó atónito.

—Pero… pero ¿qué estás diciendo? A mí no me gustan esas salvajadas. Cosas como el subirse encima de una tortuga solo pueden calificarse de chifladuras. Y desde luego no son modales en absoluto elegantes.

—¿Y eso qué importa? Yo solo quiero llevarte al Palacio del Dragón como agradecimiento por haberme salvado el otro día. Venga, móntate de una vez en mi caparazón.

—¿Cómo? ¿El Palacio del Dragón? —preguntó soltando una risotada—. No me andes con bromas. Lo que pasa es que debes de haber bebido sake y estás borracha. Vaya una barbaridad que has soltado. El Palacio del Dragón es nombrado desde tiempos antiguos en los poemas, y se dice que procede de los cuentos tradicionales chinos, pero es un lugar que no existe en este mundo, ¿entiendes? Podríamos decir que es un hermoso lugar con el que hemos soñado los poetas y la gente culta desde los tiempos antiguos —explicó con un tono pomposamente educado.

Ahora le tocó a la tortuga el turno de la risotada:

—Esto es el colmo… Bueno, bueno, la conferencia sobre la poesía ya la escucharé después con calma, pero ahora confía en lo que te digo y móntate en mi caparazón. Por lo que se ve, tu problema es que desconoces el sabor de la aventura.

—Vaya, así que tú también dices las mismas groserías que mi hermana. Ciertamente que no gusto de eso que llaman la aventura. Eso es, por poner un ejemplo, como los juegos malabares. Algo vistoso, pero de baja estofa. O incluso puede decirse que es algo impropio, que rompe las reglas. Una falta de resignación ante el destino. Un desconocimiento de la tradición. Tan despreciable como una serpiente para un ciego. Una dolorosa ofensa a los caballeros de la elegancia ortodoxa. Incluso podríamos decir que un desprecio hacia nosotros. No pienso apartarme del sereno camino que marcaron nuestros predecesores.

—¡Ja, ja, ja! —estalló la tortuga—: Ese camino de los predecesores, precisamente, ¿no fue un camino de aventura? Quizá el empleo de la palabra «aventura» ha sido desafortunado, ya que produce tan sucia y salvaje impresión como el olor a sangre, pero ¿qué tal si lo cambiamos a capacidad de creer? Solo aquel capaz de creer que en el lado opuesto de ese valle crece una flor hermosa, puede aferrar sin ningún titubeo la retorcida liana y cruzar al otro lado. La gente puede pensar que es como un juego malabar y unos lo aplaudirán y otros lo despreciarán por considerar que se trata de un mero afán de presunción. Pero de ningún modo es algo que pueda compararse con los malabarismos de un maestro de la acrobacia. El que se aferra a la liana para cruzar al otro lado del valle simplemente quiere ver la flor que crece al otro lado. No tiene ni por un momento un pensamiento tan vulgar o pretencioso como el de «estoy corriendo una aventura». ¿De qué aventura puede presumir? Eso no son más que tonterías. Él tiene fe. Está completamente seguro de hallar la flor. Y a eso, por darle un nombre, lo llamamos «aventura». Cuando digo que careces de espíritu aventurero, lo que significa es que careces de la capacidad de creer. ¿Tener fe es de baja estofa? ¿Tener fe es apartarse del recto camino? Por lo visto, vosotros los caballeros vivís teniendo a gala vuestra propia incredulidad, lo cual complica las cosas. Y eso no tiene que ver con ser más o menos

inteligente. Es algo mucho más vulgar. Se llama mezquindad. Es la prueba de que lo único en que se piensa es en no salir perdiendo. Pero puedes estar tranquilo. Nadie te va a pedir nada. Lo que os pasa a la gente como tú, es que no sabéis aceptar sin más la amabilidad ajena. Enseguida pensáis en lo molesto que resultará luego devolver el favor. Ya veo que el elegante caballero, en el fondo, lo que es, es un mezquino.

—Pero qué cosas tan terribles dices. Me vengo a la playa para no escuchar a mis hermanos menores soltar mil y una cosas sobre mí, y ahora hasta la tortuga a la que salvé añade una serie de críticas igual de maleducadas. Por lo visto, aquellos tipos que no sienten en su interior el orgullo de la tradición, se dedican a soltar todo lo que les apetece. Podemos llamarlo desesperación… Yo sé muy bien lo que pasa. No está bien que sea yo quien lo diga, pero entre vuestro destino y el mío hay una gran diferencia de nivel. Una diferencia que existe desde que nací. Yo no tengo la culpa. Es algo que me ha sido otorgado por los cielos. Pero parece que vosotros tenéis envidia. Decís esto y aquello para hacer descender mi destino hasta el nivel del vuestro, pero los designios de los cielos no pueden ser interferidos por los mortales. Seguramente sueltas una trola increíble como la de que me vas a llevar al Palacio del Dragón porque planeas congeniar conmigo de igual a igual. Ya está bien. Comprendo perfectamente todo lo que pasa, así que deja de esforzarte en vano y vuelve de una vez y cuanto antes a tu morada del fondo del mar. Después de que me he molestado en salvarte, vas a echarlo todo a perder si te vuelven a atrapar los niños. Sois vosotros los que no sabéis aceptar sin más la amabilidad ajena.

—¡Ja, ja, ja! —rio descaradamente la tortuga—. Usted perdone que se haya tenido que molestar en salvarme. Esto es lo que no me gusta de los caballeros. Cuando ellos prodigan su amabilidad, se trata de una gran virtud, aunque en el fondo confíen en recibir alguna recompensa por ello, pero ante la amabilidad de los demás… «¡Ah, mucho cuidado!, no vaya a ser que el tipo luego pretenda tratarme de igual a igual», piensan. Es desazonador. Pues si nos ponemos así, yo también diré algo: tú me salvaste porque soy una tortuga y los que me martirizaban eran unos niños, ¿no? Total, interceder entre una tortuga y unos niños no va a traer luego mayores consecuencias, ¿verdad? Y además, para unos niños, una moneda de 5 mon es mucho dinero. Pero hombre, 5 mon ya es regatear, ¿eh? Creí que les ibas a dar algo más. Tu tacañería me asombró. Me sentí muy miserable al pensar que todo lo que valía mi cuerpo eran cinco mon. Y hay que tener en cuenta que en aquel momento tú intercediste pagando los cinco mon porque lo que tenías enfrente eran una tortuga y unos niños. Algo así como un pequeño capricho. Sin embargo, si en aquel momento no se hubiera tratado de una tortuga y unos niños sino, por ejemplo, de unos pescadores embrutecidos que estuvieran zarandeando a un mendigo enfermo, estoy segura de que no es que no hubieras pagado cinco mon, es que ni siquiera uno. Incluso habrías pasado de largo apresuradamente con el rostro fruncido. A vosotros os molesta mucho, pero que mucho, que os muestren la vida en su aspecto más descarnado. Sin duda, debe pareceros como que os embadurnan de excrementos vuestro elevado destino. Vuestra amabilidad es un pasatiempo. Autocomplacencia. La salvé porque era una tortuga. Pagué porque eran unos niños. Pero si fueran unos violentos pescadores y un mendigo enfermo, ni hablar. Odio tremendamente que el crudo viento de la realidad acaricie mis mejillas. No me gusta mancharme las manos. Una actitud así es lo que se llama aparentar conocer el mundo, cuando solo se conoce de oídas, Urashima-san. No te irás a enfadar, ¿verdad? Porque tú me gustas. ¿O a lo mejor sí te vas a enfadar? Porque lo fastidioso de

vosotros, los poseedores de un elevado destino, es que por lo visto consideráis un deshonor el ser queridos por chusma como nosotros. Y por si fuera poco, en mi caso se trata de una tortuga. ¿Te da asco ser querido por una tortuga? Pero bueno, no me lo tengas en cuenta, por favor, que los gustos no tienen nada que ver con la razón. No se trata de que me gustes porque me hayas salvado, ni de que me gustes por ser un hombre refinado. Simplemente, de pronto me has gustado. Y porque me gustas, he empezado a meterme contigo para intentar tomarte un poco el pelo. Podemos decir que es la forma en que nosotros los reptiles demostramos nuestro cariño. Ya comprendo que como soy un reptil, y por tanto pariente de las serpientes, merezco poca confianza. Sin embargo, yo no soy la serpiente del Jardín del Edén, sino que, aquí donde me ves, soy una tortuga del Japón. No estoy planeando tentarte con mi oferta de guiarte al Palacio del Dragón con objeto de arrastrarte a la perdición. Reconóceme la buena voluntad. Solo quiero divertirme contigo. Que vayamos juntos al Palacio del Dragón para divertirnos allí. En ese país no existen las molestas críticas. Todo el mundo vive apaciblemente. Por eso es un lugar a pedir de boca para el entretenimiento. Como ves, yo puedo ir y venir del fondo del mar a tierra firme cuando quiera, lo que me permite observar y comparar ambos modos de vida, y te aseguro que vuestra vida en tierra firme es agobiante. Hay demasiadas críticas de unos hacia otros. Las conversaciones entre la gente que vive en tierra consisten o bien en hablar mal de los demás, o bien en hacer propaganda de las bondades de uno mismo. Acaba uno harto. Gracias a que yo vengo con frecuencia a tierra firme, se me ha pegado un poco vuestra forma de vida, y yo misma pongo en mi boca esas críticas que solo conozco de oídas. Así que, aun pensando que estoy recibiendo una mala influencia, no puedo reprimir el saborcillo de este vicio vuestro de criticar al que he cogido el gusto, y ahora he comenzado a sentir como un poco aburrida la vida en ese Palacio del Dragón donde no hay críticas. ¡Ay, que se me ha pegado un mal vicio! ¿Será un tipo de enfermedad inherente a la civilización? Ahora mismo ya no sé si soy una criatura marina o un bicho terrestre. Por poner un ejemplo, me siento un poco como los murciélagos, que no se sabe muy bien si son un ave o un animal terrestre. Mi condición se ha vuelto triste. Quizá soy lo que podríamos llamar un hereje del mundo submarino. Cada vez me siento más incómoda en mi tierra natal del Palacio del Dragón. Sin embargo, lo que sí garantizo es que se trata de un lugar estupendo para la diversión. Un país a pedir de boca. Un país para cantar y bailar, para degustar manjares y buen alcohol. Un país realmente a pedir de boca para los hombres refinados como tú. ¿Acaso no andabas antes lamentándote de que ya estabas harto de críticas? En el Palacio del Dragón no hay críticas.

Urashima se hallaba más que molesto por la sorprendente dialéctica de la tortuga, pero la última frase consiguió de pronto atraer su interés.

—Sí, cierto, si al menos existiera un país así…

—Pero cómo, ¿todavía sigues dudando? No estoy soltando ninguna mentira. ¿Por qué no me crees? ¿O sea que un hombre refinado es aquel que en vez de poner las cosas en práctica se limita a suspirar por ellas? ¡Vaya una indecencia!

Hasta alguien de carácter tan afable como Urashima, al verse tan duramente atacado, se vio imposibilitado de echarse atrás.

—Bueno, bien, entonces no hay más remedio —dijo con una amarga sonrisa—. Nos guiaremos por tan insignes palabras, y vamos a probar a montarnos en tu caparazón.

—Tu manera de hablar siempre me irrita —se enfadó de veras la tortuga—. ¿Qué es eso de

vamos a probar a montarnos? ¿Probar a montarse y montarse no es, en la práctica, hacer lo mismo? Girar a la derecha mientras se duda y girar a la derecha con confianza y decisión llevan a un mismo destino. Tanto en un caso como en otro, ya no se puede uno echar atrás. Desde el momento en que pruebas a llevar algo a la práctica, ya se decide tu destino. En la vida no existen las pruebas. Probar a hacerlo es lo mismo que hacerlo. Verdaderamente, la gente como tú sois muy tercos en aveniros a razones. Pensáis que se puede dar marcha atrás.

—Basta, basta, comprendido. Bueno, pues a confiar y dejemos que nos lleven en el caparazón.

—Eso es, así se hace.

Al sentarse Urashima sobre el caparazón de la tortuga, este se fue agrandando a ojos vista, hasta llegar a un tamaño en que se hubieran podido colocar encima dos esteras de tatami, y comenzó a introducirse en el mar meciéndose lentamente. Cuando ya se había alejado nadando unos cien metros de la orilla, el animal le ordenó a Urashima con voz severa:

—Cierra los ojos por un momento.

Este, tras obedecer dócilmente, escuchó un sonido como el de la lluvia del atardecer y un suave calor envolvió su cuerpo. Luego, un viento parecido al viento de primavera pero un poco más pesado golpeó los lóbulos de sus orejas.

—Profundidad, 1.800 metros —dijo la tortuga.

Urashima sintió en su pecho un malestar parecido al del mareo.

—¿Te importa que vomite? —preguntó a la tortuga todavía sin abrir los ojos.

—Pero cómo, ¿vas a llenar esto de vómitos? Vaya un pasajero tan cochino —replicó la tortuga con su habitual tono jocoso—. Eh, pero qué tipo tan obediente, si todavía tiene los ojos cerrados. Por eso me gustas, Taro. Ya tienes permiso para abrir los ojos. Cuando veas el paisaje que se abre en todas direcciones, ese mareo que sientes se te pasará al momento.

Y al abrir los ojos, una arrebatadora embriaguez, una extraña claridad ligeramente verdosa y pálida, un mundo sin sombras, se extendía con contorno impreciso.

—¿Es… esto… el… Palacio… del… Dragón? —preguntó Urashima como adormilado, separando más de la cuenta las palabras.

—Pero ¡qué dices! Apenas hemos llegado a los 1.800 metros de profundidad. El Palacio del Dragón se halla a 18.000 metros de profundidad.

—Ehhh… —soltó Urashima con una voz extraña—. El mar es realmente enorme, ¿no?

—¡Parece mentira que te hayas criado en la costa! No hables como un mono del interior de las montañas. Solo es un poco mayor que la fuente del jardín de tu casa.

Delante o detrás, a izquierda o derecha, mirase donde mirase, se extendía la inmensidad; y si miraba hacia abajo, se encontraba igualmente con la inabarcable claridad verdoso pálido, y si por contra miraba hacia arriba, aparecía una imposible bóveda celeste como si estuviera en una reluciente caverna. Aparte de ambas voces, no se escuchaba un solo sonido, y solamente sentía el cosquilleo de aquel fuerte viento caliente y algo pegajoso, similar al de la primavera, en el lóbulo de sus orejas.

Urashima, en un momento dado, vislumbró una especie de tenue mancha en lontananza y hacia la derecha, como si alguien hubiese arrojado un puñado de ceniza, y preguntó a la tortuga:

—¿Qué es aquello? ¿Nieve?

—No sueltes esas bromas. No hay nieve en el fondo del mar.

—Bueno, entonces, ¿qué es? Parece como si hubieran derramado agua con algo de tinta. ¿O solamente es polvo?

—Pero ¡qué tonto eres! Deberías haberte dado cuenta de un solo vistazo. ¿No ves que es un gran banco de besugos?

—¿Eh? Pero serán muy pocos… Doscientos o trescientos como mucho.

La tortuga soltó una risita irónica.

—Pues sí que eres tonto. ¿Lo dices en serio?

—Bueno, entonces, ¿dos o tres mil?

—No me seas inconsciente. Así, a ojo, entre cinco y seis millones.

—¿Cinco o seis millones? No me tomes el pelo.

La tortuga se echó a reír.

—Eso no son besugos. Es un incendio submarino. Una tremenda humareda. Viendo esa cantidad de humo, calculo que… sí, debe de ser más o menos una extensión tan grande como veinte veces todo el Japón, la que se está quemando.

—¡Mentirosa! ¿Cómo se va a quemar nada dentro del mar?

—Eso es un error producto de un pensamiento impulsivo. El agua contiene oxígeno, así que no hay ningún motivo para que las cosas no se quemen.

—No me enredes. Eso es un sofisma propio de ignorantes. Dejémonos de bromas y dime de una vez qué es esa especie de nube de porquería. Son besugos, ¿no? Porque no pretenderás convencerme de que se trata de un incendio…

—Que sí, que sí es un incendio. ¿No te has parado alguna vez a pensar cómo es posible que, con la infinidad de ríos que desde la tierra firme vierten sin parar, de noche y de día, su caudal al mar, el nivel de las aguas marinas ni suba ni baje, sino que siempre pueda mantenerse estable? El mar también tiene sus problemas. Y de alguna forma ha de dar salida a toda esa cantidad de agua que vierten en él sin parar. Por eso, de vez en cuando, debe quemar de esa manera el agua sobrante que no necesita. Arde, ya lo creo que arde, es un gran fuego.

—Pero qué dices. La humareda no se expande en absoluto. Dime de una vez qué es eso. Según me estoy fijando desde antes, no se mueve de su lugar, así que tampoco puede ser un banco de peces. Déjate de bromas pesadas y dime de una vez de qué se trata.

—Está bien, entonces te lo diré. Pues se trata de la sombra de la Luna.

—¿No me estarás engañando otra vez?

—No, no. En el fondo del mar no se proyectan las formas terrestres, pero en el caso de los cuerpos celestes, la sombra cae verticalmente desde las alturas, y sí se aprecia. No solo la de la Luna, sino también la de las brillantes estrellas. Por eso, en el Palacio del Dragón se hacen los calendarios conforme a esas sombras, y así se establecen las estaciones del año. Esa sombra de la Luna no es totalmente redonda, sino que le falta un trocito, por lo que hoy debe ser la noche décimo tercera.

Visto el tono serio con que lo decía, Urashima pensó que muy bien podía ser cierto, aunque le pareció todo un poco extraño. Pero por otra parte, si en un extremo de esa impresionante bóveda de color verdoso claro aparecía un punto ligeramente ennegrecido, para un hombre con gusto por lo

poético como Urashima, aun cuando pudiera ser falso, resultaba mucho más atractivo y entrañable creer que se trataba de la sombra de la Luna que no de un banco de besugos o de un incendio.

Pasado un tiempo, sobrevino una extraña oscuridad a su alrededor y, acompañado de un terrible rugido, Urashima sintió un empujón como si un fuerte viento le hubiera golpeado y poco faltó para que se cayera del lomo de la tortuga.

—Vuelve a cerrar los ojos durante un rato —ordenó la severa voz de la tortuga—. Estamos justo a la entrada del Palacio del Dragón. Aunque los seres humanos exploran el fondo del mar, por lo general creen que más allá de este lugar no hay nada y dan la vuelta. Eres el primer humano, y quizá también el último, que va a cruzar al otro lado de este punto.

Urashima sintió como si la tortuga se hubiera dado la vuelta por completo, es decir, como si nadase con el vientre hacia arriba y él, pegado al caparazón, hubiese quedado colgando cabeza abajo, pero sin que pareciera que pudiera caerse, y con la extrañísima ilusión de que estaba siendo aspirado hacia arriba.

Pero cuando la tortuga le dijo «Prueba a abrir los ojos», ya no tenía ninguna sensación de estar cabeza abajo, y seguía sentado en sus lomos como si fuera lo más natural del mundo, mientras ella continuaba nadando y nadando hacia las profundidades.

A su alrededor había una ligera claridad como la del amanecer y abajo se vislumbraba una forma difusa de color blanco. Parecían unas montañas. Aunque también podría tratarse de una serie de torres, pero en ese caso su tamaño debía de ser enorme.

—¿Qué es eso? ¿Montañas?

—Efectivamente —contestó la tortuga mientras nadaba a toda velocidad.

—Pero son blancas. ¿Estará nevando?

—Vaya, por lo visto aquellos a los que está reservado un elevado destino tienen una forma de pensar diferente. Es magnífico. Puesto que piensan que también nieva dentro del mar.

A lo que Urashima, con intención de devolverle la andanada de antes, replicó:

—Sin embargo, ya que también hay incendios en el interior del mar, bien puede nevar. Puesto que, al fin y al cabo, hay oxígeno.

—La nieve y el oxígeno tienen una relación muy lejana. Por poner un ejemplo, una relación parecida a la del viento con el fabricante de barreños, al que provee de madera al partir los árboles. Así que no digas tonterías, porque no vas a pillarme en una trampa tan simple. Ya veo que a la gente refinada se le dan muy mal las bromas. La ida con la nieve es divertida, pero a la vuelta escalofría. Hum… no tiene gracia. Pero mejor que el pareado del oxígeno y el baile[5]. Lamentable. Bueno, mejor dejemos al oxígeno en paz.

Una vez más, fue imposible vencer la dialéctica de la tortuga.

—Por cierto que en esas montañas… —comenzó Urashima, pero se vio interrumpido por la risita de la tortuga.

—Por cierto que… dice el muy presuntuoso. Por cierto que en esas montañas no hay nieve. Son montañas de perlas.

—¿Perlas? —se sorprendió Urashima—. No, eso tiene que ser mentira. Aunque se apilen cien o doscientas mil perlas, no se puede conseguir una montaña tan alta como esa.

—Cien o doscientas mil, vaya una forma más rácana de contar. En el Palacio del Dragón no nos

dedicamos a contar las perlas de una en una, sino una montaña, dos montañas, etc. Se dice que una montaña viene a tener unos trescientos mil millones de perlas, pero nadie se ha puesto a contarlas una por una. Si se agrupan más o menos un millón de montañas, tenemos una cordillera como esa. Los vertederos de perlas empiezan a ser un problema. Al fin y al cabo, si pensamos en sus orígenes, no dejan de ser un tipo de excremento de pez.

En estas, llegaron a la puerta principal del Palacio del Dragón, que era más pequeña de lo esperado. Se erguía sencillamente a los pies de una montaña de perlas, emitiendo una luz fosforescente. Urashima se bajó del caparazón y, guiado por la tortuga, tuvo que agacharse para cruzar por la puerta. El lugar estaba iluminado por una débil claridad. Y completamente en silencio.

—¡Qué tranquilidad! Casi da miedo. ¿No estaremos en el infierno, verdad?

—No pierda usted la cabeza, señorito —palmoteo la tortuga con su aleta la espalda de Urashima —. Todos los palacios son lugares tranquilos como este. ¿No tendrías esa imagen desfasada del Palacio del Dragón como un lugar donde nos pasamos todo el año con estúpidas y ruidosas fiestas como los bailes en las playas de Tango cada vez que hay buena pesca? Pobrecillo. Sencillez y serenidad, ¿no era ese vuestro máximo ideal, el de la gente culta? Qué deplorable que lo compares con el infierno. Cuando te acostumbras, esta suave penumbra es un descanso indescriptible para el espíritu. Cuidado con dónde pisas, por favor. Si te caes de un resbalón, sería una vergüenza. Pero, oye, ¡todavía llevas puestas las sandalias! ¡Quítatelas ahora mismo, maleducado!

Urashima se puso colorado y se quitó las sandalias. Al caminar descalzo, sentía en las plantas de los pies una desagradable viscosidad.

—¿Qué clase de camino es este? Es repelente.

—No es un camino, es un pasillo. Ya has entrado en el Palacio del Dragón.

—¿De veras? —preguntó sorprendido mientras miraba en derredor, sin vislumbrar paredes ni columnas. Solamente percibía un espacio claroscuro oscilando a su alrededor.

—En el Palacio del Dragón, ni llueve ni nieva —le iba explicando la tortuga con una voz que reflejaba un profundo apego—. Por eso, no hay necesidad de construir asfixiantes paredes o tejados como en tierra.

—Pero la puerta de entrada sí tenía un tejado.

—Eso es para que destaque del entorno. Pero no solo en la puerta, en los aposentos de la princesa Oto también hay techo y paredes. Pero tampoco han sido construidas para protegerse del rocío o de la lluvia, sino para dejar constancia del respeto debido a Su Alteza la princesa.

—Me pregunto si así será —replicó Urashima con rostro dubitativo—. ¿Y dónde están esos aposentos de la princesa Oto? Porque mire a donde mire, no hay ningún mundo aparte, ni ninguna frontera de elegancia y serenidad, ni brota árbol o planta alguna que marque la diferencia.

—¡Qué complicado es tratar con paletos…! Se quedan con la boca abierta ante los edificios enormes o con ornamentos vistosos, pero son incapaces de apreciar ni un ápice esta belleza serena. Urashima-san, tu sentido del refinamiento no vale aquí. Claro que, teniendo en cuenta que hablamos de un señorito de las agrestes costas de Tango, puede entenderse. Cuando le oí hablar del conocimiento de la tradición, me entró un sudor frío. «Aquí tenemos todo un personaje culto», pensé. Pero a la hora de la verdad, al verse con las cosas frente a frente, resulta que es un paleto. Anda, hazme caso y, de ahora en adelante, déjate de imitar a los poetas y demás gente refinada.

Por lo visto, la verborrea de la tortuga había cobrado nuevas fuerzas desde que entraron en el Palacio del Dragón. Urashima, ya contrito hasta el límite, protestó con una voz casi llorosa:

—Pero entiéndeme, es que no se ve nada…

—Pues por eso te estoy diciendo que tengas cuidado de dónde pisas, ¿no me has oído? Este pasillo no es un pasillo normal. Es un puente formado por peces. Mira con detenimiento. Millones de peces se aprietan entre sí para formar este puente como si fuera el suelo de un pasillo.

Urashima dio un respingo y se puso de puntillas. Ahora entendía la viscosidad resbaladiza que sentía en la planta de los pies. Efectivamente, fijándose bien, se distinguían infinidad de peces de todos los tamaños, que alineaban sus dorsos para no dejar resquicios, y que se mantenían fijos en el mismo lugar, sin el menor movimiento.

—¡Pero qué cosa tan terrible! —se sorprendió Urashima volviendo de pronto su paso más delicado—. ¡Qué mal gusto! ¿En esto consiste la belleza tranquila y serena? Caminar pisoteando el lomo de los peces, ¿no es una salvajada incomparable? Para empezar, ¿no es un suplicio para los pobres peces? Desde luego que un pobre paleto como yo no entiende tan extravagante elegancia —estalló como un desahogo tras el enfado por ser tildado de paleto.

—Nada de eso —sonó una vocecita a sus pies—. Nos reunimos aquí todos los días para tener el placer de escuchar la música del *koto*[6] de la princesa. No estamos formando un puente de peces por el bien de la estética. No te preocupes, y pasa por encima.

—¿De veras? —replicó Urashima con amarga sonrisa—. Pensaba que se trataba otra vez de los ornamentos del Palacio del Dragón.

—Pero no solo eso —intervino al momento la tortuga—. ¿No será que el señorito Urashima andaba pensando que la princesa Oto había ordenado a los peces formar este puente para ofrecerle un recibimiento especial y…?

—¡Basta, cállate! —cortó Urashima enrojeciendo aturdido—. No te pienses que soy tan creído. Como tú has dicho alegremente que esto hacía la función de suelo de un pasillo, lo primero que he pensado es que a los peces les debe doler que les pisen.

—En el mundo de los peces no hay necesidad de suelo. Yo lo he dicho por poner un ejemplo, por compararlo con el suelo de una casa terrestre, pero no era un comentario al tuntún. Y además, ¿crees que a los peces les duele? En el fondo del mar, tu cuerpo no es más pesado de lo que pueda ser una hoja de papel. ¿No notas como si estuvieras flotando?

Ahora que se lo decían, ciertamente tenía cierta sensación de estar como flotando. Pero a Urashima, una vez más, le pareció que la tortuga volvía a reírse de él sin motivo, y comenzó a exasperarse:

—Ya me has quitado las ganas de creer en nada. Por eso no me gusta la aventura. Porque aunque te engañen, no hay modo de estar seguro de ello. Uno no tiene más remedio que seguir las indicaciones de su guía. Y si te dice que algo es así o así, no queda sino creérselo. La aventura consiste en que te engañen. Y por cierto que no oigo ni el sonido del *koto* ni de ninguna otra cosa —estalló con razonamientos agresivos.

La tortuga no perdió la calma:

—Por lo visto, debido a que en tu mundo terrestre tenéis una perspectiva horizontal del entorno, das por sentado que el objetivo debe encontrarse al este, oeste, sur o norte. Sin embargo, en el mar

hay otras dos direcciones, a saber, arriba y abajo. Tú das por sentado que la princesa Oto se encuentra en algún lugar delante de nosotros y ahí reside tu gran error. ¿Por qué no miras sobre tu cabeza? ¿O bajo tus pies? El mundo del mar flota y se mueve a la deriva. La puerta principal de antes o la montaña de perlas también se mueven, aunque sea poco a poco. Tú mismo te estás moviendo ahora arriba y abajo, a derecha y a izquierda, y por eso no percibes el movimiento de las demás cosas. Posiblemente piensas que, desde que llegamos, hemos recorrido una gran distancia hacia delante, pero en realidad apenas hemos avanzado. O quizá incluso estemos más atrás que antes. En estos momentos, debido a las corrientes marinas, estamos siendo empujados hacia atrás. Y yo diría que, junto con todos los demás, nos hemos movido unos doscientos metros hacia arriba. Bueno, en cualquier caso, sigamos un poco más a lo largo de este puente de peces. Fíjate en que el espacio entre los peces se ha vuelto un poco mayor, así que ten cuidado cuando pises, no sea que metas el pie en el hueco. Pero bueno, aunque así sea, no vas a caerte a las profundidades, que para eso pesas lo mismo que una hoja de papel. En definitiva, este puente no lleva a ninguna parte. Aunque seguimos andando por este pasillo, no hay nada delante. Sin embargo, mira a tus pies. ¡Eh, pescaduchos, apartaos un poco, que el señorito va al encuentro de la princesa Oto! Estos tipos forman lo que podemos llamar un velo viviente sobre la torre central del Palacio del Dragón. Un velo oscilante y sutil como el de la medusa, para decirlo con el refinado estilo que le gusta a la gente como tú.

Los peces se apartaron a derecha e izquierda en silencio. Tenuemente, se escuchaba una música que venía de abajo. Se parecía mucho al sonido de un *koto* japonés, pero no tenía un tono tan fuerte, sino suave, efímero, con un eco que resonaba interminable. *El rocío del crisantemo*, *El suave vestido*, *Cielo al atardecer*, *La perdiz*… No era ninguna de esas piezas clásicas. Incluso una persona culta como Urashima era incapaz de identificar esas notas inocentes, en apariencia frágiles, pero que encerraban en su interior una tristeza como no podía escucharse en tierra firme.

—Extraña melodía. ¿Cómo se llama esta pieza?

La tortuga escuchó con atención.

—*Seitei* —se limitó a contestar.

—*¿Seitei?*

—Se escribe con los ideogramas de «sagrado» y «resignación».

—Ah, ya veo, *Resignación sagrada* —murmuró Urashima sintiendo por primera vez en la vida submarina del Palacio del Dragón algo mucho más elevado que el gusto al que hasta ahora estaba acostumbrado. No había duda de que su sentido de lo refinado aquí no servía. Se podía entender que a la tortuga le entrase un sudor frío al escucharle hablar de cosas como el conocimiento de la tradición o la cultura del refinamiento. Su sentido del estilo refinado no pasaba de ser una imitación de los demás. Como si fuera un mono de las montañas más remotas—: A partir de ahora creeré todo lo que me digas. *Seitei*. Insuperable —añadió Urashima embelesado mientras permanecía de pie esforzándose por escuchar las notas de la extraña melodía.

—Venga, vamos a bajar desde aquí. No hay ningún peligro. Si extiendes los brazos de esta manera, puedes ir descendiendo paso a paso meciéndote agradablemente. Si descendemos verticalmente desde este lugar donde se acaba el puente de peces, llegaremos justo al pie de las escaleras que llevan al edificio principal del Palacio del Dragón. Venga, ¿qué haces ahí como atontado? Vamos a bajar, ¿estás listo?

La tortuga fue descendiendo con un leve balanceo. Urashima, volviendo en sí, extendió los brazos y, dando un paso afuera del puente de los peces, sintió como era arrastrado plácidamente hacia abajo, mientras una especie de brisa fresca le acariciaba las mejillas. Pasado un tiempo, cuando a su alrededor dominaba un color verde como si estuviera rodeado de árboles y el sonido del *koto* se escuchaba mucho más próximo, se dio cuenta de que estaba de pie junto a la tortuga al comienzo de la escalera del edificio principal. Pero aunque la llamemos escalera, los escalones no se hallaban claramente diferenciados unos de otros, sino que consistían en una alfombra de bolitas grisáceas y relucientes que formaban como una suave rampa.

—¿Esto también son perlas? —preguntó Urashima en voz baja.

La tortuga le miró como compadeciéndole:

—Cualquier bolita que ves, ya te crees que son perlas. ¿No has visto que las perlas las tiramos hasta el punto de que ya forman altas montañas? Prueba a coger una de esas bolitas.

Urashima, siguiendo las instrucciones, probó a coger algunas con ambas manos, y sintió que estaban muy frías.

—¡Granizo! —exclamó.

—No digas tonterías. Ahora prueba a metértelas en la boca.

Urashima, obediente, se metió en la boca cinco o seis de esas bolitas frías como el hielo.

—¡Buenísimas!

—¿Verdad que sí? Son cerezas silvestres de mar. El que come estos frutos, no envejece durante trescientos años.

—¿Ah, sí? ¿Y da lo mismo te comas los que te comas? —El refinado Urashima, olvidando sus modales, cogió varias más e hizo ademán de comérselas—. No me gusta pensar en la vejez. No tengo un miedo especial a morir, pero la vejez no pega con mis gustos. Creo que voy a probar unas pocas más.

—Eh, que se está riendo. Mira hacia arriba. La princesa Oto ha venido a recibirte. ¡Ay, y hoy está más bella que nunca!

Al final de la rampa de cerezas de mar, se hallaba en pie una grácil mujercita, sonriendo levemente y con el cuerpo cubierto de un fino vestido azul. A través del vestido semitransparente podía adivinarse su blanca piel. Urashima, avergonzado, apartó la vista.

—¿Es la princesa Oto? —preguntó a la tortuga en susurros. Urashima tenía el rostro totalmente colorado.

—Pues claro que sí. ¿Por qué andas tan azorado? Vamos, preséntale tus respetos.

Urashima ya estaba completamente alterado:

—Pero es que no sé qué decir. Le digo mi nombre y con eso ¿qué? Y además tengo la sensación de que nuestra visita ha sido algo abrupta. No tiene sentido. Volvámonos —se arredró Urashima, el hombre al que se le suponía un destino elevado, que se volvió un cobarde ante la visión de la princesa y que se disponía a huir.

—La princesa Oto ya ha oído hablar de ti. Tiene medios de saber lo que sucede en los más recónditos lugares, como dice el proverbio chino. Acepta tu suerte y limítate a inclinarte con respeto. Y aunque la princesa no te conociese de nada, no es una persona tan mezquina como para desconfiar de nadie, así que no hay por qué pensar en un motivo especial. Basta con que digas que has venido

para divertirte.

—Pero ¿cómo voy a decir algo tan descortés? Aaah, se está riendo. Bueno, en cualquier caso, haré una inclinación.

Urashima hizo una reverencia tan pronunciada que las manos le llegaron casi a las uñas de los pies. La tortuga se carcajeó:

—Demasiado cortés. ¡Qué despropósito! Pero si tú eres mi salvador, y yo la agradecida. Deberías tener una actitud más imponente. No te creas que es precisamente elegante hacer una reverencia tan exagerada que parece que te vas a desplomar sin fuerzas. Además eres un invitado de la princesa. Vamos, venga, saca pecho y demuestra que eres un japonés de buena planta, y además un espíritu de la más alta sensibilidad, caminando con aire majestuoso. Frente a gente como yo siempre muestras una actitud altiva y arrogante, pero parece que frente a las mujeres eres todo un cobarde, ¿eh?

—No, no es eso. Ante una persona de tan alta categoría, hay que presentarse de la mejor forma posible.

Urashima tenía la voz algo tomada por el nerviosismo, le temblaban las piernas y subía por la escalera a trompicones. Por fin, llegó a un salón tan amplio como si hubieran dispuesto en el suelo una infinidad de esteras de tatami. O más que un salón, quizá fuera más propio llamarlo un jardín. Bañado en una luz verdosa de origen impreciso, como si estuvieran en medio de un bosque, la extensión parecía envuelta en una neblina, pero ante sí se extendía como una alfombra formada por las mismas bolitas similares al granizo, sobre las que, de cuando en cuando, destacaban algunas rocas dispuestas de manera asimétrica. Y nada más. Por supuesto que no había techo, ni una sola columna, y el lugar ofrecía más bien el desolado aspecto de una plaza en ruinas. Si se fijaba uno bien, entre los resquicios que dejaban las bolitas, asomaban unas diminutas flores de color morado, pero ello aumentaba, si cabe, la impresión de tristeza del lugar. Desde luego que podía hablarse de la serenidad llevada a su extremo, pero resultaba admirable que alguien pudiera vivir en un lugar como este. Urashima no pudo sino soltar un suspiro de sorpresa y, de nuevo, mirar con disimulo el rostro de la princesa.

La princesa, sin decir una palabra, se giró de espaldas y comenzó a andar. Entonces Urashima se fijó por primera vez en que, a espaldas de la princesa, se arremolinaba una cantidad incontable de pececillos dorados más pequeños que los *medaka*[7], que nadaban ondulando, y según caminaba ella, iban moviéndose detrás, de manera que parecía que iba envuelta en una cascada dorada, lo cual hizo sentir a Urashima que la princesa, sin duda, poseía una elevada presencia que no pertenecía a este mundo.

La princesa caminaba con los pies desnudos y su sutil vestido formaba ondulaciones; sin embargo, fijándose bien, esos pies blanquiazules no pisaban las bolitas que formaban el suelo. Había un pequeño espacio entre las plantas de sus pies y el entramado de bolitas. Incluso pudiera ser que esas plantas no hubiesen pisado nunca cosa alguna. A pesar de que, sin duda, sus pies blandos y bellos eran como los de un recién nacido y que su cuerpo no llevaba maquillaje ni ornamento alguno, no cabía sino reconocer la auténtica elegancia, modesta y refinada a la vez. «Hice bien en venir al Palacio del Dragón», pensó Urashima mientras daba las gracias en su fuero interno a esta aventura, y seguía embobado a la princesa.

—¿Qué? No está mal, ¿eh? —le susurró la tortuga al oído mientras le daba con su aleta un empellón en el costado que le hizo cosquillas.

—¿Eh? ¿Qué? ¿Estas flores? Estas flores moradas son bonitas, sí —dijo Urashima despistado, contestando algo que no tenía nada que ver.

—¿Estas de aquí? —contestó la tortuga con desgana—. Es la flor del cerezo de mar. Se parecen un poco a las violetas. Si masticas sus pétalos, sientes una embriaguez muy agradable. Es como el sake del Palacio del Dragón. Y eso que parece una roca, está formado por algas. Como han pasado miles y miles de años, se ha formado una masa conglomerada parecida a una roca, pero en realidad es más blanda que la pasta de judías. Y es un manjar mucho más delicioso que cualquier alimento terrestre. Según sea la masa, el sabor cambia ligeramente. En el Palacio del Dragón vivimos comiendo estas algas, emborrachándonos con los pétalos de flor y tomando las cerezas marinas cuando tenemos sed, arrobados por la música de *koto* de la princesa y viendo la danza de los pececillos, que se asemeja a un remolino de flores en el viento. ¿Qué te parece? Cuando te invité a venir, estoy segura de haberte dicho que el Palacio del Dragón era el país de la canción y el baile, de los manjares y del sake. ¿Qué me dices? ¿Es diferente a como te lo imaginabas?

Urashima, sin contestar, sonrió de manera algo forzada y apesadumbrada.

—Ya sé. Tú te imaginabas un barullo sonando chan, chan, chan, grandes fuentes con *sashimi* de besugo y atún, chicas danzando vestidas con quimono rojo, y oro, plata, coral y brocados…

Ante estas palabras, incluso el rostro de Urashima expresó un ligero desagrado.

—¡Ni hablar! No soy un hombre tan vulgar. Sin embargo, a veces he pensado en mí como un solitario, pero al venir aquí y encontrarme con una persona solitaria de verdad, me avergüenzo de la vida presuntuosa que he llevado hasta ahora.

—¿Te refieres a ella? —preguntó la tortuga en voz baja mientras señalaba hacia la princesa con la barbilla de un modo vulgar—. Ella no se siente sola en absoluto. Eso no le preocupa. La soledad preocupa a los que tienen ambición, pero para aquel al que no le importan las cosas fuera de su mundo, estar solo cien o mil años resulta de lo más cómodo. Y lo mismo vale para las personas que no prestan atención a esas críticas ajenas de las que hablábamos. Y a todo esto, ¿adónde dices que vas?

—¿Eh? ¿Cómo? Pues a ningún sitio en particular —se sorprendió Urashima ante lo inesperado de la pregunta—. Pero, es que…, bueno, ella…

—La princesa no te está guiando a ninguna parte intencionadamente. De hecho, ella ya se ha olvidado de ti. Posiblemente va de vuelta a sus aposentos. No pierdas la cabeza, ¿eh? Esto es el Palacio del Dragón, este preciso lugar. No hay ningún otro lugar aparte de este al que queramos guiarte. Ahora basta con que hagas aquí lo que te plazca, y te diviertas. ¿O es que no te basta con esto?

—No me martirices, por favor. ¿Pero qué podía haber hecho yo? —replicó Urashima con expresión llorosa—. Puesto que alguien de su elevada posición acude a recibirme… no es que me haya podido la vanidad, pero pensé que lo cortés era ir detrás de ella. No he pensado en ningún momento que no fuera suficiente. Y aun así, te diriges a mí de forma incisiva, como si yo ocultase alguna intención lasciva. ¡Qué malévola e insidiosa eres! ¡Espantosa! Jamás en mi vida me he sentido tan avergonzado. ¡Eres verdaderamente terrible!

—No hay que ponerse así. La princesa Oto es una persona de buen corazón. Comprenderás que al ser tú un raro visitante llegado de tierra firme, y además a quien yo debo gratitud, es lógico que acuda a recibirte en persona. Y además, si tenemos en cuenta que eres un hombre honesto y sin doblez, que no tienes mala planta y que… ja, ja, ja… Eh, que estoy bromeando, no vaya a ser que tengamos que aguantar un nuevo ataque de vanidad. Bueno, en cualquier caso, mi impresión es que la princesa Oto, al tratarse de un visitante inusual que llega a su casa, ha acudido a recibirte hasta la escalinata, y, una vez tranquilizada al ver que todo va bien, se retira a sus aposentos despreocupadamente para que tú puedas disfrutar aquí como quieras y todo el tiempo que te apetezca sin sentirte cohibido por su presencia. En realidad, nosotros los de aquí tampoco sabemos muy bien qué es exactamente lo que piensa la princesa Oto. Pero sí que, de una forma u otra, tiene un magnánimo carácter.

—Hum… Dicho así, creo que empiezo a entender un poco. Y me parece que tu suposición, en general, ha de ser acertada. Es decir, que esta debe de ser la forma de hospitalidad de la gente verdaderamente elegante. Recibir al visitante y, a continuación, olvidarse de él. Y, por añadidura, disponer de manera desordenada alrededor del visitante delicioso sake y exóticos manjares. No hay baile ni música preparados con la evidente finalidad de dar la bienvenida al visitante. La princesa toca el *koto* sin intención de que la escuche alguien en particular. Los peces danzan y juguetean alegre y libremente sin querer divertir a nadie. No esperan ni se guían por el aplauso del espectador. Este, por su parte, no tiene necesidad de poner una cara especial para demostrar ex profeso su admiración. De hecho, no importa que esté tumbado con absoluta indiferencia. El anfitrión ha olvidado por completo a su invitado. Y además, le ha dado su consentimiento para que se comporte con absoluta libertad. Si tiene ganas de comer, puede comer, y si no es así, no tiene por qué comer. Por tanto, si uno se emborracha y, sin distinguir entre sueño y realidad, se limita a escuchar el sonido del *koto*, no está siendo descortés. Ah, invitar a alguien debería ser siempre así. Que si esto, que si aquello, que si te insisten en que pruebes una comida que no está muy allá, intercambiarse alabanzas estúpidas, reírse a carcajadas con cosas que no tienen ninguna gracia, expresar un asombro exagerado ante historias que no tienen nada de particular; toda una sarta de mentiras sociales de principio a fin. ¡Eh, pandilla de estúpidos y mezquinos que os las dais de listos intentando agasajar por todo lo alto a los invitados!, me gustaría enseñaros esta hospitalidad liberal del Palacio del Dragón. Esos tipos solo están preocupados por no perder su propia dignidad, y andan nerviosos todo el tiempo por ello, incluso muestran un extraño recelo hacia sus invitados, dando vueltas de un lado para otro. No hay una pizca de franqueza en su actitud. ¿Pero qué es eso? Si hasta por un simple vasito de sake ya uno presume de dar de beber y el otro ha de dar las gracias por lo bebido, como si se estuviera formalizando un contrato, no hay quien lo aguante.

—¡Eso es, así se habla! —se alegró la tortuga—. Pero no te excites tanto, que no quiero que te dé un ataque al corazón. Venga, siéntate un rato en esta roca de algas y toma un poco de sake de cerezas. La primera vez que se toman los pétalos del cerezo de mar puede que el olor resulte demasiado fuerte, así que tómalos junto con cinco o seis cerezas, poniéndolo todo junto sobre la lengua. Se disolverá al momento, convirtiéndose en un sake justo en su punto y de lo más refrescante. Depende de la proporción en que los mezcles, va cambiando el sabor. Así que, bueno, vete probando tú mismo hasta que consigas el que más te guste y ¡a beber!

En esos momentos Urashima tenía ganas de beber un sake fuerte. Cogió tres pétalos y dos cerezas de mar y los juntó en la punta de la lengua. Al instante se le llenó la boca de un sake delicioso, dándole una apacible sensación de embriaguez. La mezcla atravesó su garganta de forma ligera y agradable y le produjo una sensación de alegría, como si su cuerpo entero se hubiera iluminado de repente.

—Me gusta esto. Barre por completo la melancolía.

—¿Melancolía? —se apresuró a indagar la tortuga—. ¿Acaso hay algún motivo aquí para la tristeza?

—No, nada especial, no es eso, sino que… Ja, ja, ja —Urashima rio forzadamente para ocultar su nerviosismo y soltó un apagado suspiro mientras contemplaba la figura de la princesa que se alejaba.

La princesa Oto seguía caminando sola y sin decir nada. Envuelta en una luminosidad de un claro tono verdoso, semejando unas fragantes algas semitransparentes, caminaba solitaria con un suave movimiento oscilante.

—¿Adónde irá? —se le escapó en un susurro sin poder evitarlo.

—A sus aposentos, sin duda —replicó afectadamente la tortuga, con cara de estar diciendo algo evidente.

—Llevas un tiempo diciendo sus aposentos, sus aposentos, pero ¿se puede saber dónde están esos aposentos? Si no se ve absolutamente nada en derredor…

Hasta donde alcanzaba la vista, solamente se distinguía una extensión lisa, un gran salón como un enorme campo que brillaba con luz opaca, y ni la menor sombra de algo parecido a un edificio palaciego.

—Allí delante, a lo lejos, hacia donde se dirige la princesa Oto, muy a lo lejos, ¿no ves algo? —le indicó la tortuga, y Urashima frunció el entrecejo forzando la vista en esa dirección.

—Ah, ahora que lo dices, sí, parece que hay algo.

A una lejana distancia hacia el frente, que podía ser como de una milla, se podía distinguir de manera difusa, como cuando se mira el fondo de un lago en penumbra, con los contornos brumosos, una especie de flor acuática de perfecta blancura.

—¿Es aquello? Parece algo muy pequeño, ¿no?

—Para el reposo solitario de la princesa Oto no hace falta un gran edificio, ¿no crees?

—Bueno, sí, dicho así, es cierto —dijo Urashima mientras se preparaba más sake con las cerezas marinas. Y, tras bebérselo, añadió—: Y la princesa, cómo lo diría, ¿siempre es así de callada?

—Sí, así es. Me pregunto si las palabras no surgen de la inseguridad del vivir, de donde nacen sus brotes. Del mismo modo en que las rojas setas venenosas brotan del suelo en putrefacción, ¿no será que la inseguridad de la vida hace fermentar las palabras? Claro que también hay palabras de alegría, pero, incluso en ese caso, ¿no llevan implícita una insidiosa artificiosidad? Parece que los seres humanos, incluso en medio de su felicidad, sienten inseguridad en la vida. Las palabras humanas son todas una invención, un recurso. Una presuntuosidad. Cuando no existe tal inseguridad, no hay por qué recurrir a esa invención insidiosa de las palabras, ¿no crees? Personalmente, nunca he escuchado decir cosa alguna a la princesa Oto. Sin embargo, a diferencia de lo que sucede a menudo con las personas calladas, la princesa Oto de ningún modo es de las que observan con disimulo mientras en el fondo de su corazón juzgan severamente si los demás actúan bien o mal. No piensa en

nada concreto. Se limita a sonreír con suavidad, mientras hace sonar su *koto* o camina balanceándose por el gran salón o disfruta de los pétalos de cerezo que introduce en su boca. Lleva una existencia realmente plácida.

—¿De veras? ¿Una persona como ella, entonces, también bebe este sake de cerezas de mar? Claro que este es un buen sake, de eso no hay duda. Mientras haya de esto, no hace falta otra cosa. Me pregunto si puedo tomar un poco más.

—Claro que sí, adelante. Es de tontos andarse con remilgos en un lugar como este. Tú gozas aquí de un permiso ilimitado. ¿Qué tal si pruebas también a comer algo? Todas las rocas que ves son raros manjares. ¿Prefieres algo grasiento? ¿O mejor algo suave y un poco ácido? Aquí hay cualquier clase de sabor.

—Ah, puedo oír el sonido del *koto*. ¿Puedo tumbarme para escucharlo? —Realmente, era la primera vez en su vida que experimentaba la sensación de que le estaba permitido todo. Urashima olvidó la educación o cualquier otra cosa a que le pudiera impeler su pose de hombre refinado, y se tumbó boca arriba con los brazos estirados—. Ah… qué placer, revolcarse aquí borracho. Aprovechemos la ocasión para comer algo. ¿Habrá algas con sabor a carne de perdiz a la parrilla?

—Las hay.

—Pues eso. ¿Y también hay algas con sabor a moras?

—Imagino que sí. Pero oye, vaya un gusto tan extrañamente agreste que tienes para comer, ¿eh?

—Ya ves, es mi auténtico carácter. Es que soy un paleto. —Hasta había cambiado su forma de hablar—: Aquí tienes la máxima expresión del refinamiento.

Al levantar la vista, a una gran altura, la cúpula formada por los peces que flotaban plácidamente se veía como una neblina azulada. En ese momento, una bandada de peces se desgajó de repente de esa cúpula y, haciendo brillar sus plateadas escamas, empezaron a danzar y a jugar como si todo el cielo se hubiera cubierto de una ventisca de nieve.

En el Palacio del Dragón no había días ni noches. Siempre parecía una refrescante mañana de mayo, con una luz verdosa como la sombra de los árboles inundándolo todo, así que Urashima no tenía la menor idea de cuántos días pasó allí. Durante todo ese tiempo le estuvo permitido cuanto desease, sin ninguna restricción. Urashima incluso entró en las habitaciones de la princesa Oto. Ella no mostró la más mínima aversión. Se limitaba a reír suavemente.

Y, pasado un tiempo, Urashima se hartó. Quizá se hartó de que todo le estuviese permitido. Echaba de menos la miserable vida de tierra firme. Preocuparse de las críticas de los unos hacia los otros, llorar, enfadarse, las mezquindades de los seres de tierra firme, le resultaron todo cosas tan inocentes, que incluso llegó a pensar que eran hermosas.

Urashima, de pie frente a la princesa Oto, le dijo adiós. Esta repentina petición de permiso para marcharse le fue concedida de nuevo con una sonrisa silenciosa. Decididamente, todo le estaba permitido. Desde el principio hasta el final, se le había consentido todo. La princesa Oto acudió hasta las escaleras del Palacio del Dragón a despedirle y, sin decir nada, le entregó una pequeña concha. Era la concha de un molusco bivalvo, firmemente cerrada, y despedía un fulgor multicolor. Se trataba del regalo de despedida del Palacio del Dragón que se conoce por *tamatebako* (la cajita preciosa).

La ida es divertida, pero la vuelta escalofría. Urashima subió otra vez a lomos de la tortuga y,

abstraído, fue alejándose del Palacio del Dragón. En su interior se agitaba una extraña tristeza. «Ah, he olvidado dar las gracias», iba pensando. «Un lugar tan bueno como ese, no lo hay en ninguna otra parte. Ah, debería haberme quedado para siempre allí. Sin embargo, yo pertenezco a la tierra firme. Por mucho que llevase una vida placentera, mi casa, mi tierra natal, están incrustadas en algún rincón de mi cabeza, y no se separan de mí. Aunque me emborrache con delicioso sake y me quede dormido, mis sueños son sueños del país natal. Es deprimente. No estoy cualificado para divertirme en un lugar tan bueno como ese».

—¡Ah… no puedo más! ¡Qué tristeza! —estalló en voz alta en un berrido desesperado—. No sé qué me pasa, pero esto no puede ser. ¡Eh, tortuga! Suéltame otra vez alguna de tus alegres críticas. ¿Qué te pasa que llevas todo el tiempo callada?

La tortuga se limitaba a nadar en silencio con sus aletas desde que salieron.

—Estás enfadada, ¿verdad? Estás enfadada porque me marcho del Palacio del Dragón como quien sale huyendo sin pagar después de comer, ¿no?

—No tienes por qué sentirte culpable. Esas son las cosas que no me gustan de la gente de tierra firme. ¿No te repetí muchas veces desde el principio que hicieras lo que te apeteciera?

—Pero es que me parece como si no te sintieras bien.

—Mira quién fue a hablar, tú que andas extrañamente abatido. Lo que pasa es que me gusta dar la bienvenida a la gente, pero las despedidas las llevo muy mal.

—Ah, eso de la ida es divertida, ¿no?

—No es momento para bromas. Es que esto de las despedidas no va bien para el ánimo. No deja uno de suspirar y todo lo que se diga suena a falso. Me dan ganas de que nos separemos aquí mismo de una vez.

—Así que, después de todo, tú también estás triste, ¿eh? —se enterneció Urashima—. Esta vez te has esforzado mucho por mí y estoy en deuda contigo. Te doy las gracias.

La tortuga no contestó y se limitó a agitar su caparazón, como diciendo «pero venga, qué cosas dices», mientras seguía nadando a toda prisa.

—Y la princesa seguirá allí, divirtiéndose a solas —suspiró Urashima con un tono que no admitía consuelo—. Me ha regalado esta hermosa concha. No será algo de comer, ¿verdad?

La tortuga soltó una risita.

—Durante el tiempo que has estado en el Palacio del Dragón has mostrado un gran interés por probarlo todo, comiendo como un descosido. Pero eso precisamente no es nada de comer. No sé muy bien qué puede ser, pero creo que en esa concha hay algo guardado —dijo misteriosamente la tortuga que, ahora sí, espoleaba la curiosidad humana como aquella serpiente del Jardín del Edén.

Después de todo, ¿no será que sí existe una pauta predeterminada común al destino de todos los reptiles? Pero no, no; dar por sentado una idea así sería una ofensa hacia nuestra buena tortuga. Ella misma ya dijo antes a Urashima aquella maravillosa frase de «sin embargo, yo no soy la serpiente del Jardín del Edén, sino que, aquí donde me ves, soy una tortuga del Japón». Sería muy desconsiderado que no la creyésemos. Además, si juzgamos la actitud de la tortuga hacia Urashima durante todo este tiempo, de ninguna manera puede pensarse que, al igual que la serpiente del Edén, poseyera un carácter de mensajero malvado que susurra tentador al oído con objeto de arrastrar a la perdición. Y no solo eso, sino que podemos más bien pensar que no pasaba de ser una entrañable parlanchina, que

hablaba por hablar, de una manera alocada, sí, pero sin pensar demasiado en el contenido de lo que decía. La tortuga continuó hablando:

—Pero quizá lo mejor sea que no abras esa concha. Porque seguramente encierra en su interior algo así como la esencia concentrada del Palacio del Dragón. Si la abres en tu mundo de la tierra firme, quizá surjan terribles espejismos, o también puede hacerte enloquecer, o incluso provocar que la marea se abalance sobre la costa produciendo una gran inundación. Cualquier resultado es posible, pero creo que, de todas maneras, liberar el oxígeno de los abismos marinos en tierra no puede traer nada bueno —dijo con gran seriedad.

Urashima creyó en la bondad de la advertencia de la tortuga.

—Puede que tengas razón. Si el ambiente de un lugar tan elevado como el Palacio del Dragón estuviera contenido dentro de esta concha, al entrar en contacto con el aire viciado y vulgar del mundo terrestre, podría producirse una turbación que originase una gran explosión. Bueno, no pensemos más, en cualquier caso lo guardaremos así para siempre como el mayor tesoro de la casa.

Ya estaban flotando sobre la superficie del mar. La luz del sol les deslumbraba. Se podía ver la playa de su tierra natal. Urashima tenía ganas de llegar cuanto antes, entrar a toda prisa en su casa, reunir a padres, hermanos y sirvientes y describir con todo detalle el aspecto del Palacio del Dragón; decirles que la aventura consiste en la capacidad de creer, que los que se las dan de refinados en este mundo son como monos mezquinos; soltarles que la tradición no es sino un nombre más de la vulgaridad, seguido de un «me pregunto si lo entenderéis»; decirles que la verdadera elegancia reside en la nueva frontera de la renuncia sagrada, «que no es una simple renuncia, ¿eh? ¿Entendéis?», que no hay críticas fastidiosas, que todo está permitido, y ante todo ello «solo hay que mostrar una leve sonrisa, ¿entendéis?, olvidar al invitado; no entendéis, claro», etc., etc.; y blandir a diestro y siniestro todo aquel nuevo conocimiento que acababa de adquirir. Y cuando ese hermano menor de mentalidad realista pusiera cara de duda, aunque fuera un poco, entonces le pondría delante de las narices el precioso recuerdo que se había traído del Palacio del Dragón hasta que se cayera de espaldas de la sorpresa. Con tal impulso iba Urashima, que se bajó del caparazón justo donde rompen las olas olvidando despedirse de la tortuga y dirigiéndose a toda prisa hacia su hogar natal.

Y aquí llegamos al punto de la historia que reza:

¿Dónde estaría su aldea natal?
¿Dónde estaría el hogar de su familia?
Hasta donde alcanzaba la vista, solo un paisaje desolado
Ni rastro de seres humanos, ni camino alguno
Tan solo el sonido del viento en los pinos

Urashima, tras mucho dudar, termina abriendo la concha de recuerdo del Palacio del Dragón, como ya sabemos, pero, en cuanto a esto, creo que no hay que hacer recaer la responsabilidad sobre la tortuga. Que cuando te digan «no debes abrirlo», te haga sentir todavía más ganas de hacerlo, es una debilidad inherente a los seres humanos, y, sin ser exclusivo de esta historia de Urashima, podemos encontrar un caso semejante en la mitología griega con la historia de la caja de Pandora, donde se revela una psicología similar del comportamiento humano. Sin embargo, en el caso de la caja de Pandora, desde un primer momento hay una intención de venganza por parte de los dioses. La

advertencia de «no debes abrirla» está desde un principio destinada a servir de acicate para la curiosidad de Pandora y se basa en la certeza de que ella terminará por abrir la caja, siendo pues una prohibición claramente malintencionada desde su gestación. Por contra, nuestra buena tortuga le dice lo mismo a Urashima con una intención amistosa. Creo que esto puede creerse viendo la forma en la que habla, sin que pueda detectarse una intención oculta. La tortuga no tiene culpa alguna. Estoy completamente convencido de ello y puedo declarar en su favor, pero así y todo, aquí queda todavía una cuestión que no termina de estar clara. Cuando Urashima probó a abrir el recuerdo del Palacio del Dragón, surgió una humareda blanca del interior y al momento se convirtió en un abuelillo de trescientos o más años, por lo que las versiones que normalmente conocemos de la historia terminan con un «mejor que no lo hubiese abierto, vaya un lamentable resultado, pobrecillo», etc. No obstante, personalmente albergo una fuerte sospecha acerca de todo ello. ¿Entonces aquel recuerdo del Palacio del Dragón, al igual que la caja de Pandora que encerraba el origen de todas las desgracias de los seres humanos, fue ofrecido por la princesa Oto como un regalo con una profunda y oculta intención de venganza o castigo? Siempre en silencio, sonriendo de aquella manera tan suave, y aparentando consentirlo todo, ¿acaso en el fondo de su corazón juzgaba despiadadamente a los demás y no perdonó ni uno solo de los caprichos de Urashima, entregándole esa concha con intención de aplicarle un castigo? Pero no, sin necesidad de entonar una teoría tan extremadamente pesimista, quizá se trate de que, puesto que las personas de clase alta, de vez en cuando, llevan a cabo bromas crueles sin concederle importancia, la princesa Oto, con intención de hacer una travesura inocente, gastó una broma tan pesada como esta. En cualquier caso, que alguien como la princesa Oto, que debía ser la expresión de la más alta elegancia, entregase un regalo de tan pésimas consecuencias es algo que resulta del todo punto inexplicable. Dentro de la caja de Pandora se encerraban las enfermedades, el miedo, el rencor, la tristeza, la desconfianza, los celos, la ira, el odio, las maldiciones, la impaciencia, el remordimiento, el servilismo, la codicia, la falsedad, la soberbia, la violencia, etc., y en fin, el espíritu de cualquier tipo de desgracias. Y, al abrir Pandora dicha caja, como si se tratase de una nube de hormigas aladas, salieron todas despedidas al tiempo, y se extendieron por todos los rincones de la tierra sin dejar libre uno solo, según se dice. Sin embargo, la estupefacta Pandora, al quedar cabizbaja y fijarse en el fondo de la caja vacía, ¿acaso no se dice que descubrió en su fondo oscuro un puntito reluciente, una joya que brillaba como una estrella? Y en esa joya, ¡oh sorpresa!, se dice que estaba escrita la palabra «esperanza». Gracias a esto, parece que el rostro de Pandora, que se había vuelto pálido, volvió a recuperar algo de su color. Y por eso, desde aquel entonces, se dice que los seres humanos, por mucho que sean atacados por el maligno espíritu del sufrimiento, pueden armarse de valor gracias a esta «esperanza», y encontrar las fuerzas necesarias para afrontar tales dificultades. Comparado con eso, el regalo del Palacio del Dragón no tiene gracia, ni nada que se le parezca. No es más que una humareda. Y de pronto, se ve uno convertido en un abuelillo de trescientos años. Aun suponiendo que en el fondo de esa concha quedase esa estrella de la esperanza, Urashima ya tiene trescientos años. Ofrecerle la esperanza a un viejo de trescientos años suena a broma pesada. Un imposible desde el principio. Y si entonces probamos a concederle aquella sagrada resignación, ¿qué tal? Sin embargo, ya tiene trescientos años. A estas alturas, aunque no le concedamos algo de nombre tan presuntuoso, teniendo ya trescientos años, el ser humano está ya más que resignado.

En resumidas cuentas, se mire como se mire, no hay nada que hacer. No hay manera de hacerle llegar una mano salvadora. De cualquier manera, ha traído de vuelta un regalo terrible. Sin embargo, si tiramos aquí la toalla, podemos concluir que los cuentos japoneses son más crueles que la mitología griega. O algo similar, podrían decirnos los extranjeros. Y eso sería, sin duda, lamentable. Por otra parte, por salvaguardar el honor de ese entrañable Palacio del Dragón, quiero encontrar como sea un elevado sentido a ese regalo inexplicable. Por mucho que digamos que unos cuantos días en el Palacio del Dragón equivalen a trescientos años terrestres, no había por qué amontonar todos esos años en un fastidioso regalo y hacérselo llevar a Urashima. Si Urashima, en el momento en que emerge a la superficie del mar procedente del Palacio del Dragón, se convirtiera en un anciano de pelo blanco con trescientos años, todavía podría entenderse la historia. Y si la princesa Oto, movida por sus sentimientos, deseara que Urashima se conservase joven por siempre, no tendría por qué tomarse la molestia de entregarle y hacerle llevar de vuelta un objeto tan peligroso que «no se debe abrir». ¿No podía entonces haberlo tirado por ahí en cualquier recoveco del Palacio del Dragón? ¿O es que se pretende dar a entender algo del tipo de «la mierda que has dejado por aquí, te la vuelves a llevar»? Pero eso sería terriblemente zafio, una especie de rabieta. Resulta más bien difícil de creer que esa princesa Oto de la «sagrada resignación» fuese a tramar algo del nivel de una pelea conyugal en una casa de huéspedes. Realmente no encuentro explicación. Estuve mucho tiempo pensando alguna respuesta a todo esto. Y, por fin, recientemente, me parece que he llegado a entender un poco la cuestión.

En el fondo, nos hemos equivocado al prejuzgar que convertirse en un abuelillo de trescientos años ha supuesto una desgracia para Urashima. También en el libro de dibujos para niños, se nos dice que Urashima se convirtió en un viejo de trescientos años y cosas como «en verdad, fue una suerte terrible y fue muy desgraciado».

Al instante, se convirtió en un abuelo de pelo blanco.

Y con eso se acaba. Fue muy desgraciado, fue un estúpido, etc., no son más que cosas que nosotros, la gente vulgar, hemos añadido caprichosa y ciegamente *a posteriori*. Pero tener de pronto trescientos años no fue, de ninguna manera, una desgracia para Urashima.

Que en el fondo de la concha pudiera quedar la estrella de la esperanza y que eso supusiera una salvación, resulta, a poco que se piense, de un gusto de historieta para niñas y me parece que produce una sensación más que artificiosa. Por el contrario, Urashima obtiene la salvación de esa humareda misma que se alza ante él. No hace falta que en el fondo de la concha quede nada. Eso no es un problema. Como se suele decir:

«El paso de los años es la salvación del ser humano».

«El olvido es la salvación del ser humano».

Puede verse también como que la augusta hospitalidad del Palacio del Dragón alcanza así, a través de este maravilloso regalo de despedida, su cénit. ¿Acaso no se dice que cuanto más lejano es un recuerdo, más hermoso resulta? Y además, el cargar sobre sí esos trescientos años es una decisión que recae en el propio estado de ánimo de Urashima. Una vez más, la princesa Oto ha concedido a Urashima plena libertad de decisión. Si no se hubiera sentido solo, Urashima no habría hecho tal cosa como probar a abrir la concha. Cuando no le quedara más remedio, cuando buscara algún tipo

de salvación en esa concha, entonces quizá pensara en abrirla. Y, al abrirla, al instante trescientos años de edad y el olvido. No busquemos mayor explicación. En los cuentos tradicionales japoneses existe este tipo de sentimiento misericordioso.

Se cuenta que, después de aquello, Urashima vivió diez años más como un anciano feliz.

La montaña Kachi-kachi

El conejo de la historia de *La montaña Kachi-kachi* es una jovencita, y el *tanuki*[8] que saborea la miserable derrota, un tipo feo enamorado de ella. Creo que esta es una verdad imponente sobre la que no cabe la más mínima duda. Se nos dice que se trata de un suceso acaecido en la región de Koshu[9], en las márgenes del lago Kawaguchi, uno de los llamados «cinco lagos del Fuji», en lo que serían las montañas a la espalda del actual pueblo de Funatsu. La gente de Koshu es de sentimientos agrestes. Y quizá sea por eso que esta historia, comparada con otros cuentos tradicionales, presente un aspecto más rudo.

Para empezar, se mire como se mire, ya desde el arranque, la historia resulta extremadamente dura. Algo como una «sopa de vieja», pero ¡qué terrible! No puede tomarse ni como chiste ni como ocurrencia ingeniosa. También el *tanuki*, ¡vaya una diablura sin ninguna gracia que ha cometido! Y cuando llegamos al párrafo en que aparecen los huesos desperdigados de la vieja bajo el repecho de madera, se alcanza el punto extremo de la crueldad, y ya podemos decir que, como lectura para niños, y lamentándolo mucho, debería encontrar el triste destino de ver prohibida su venta. Por eso, en los libros ilustrados actuales donde se incluye *La montaña Kachi-kachi*, con gran lucidez se ha escamoteado la historia original para explicarnos en su lugar que el *tanuki* se ha dado a la fuga causando heridas a la vieja. Con tal recurso, bueno, sí, se ha evitado que prohíban la venta, y eso está muy bien, pero, por contra, como castigo al *tanuki* por una diablura tan simple, el martirio que le inflige el conejo, por más que se piense, resulta demasiado insidioso. No se trata de un duelo en que se abata al contrario limpiamente, de un rápido golpe. Se le mata en vida, se le tortura y tortura y, finalmente, se le mete en una barca de barro y gluglú. Este no es el modo de proceder propio del *bushido*[10] japonés. En cambio, si el *tanuki* realmente hubiera cometido una treta tan sucia como la de la sopa de vieja, puede que no quede más remedio que admitir que se merecía una tortura tan reiterada en venganza por ello.

Sin embargo, teniendo en cuenta la influencia que pudiera causar en el corazón de los niños y el que pueda ver prohibida su venta, aunque se ha cambiado de manera que el *tanuki* simplemente hiere a la vieja y se da a la fuga, como castigo, en cambio, este continúa recibiendo por parte del conejo toda esa sarta de humillaciones y sufrimientos, llevándole hasta esa extremadamente miserable muerte por ahogamiento, todo lo cual parece un poco injusto. Puesto que originalmente era este un *tanuki* que, sin culpa ni delito alguno, se limitaba a disfrutar alegremente de la vida en la montaña, cuando se vio atrapado por el anciano y enfrentado al irremediable destino de convertirse en sopa de *tanuki*. Pese a ello no se resignó y pensó desesperadamente en la manera de encontrar una ruta de fuga, se retorció angustiado y, como último recurso, engañó a la abuela, salvando su vida por un pelo. Y aun en el caso de las versiones de los libros ilustrados actuales, en las que, en su fuga, el *tanuki* causa arañazos a la abuela, en ese momento el animal está desesperado por huir y un resultado tal se debe a un acto de defensa propia realizado de manera refleja e inconsciente, por lo que es posible que no hubiese premeditación al herir a esta abuela y, por tanto, no ha cometido un delito tan grave como para guardarle semejante odio.

Mi hija de cinco años se parece físicamente a mí, y eso ya es bastante malo, pero, además, por desgracia también se parece a su padre en la forma de pensar, por lo que se le ocurren ideas extrañas. Cuando terminé de leerle este cuento de *La montaña Kachi-kachi* en el refugio antiaéreo, su inesperado comentario fue: «Pobrecito *tanuki*, ¿verdad?».

Aunque en realidad «pobrecito» es una palabra que esta hija mía ha aprendido hace poco, y vea lo que vea, repite «pobrecito», notándose a la legua su oculta intención de ser elogiada por su demasiado tolerante madre. Así que tampoco resulta un comentario especialmente sorprendente. O también es posible que, como esta niña fue llevada por su padre al cercano zoológico de Inokashira, cuando se quedó mirando la jaula donde un grupito de *tanukis* correteaba sin parar, sacase la conclusión de que son unos animalitos encantadores y, por eso, sin pararse a pensar el motivo, también se pusiera de parte del *tanuki* de la historia de la montaña Kachi-kachi. En cualquier caso, el comentario de nuestra compasiva niña no debe tenerse muy en cuenta. El fundamento de sus ideas es poco sólido. El motivo de su compasión, impreciso. En definitiva, ni siquiera merece la pena hacer de ello un problema. Sin embargo, el escuchar ese comentario extremadamente irresponsable de la niña, me sugirió algo. Esta niña, sin saber nada, se limitó a soltar sin pensar la palabra que había aprendido recientemente, pero, gracias a ello, el padre pensó: «Ahora que lo dice, el contraataque del conejo es demasiado atroz». Pero la cuestión es que, en el caso de estos niños pequeños, bueno, puedes decirles esto y aquello, y disfrazar un poco las cosas, pero los niños más mayores, a los que ya han enseñado la visión del *bushido* sobre la franqueza, la rectitud y demás, ¿no pensarán que el castigo que inflige este conejo, por decirlo claramente, es «demasiado sucio»? Aquí está el problema, se preocupaba este estúpido padre frunciendo el ceño.

Si, como en nuestros libros de cuentos actuales, el *tanuki* simplemente le hubiera causado unos arañazos a la abuela, la trama según la cual encuentra tan cruel destino —porque el conejo le engaña malévolamente, quemándole la espalda, luego frotándole pasta de guindilla sobre la parte quemada y, por si fuera poco, subiéndole a una barca de barro para matarle—, necesariamente provocará enseguida las sospechas de los niños que ya van a la Escuela Nacional. Pero incluso en el caso de que el *tanuki* hubiera planeado algo tan imperdonable como hacer una sopa con la vieja, ¿por qué no enfrentarse con él cara a cara, dando a conocer su nombre e intenciones, limpiamente y sin trucos, y castigarle con un tajo de sable? Alegar que el conejo carece de fuerza y demás en este caso no sirve de excusa. El duelo para vengar la afrenta siempre debe ser limpio y sin trucos. Los dioses se ponen del lado del justo. Aunque quepa la posibilidad de no ganar, hay que atacar de frente al grito de «¡castigo divino!». Si hubiera una diferencia de fuerzas demasiado grande, entonces tocaría acudir a un lugar como el monte Kurama y sumirse en una estoica preparación al estilo de los místicos, hasta que el espíritu de uno domine el arte de la espada. Desde antiguo, los personajes respetables del Japón han venido, más o menos, haciendo esto. Fueran cuales fueran las circunstancias, actuar mediante planes retorcidos, y encima matar al contrario haciéndole sufrir reiteradamente, es algo que todavía no hemos visto en ninguna historia japonesa de duelo por afrentas. Eso precisamente es lo que, se mire como se mire, no está bien de la historia de *La montaña Kachi-kachi*. En una palabra, no es una actitud varonil, pensarán niños y adultos, porque, en definitiva, cualquiera que se sienta atraído por la noción de justicia, ¿no debería sentirse algo incómodo al respecto?

Pero podéis estar tranquilos. Se me ha ocurrido algo acerca de esto. Y me he dado cuenta de que es perfectamente natural que la actitud del conejo carezca de virilidad. Puesto que este conejo no es un hombre. De esto no hay duda. Este conejo es una chica virgen de dieciséis años. Todavía no sabe utilizar su atractivo erótico, pero es bella. Además, generalmente no hay en todo el género humano persona más cruel que este tipo de mujer. Dentro de la mitología griega aparecen muchas diosas,

pero, de ellas, si dejamos aparte a Venus, la diosa virgen Artemisa es representada, al parecer, como la más atractiva de todas ellas. Como el lector sabrá, Artemisa, en cuya frente brilla un cuarto de luna blanquiazul, es la diosa de la Luna. De movimientos rápidos y sentimientos inamovibles, es, en fin, y dicho en pocas palabras, la versión femenina del dios Apolo. Además, las terribles bestias del mundo terreno son todas vasallos de esta diosa. Sin embargo, su aspecto no es ni mucho menos el de una mujer grandullona, basta y fuerte como una roca. Por el contrario, es pequeña, esbelta; sus manos y pies, delicados y encantadores; y su rostro, tan hermoso que estremece. Sin embargo, a diferencia de Venus, no presenta una marcada femineidad, y también sus pechos son pequeños. Si hay alguien que no le gusta, lo trata con crueldad sin darle importancia. De hecho, al hombre que la espiaba cuando estaba bañándose, lo empapó de un manotazo y lo convirtió al instante en ciervo. Solamente por echarle una furtiva ojeada cuando se estaba bañando, se enfadó hasta este punto. No quiero ni pensar lo que hubiera hecho si llegan a acariciarle una mano. Si un hombre se enamora de una mujer así, es evidente que recibirá una lastimosa y enorme humillación. Y sin embargo los hombres, y mucho más cuanto más necios sean, se enamoran muy fácilmente de este tipo de mujeres peligrosas. Y el resultado, por lo general, es también previsible.

Y quien lo dude, hará bien en ver lo que le sucedió a este pobre *tanuki*. Desde hace tiempo, el *tanuki* intentaba transmitir indirectamente su sentimiento de amor hacia esta chica conejo cortada por el patrón de Artemisa. Una vez que hemos decidido que el conejo de esta historia era una chica tipo Artemisa, tanto si el delito del *tanuki* hubiese sido cocer a la abuela, como si se hubiera limitado a causarle unos simples arañazos, el que su castigo fuera retorcido y malévolo, y que, lógicamente, no le fuese aplicado con virilidad, es algo ante lo que no queda sino asentir con un suspiro. Si, además, este *tanuki* enamorado de una coneja tipo Artemisa, tal y como manda el estereotipo, resulta ser un sujeto no muy bien parecido, incluso para tratarse de un *tanuki, y* un gran simplón atontolinado que se limita a comer con bastos modales, podemos imaginar el trágico desenlace de los acontecimientos.

El *tanuki* fue atrapado por el anciano y estuvo a punto de verse convertido en sopa de *tanuki*, pero quería ver otra vez a aquella coneja, así que tras mucho patalear y conseguir por fin escapar a la montaña, iba de aquí para allá buscándola mientras farfullaba, hasta que por fin la encontró.

—¡Alégrate! He salvado la vida por un pelo. Aprovechando que el abuelo se ausentó, le he dado su merecido a la abuela y he conseguido escapar. Y es que soy un tipo al que acompaña la suerte —se ufanaba con cara de satisfacción, contando cómo había conseguido romper el peligroso cerco que le amenazaba mientras escupía saliva a diestro y siniestro.

La coneja dio un brinco hacia atrás para evitar la saliva y le escuchó con cara desdeñosa.

—No hay ningún motivo especial por el que tenga que alegrarme. ¡Y qué cochino eres, escupiendo saliva al hablar! Además, esos dos abuelos eran mis amigos, ¿no lo sabías?

—¡Ay, vaya! —dijo el *tanuki* atónito—. No lo sabía, perdóname. Si lo hubiera sabido, con mucho gusto me hubiera convertido en sopa de *tanuki* o lo que hiciera falta —añadió con abatimiento.

—Ahora ya es tarde para decir eso. ¡A buenas horas! ¿Acaso no sabías que yo iba de vez en cuando a jugar a ese jardín y desde la casa me echaban deliciosas judías o alguna otra cosa de comer? Y aun así, todavía sueltas la mentira de que no tenías ni idea. Eres odioso. Te has convertido en mi enemigo —le anunció despiadadamente.

En este momento, ya bullía en el interior de la coneja el deseo de vengarse de alguna manera del *tanuki*. La furia de una virgen es terrible. Y si encima va dirigida contra un tipo feo, torpe y estúpido, entonces ya es implacable.

—Perdóname. De verdad que no lo sabía. No estoy mintiendo. Créeme, por favor. —Lloriqueaba e imploraba con un tono desagradablemente insistente, y se ponía a estirar el cuello inclinando la cabeza, cuando descubrió al lado una bellota caída, que se apresuró a recoger y engullir, tras lo cual echó una rápida mirada en derredor con cara de «¿no hay más?». Prosiguió—: De verdad que, cuando te enfadas conmigo, me entran ganas de morirme.

—¿Qué estás diciendo? Pero ¡si solo piensas en comer! —continuó desdeñosa la coneja, mientras se giraba rápidamente de costado—. Además de lujurioso, eres de lo más guarro que he visto comiendo.

—No me lo tengas en cuenta… Es que tengo hambre —seguía implorando mientras daba vueltas en derredor buscando más bellotas—. Si por lo menos comprendieras cómo sufre ahora mi corazón.

—Te digo que no te me acerques. ¿No ves que apestas? ¡Vete más para allá! Te has comido un lagarto, ¿verdad? Lo sé porque me lo han contado. Y también, ¡ja, ja, ja!, ¡qué gracia!, me han dicho que te has comido una mierda.

—Eso es ridículo —sonrió débilmente el pesaroso *tanuki*, aunque, por algún motivo, pareció incapaz de negarlo con energía, y añadió también sin fuerza—: No habrás creído eso, ¿eh? —mientras se limitaba a torcer el gesto.

—No te hagas el fino, que no te creo. Que ese olor que sueltas no es simplemente mal olor —continuó atacando implacable la coneja, sin inmutarse. De pronto, como si pensara en otra cosa totalmente distinta, se le ocurrió alguna idea maravillosa y, brillándole los ojos, se volvió hacia el *tanuki* con cara de estar conteniendo la risa—. Bueno, entonces, por esta sola vez, te perdono. Eh, ¿pero no te he dicho que no te me acerques? Está visto que no se puede una descuidar. ¿Qué tal si te limpias las babas? ¿No ves que tienes toda la barbilla pringosa? Tranquilízate y escucha con atención. Por esta vez, y de manera excepcional, te perdono, pero con una condición. Ese pobre abuelo ahora debe de estar terriblemente deprimido y sin fuerzas para salir a la montaña a por leña, así que nosotros dos iremos a cortar leña para él.

—¿Juntos? ¿Tú también vendrás conmigo? —preguntó el *tanuki* con sus turbios ojillos brillando de felicidad.

—¿Te disgusta?

—Pero ¿cómo va a disgustarme? Vayamos hoy mismo, ahora mismo —le ronqueaba la voz de puro contento.

—Vayamos mañana, mañana a primera hora, ¿eh? Hoy debes de estar cansado y, además, seguro que tienes hambre —dijo extrañamente amable.

—¡Muchísimas gracias! Mañana prepararé algo para llevar de comida y trabajaré sin parar hasta reunir kilos y kilos de leña. Después los llevaré a casa del abuelo. Y entonces, me perdonarás sin falta, ¿verdad? Te llevarás bien conmigo, ¿verdad?

—¡Qué pesado eres! Dependerá de los resultados que muestres en ese momento. Entonces, a lo mejor decidiré hacer buenas migas contigo.

—Ji, ji, ji —se rio el *tanuki* con lascivia—: Vaya forma tan antipática de hablar. Así que quieres

hacerme trabajar, maldita sea. Me siento, me siento… —empezó a decir, cuando se acercó una gran araña, que se apresuró a devorar de un rápido lengüetazo—: Me siento tan feliz que me gustaría llorar como lloran los hombres. —Y sorbiendo la nariz, lloró ruidosa y falsamente.

La mañana de verano era clara y de un frescor agradable. La superficie del lago Kawaguchi estaba cubierta de una ligera neblina, que se extendía blancuzca bajo sus ojos. En lo alto de la montaña, el *tanuki* y la coneja, rodeados también de niebla matinal, cortaban leña afanosamente. El aspecto del *tanuki* mientras trabajaba, más que el de alguien que se afana con plena dedicación, era el lamentable de quien está medio enloquecido.

—Uff, uff —resoplaba exageradamente, blandiendo a diestro y siniestro la hoz para cortar ramas, y soltaba esporádicos quejidos de «ay, qué dolor, ay, qué dolor», con la intención evidente de hacerse escuchar por ella. Iba de un lado para otro como loco, obsesionado por mostrarle a la coneja sus esfuerzos y sufrimientos. Así se revolvía terriblemente, hasta que, como es lógico, con un «ya no puedo más» escrito en su fatigado rostro, arrojó la hoz y dijo—: Mira esto, qué te parece. Me han salido ampollas en las manos. ¡Ah, me hormiguean las manos! Tengo sed. Y también hambre. Y es que vaya un trabajo tan enorme. ¿Qué tal si descansamos un poco? Vamos a abrir el almuerzo, ¿eh? Je, je, je.

Se rio de manera rara, como para disimular su vergüenza, y abrió una gran caja de *bento*[11] con los alimentos que había traído. Hincó el hocico en esa caja grande como una lata de petróleo y empezó a masticar ruidosamente y a babear mientras engullía su contenido. Ahí, en el comer, sí que demostró dedicación plena e ininterrumpida. La coneja, paralizada por la sorpresa, miraba con rostro atónito y, dejando de cortar ramas, echó una ojeada al interior de la caja, y… «¡ah!», lanzó un grito de sorpresa tapándose los ojos con ambas manos. No sé qué podría ser, pero por lo visto, en esa caja de almuerzo había algo terriblemente desagradable. Sin embargo, hoy la coneja parecía tener un plan secreto, así que no le soltó ninguna frase despectiva al *tanuki*, como hubiera sido lo habitual, sino que continuó sin decir palabra, limitándose a exhibir una aviesa sonrisa que no iba más allá de sus labios. Tras lo cual, volvió rápidamente a cortar ramas y, poniendo cara de no darse cuenta, ignoró las inmundicias que hacía el *tanuki* llevado de su buen humor. Se había llevado un buen susto al ver el contenido de la comida del *tanuki* pero, encogiéndose de hombros con impotencia, regresó a su trabajo de cortar leña. Por su parte, el *tanuki*, al verse hoy tratado con tanta magnanimidad por la coneja, no cabía en sí de gozo, y pensaba: «Vaya, parece que esta chica, al ver mi varonil forma de cortar leña, por fin se siente atraída por mí. Si es que no hay mujer que se resista a mi atractivo de hombre bien plantado. ¡Ah, qué bien he comido! Me está entrando sueño. Qué demonios, vamos a echar una siestecita». Relajando su postura y actuando a capricho, se quedó dormido emitiendo fuertes ronquidos. Mientras dormía, debía de tener algún necio sueño, pues decía cosas como: «¡Las pócimas para enamorar no sirven para nada, no funcionan!», y tonterías por el estilo, sin sentido alguno; hasta que se despertó ya casi al mediodía.

—Has dormido un buen rato, ¿eh? —le dijo la coneja con el mismo tono amable de antes—: Yo también he reunido un buen haz de leña, así que echémonoslo a la espalda y vayamos a dejárselo al anciano en el jardín.

—Ah, sí, claro. Eso es —contestó el tejón con un gran bostezo y restregándose los brazos—: Vaya un hambre que me ha entrado. Con este hambre, no podía seguir mucho tiempo dormido. Es que

soy muy sensible. —Y poniendo cara de gran resolución, añadió—: Bueno, venga, voy a reunir yo también rápidamente toda la leña que he cortado y bajemos la montaña. La caja de almuerzo ya está vacía, así que terminemos este trabajo cuanto antes para poder dedicarnos a buscar comida.

Ambos se echaron a la espalda los haces que habían cortado y comenzaron a bajar la montaña.

—Vete tú delante. En este lugar hay serpientes y me da miedo —pidió la coneja.

—¿Serpientes? No hay nada que temer de las serpientes. En cuanto le eche el ojo encima a alguna, la atrapo y… —se interrumpió cuando estaba a punto de decir «me la como», pero se reprimió y añadió—: la atrapo y la mato. No tengas miedo, y camina detrás de mí.

—Desde luego, en momentos como este, ¡qué tranquilidad contar con un hombre en quien confiar!

—No me adules —contestó con modestia—. ¡Qué zalamera estás hoy! Casi me da miedo. ¿No será que quieres llevarme a casa del anciano para que me hagan sopa de *tanuki*, eh? Ja, ja, ja, a otra cosa no sé, pero a eso sí que no estoy dispuesto.

—Pero qué… Pues si andas con esas sospechas, ya no te lo pido. Iré yo sola y ya está.

—No, no, no es eso. Voy contigo. No le tengo miedo a las serpientes, ni a ninguna otra cosa en el mundo, pero es que precisamente ese abuelo… no puedo evitar que me caiga mal. ¡Qué odioso eso de querer hacer sopa de *tanuki*! De entrada, ¡qué cosa tan basta! Y como mínimo, no creo que ni siquiera tenga buen sabor. Yo llevaré mi haz de leña hasta el almezo[12] que está antes de entrar al jardín de ese abuelo, lo dejaré allí, y luego hazme el favor de llevarlo tú adentro. He pensado que es mejor que me despida allí. Con solo ver la cara de ese abuelo, me entra una indescriptible sensación de desagrado. ¿Eh? ¿Qué es eso? Vaya un ruido más raro. ¿Qué será? ¿No lo oyes tú también? Suena como un kachi-kachi.

—¿Y no es eso lo normal? Por eso esta es la montaña Kachi-kachi[13].

—¿La montaña Kachi-kachi? ¿Esta?

—Sí. ¿No lo sabías?

—No, no lo sabía. Hasta hoy no había escuchado nunca que esta montaña se llamara así. Pero vaya un nombre tan raro. ¿No me estarás mintiendo?

—Pero hombre, ¿acaso no tienen nombre todas las montañas? Aquel es el monte Fuji, aquel el monte Nagao, aquel el Omuro. ¿No tienen un nombre todos? Pues por eso, esta montaña se llama Kachi-kachi. ¿Ves? Se oye ese sonido de kachi-kachi.

—Sí, lo oigo. Pero ¡qué extraño…! Hasta ahora ni una sola vez había escuchado semejante sonido aquí. Nací en esta montaña, y ya son treinta y pico los años que en ella vivo, pero esta…

—¿Cómo? ¿Pero ya eres tan viejo? Y eso que el otro día me dijiste que tenías diecisiete años, ¡qué espantoso! Con esa cara llena de arrugas y la espalda un poco curvada, ya me parecía a mí extraño lo de diecisiete, pero no creí que te estuvieras quitando veinte años. O sea que ya estás cerca de los cuarenta; vaya, un buen montón de años, ¿eh?

—No, no, diecisiete, diecisiete, son diecisiete. Esta forma que tengo de andar un poco encorvado, no es de ningún modo por culpa de la edad. Es que como tengo hambre, me sale esa postura de manera natural. Treinta y pico son los años de mi hermano mayor. Como él siempre lo anda repitiendo, he terminado por soltar lo mismo sin darme cuenta. Vamos, que se me ha pegado de él. Es solo eso, querida.

Estaba tan nervioso buscando excusas, que se le escapó la palabra «querida».

—¿Ah, sí? —contestó la coneja con frialdad—. Pues es la primera vez que oigo que tienes un hermano mayor. ¿No me dijiste una vez algo así como «me siento muy solo, siempre ando en solitario, no tengo padres ni hermanos, me pregunto si tú podrías comprender una soledad como la mía»? Entonces, ¿qué querías decir con aquello?

—Sí, eso es —ya ni el mismo *tanuki* sabía lo que estaba diciendo—. Es que desde luego este mundo es muy complicado, no se puede explicar con un sí o un no. Tengo y no tengo hermano.

—Pero todo eso no tiene ningún sentido —se cansó la coneja—, ni pies ni cabeza.

—Sí, verás, en realidad tengo un hermano mayor. Es duro decir esto, pero es un borracho y un maleante. Me avergüenza mucho y no puedo presentárselo a nadie. Desde que nací hace treinta y pico años, no, no, quiero decir mi hermano, desde que mi hermano nació hace treinta y pico años, no para de causarme problemas.

—¿No crees que eso también suena un poco extraño? ¿Cómo es posible que le causen problemas durante treinta y pico años a alguien de diecisiete?

El *tanuki* ya optó por hacer como si no escuchara:

—En este mundo hay muchas cosas que no se pueden explicar con una frase. Ahora mismo, para mí, él ya no cuenta nada, y es como si no existiera. Le he repudiado. ¿Eh? Pero qué raro, huele a quemado. ¿Tú no notas nada?

—No.

—¿Tú crees? —El *tanuki*, como siempre comía cosas malolientes, no tenía mucha confianza en su olfato. Giraba su cuello desconcertado—. ¿Será por preocuparme demasiado? ¿Pero qué es esto? ¿No oyes un ruido de pachi-pachi boo-boo[14], como si se estuviera quemando algo?

—Pues claro que sí. Esta es la montaña Boo-boo de Pachi-pachi.

—¡Mentirosa! Pero si acabas de decir hace nada que esta era la montaña Kachi-kachi.

—Sí, pero en una misma montaña, dependiendo del lugar, los nombres pueden ser diferentes. También a media altura del Fuji hay una montaña llamada Fuji Menor; y el monte Omuro o el Nagao, ¿no están ambos unidos al monte Fuji? ¿Es que no lo sabías?

—No, no lo sabía. Me pregunto si será así, porque ese nombre de la montaña Boo-boo de Pachi-pachi en mis treinta y pico años… Quiero decir, según cuenta mi hermano mayor, esto no es más que una colina. Pero ¡eh, qué calor hace de pronto! ¿Será que va a haber un terremoto? No sé qué pasa hoy, que todo me da mala espina. ¡Aaah, qué calor tan terrible! ¡¡¡Aaaaaah!!! ¡Que me quemo, qué horror, me abraso! ¡Socorro, la leña está ardiendo! ¡¡¡Me abraso!!!

Al día siguiente, el *tanuki* estaba en el fondo de su madriguera, gimoteando:

—¡Aaah, qué dolor! Finalmente, puede que también a mí me haya llegado la hora de morir. Pensándolo bien, no hay hombre más desgraciado que yo. Porque nací un tanto bien parecido, las mujeres, por contra, se cohíben y no se me acercan. Por lo visto, es una desventaja ser un hombre educado y elegante. A lo mejor se piensan que a mí no me gustan las mujeres. ¿Pero qué creéis? No soy ni mucho menos un santo. ¡Claro que me gustan las mujeres! Y sin embargo, parece que ellas creen que soy un idealista que busca una mujer perfecta y ni siquiera intentan seducirme. Llegados a este punto, me dan ganas de echar a correr como un loco diciendo a gritos: «¡Me gustan las mujeres!». ¡Ay, pero cómo me duele! ¡Cómo me duele! Me parece que estas quemaduras no se van a curar fácilmente. Me entran punzadas de dolor. Ahora que por fin me alegraba de haber escapado del

guiso de *tanuki*, he caído en la trampa de la incomprensible montaña Boo-boo, que ha terminado con mi suerte. Esa montaña es una montaña de lo más mezquina. Qué cosa tan terrible, hacer arder la leña con ese boo-boo. En treinta y pico años… —Se interrumpió mirando en derredor—. Bueno, y por qué ocultarlo, este año cumplo los treinta y siete. Sí, sí, ¿y qué pasa? En cuanto pasen otros tres años, ya tendré cuarenta, como es evidente. Es una conclusión perfectamente natural, ¿acaso no basta con verme? ¡Ay, pero qué dolor! Sin embargo, el caso es que en mis treinta y siete años de vida, me he criado y jugueteado en esa colina, y ni una sola vez me ocurrió una cosa tan extraña y terrible como esta. Que si la montaña Kachi-kachi, que si la montaña Boo-boo, hasta el nombre le viene extrañamente bien. ¡Qué inexplicable es todo!

Así reflexionaba una y otra vez, golpeándose la cabeza. En ese momento, escuchó la voz de un vendedor ambulante pregonando sus mercancías, que le llegaba desde el exterior de la madriguera.

—¡Traigo pomada de Senkin! ¡Para sus quemaduras, heridas, para la piel renegrida!

El *tanuki*, más que por las quemaduras o las heridas, se sintió atraído por lo de la piel renegrida.

—¡Eh, eh, pomada de Senkin!

—Al momento. ¿Desde dónde me llama?

—Aquí, dentro de la madriguera. ¿También sirve para aclarar la piel demasiado oscura?

—Pues claro. Y en un solo día.

—Ajajá —se alegró el *tanuki*, saliendo a rastras de la madriguera—. ¿¡Eh, pero si eres la coneja!?

—Bueno, sin duda soy un conejo, pero soy macho, y vendedor de medicamentos. En realidad, llevo treinta y pico años recorriendo esta zona con mis productos.

—Pfuuu… —suspiró el tejón agitando la cabeza—. Sí que hay parecidos entre los conejos. ¿Treinta y pico años? Vaya, ¿usted también? Bueno, dejemos de hablar del paso del tiempo. No tiene maldito interés. ¿No resulta pesado? Bueno, pues por eso —farfullaba dando vueltas al asunto para disimular—. Por cierto, ¿no me podrá dar un poco de esa medicina? Resulta que tengo algunas molestias y preocupaciones.

—¡Oh, pero qué quemaduras tan terribles! Esto no se puede dejar así. Si no se cuidan, va usted a morir.

—No, si lo que tengo son ganas de morirme de una vez. Más bien, lo que me preocupa es, ¿cómo decirlo?, mi aspecto…

—Pero ¿qué está usted diciendo? Si está justo en el filo entre la vida y la muerte. La espalda es lo que tiene peor, ¿verdad? ¿Pero se puede saber qué le ha pasado a usted?

—Pues verá… —empezó el *tanuki*, torciendo el gesto—, nada más poner los pies en esa montaña de nombre estúpido de Boo-boo de Pachi-pachi, bueno, sucedió algo espantoso, me llevé un gran susto…

El conejo, sin poder contenerse, soltó una risita. El *tanuki* no supo por qué se reía el conejo, pero, arrastrado, se rio él también:

—Cierto, ¿verdad? No hay cosa más tonta y absurda que esta. Le voy a dar un consejo: evite en particular esa montaña a toda costa. Al principio se pasa por una montaña llamada Kachi-kachi, que luego lleva a esa otra de Boo-boo de Pachi-pachi, y ahí está el gran peligro. Suceden cosas espantosas. En fin, que es mejor no pasar más allá de la montaña Kachi-kachi y despedirse en ese

momento del lugar. Si uno comete el error de penetrar en la Boo-boo, al final, ya ve, se acaba como yo. ¡Ay, qué dolor, qué dolor! ¿Comprende usted? Se lo advierto de veras. Usted, que parece que todavía es joven, escuche las palabras de alguien entrado en años como yo. Bueno, no tan entrado en años; pero, de todas formas, no se lo tome como una tontería, y acepte con respeto este consejo de amigo, por favor. Mire que le está hablando alguien que ya ha pasado por ello. ¡Ay, ay, pero cómo duele!

—Muchas gracias. Tendré cuidado. Bueno, entonces, ¿qué hacemos con el medicamento? Como agradecimiento por el atento consejo que acaba de darme, no le cobraré nada por el producto. Déjeme que le aplique la pomada sobre las quemaduras de la espalda. Ha tenido lugar la feliz coincidencia de que yo pasara por aquí precisamente en este momento, porque, si no, es posible que dentro de poco estuviera usted muerto. Debe de ser algún tipo de predestinación. Algo que nos ha unido.

—Sí, es posible que estuviéramos destinados a encontrarnos. —Y gimiendo en voz baja, el *tanuki* prosiguió—: Bueno, si es gratis, dejaremos que nos lo unten. Últimamente estoy empobrecido, y es que el enamorarse de las mujeres cuesta dinero, por desgracia. De paso, ¿no podría echarme una gota de esa pomada también en la palma de mi mano?

—¿Para qué? —preguntó el conejo con rostro intranquilo.

—No, ja, ja, para nada. Solo es que me gustaría echarle una ojeada. Me preguntaba qué color tendría.

—El color es como el de cualquier otra pomada. ¿Está bien así? —Y echó una pizca en la palma de la mano que extendía el *tanuki*.

Rápido como una centella, el *tanuki* estuvo a punto de untarse la cara con la gota de pomada, pero el conejo, sorprendido, consiguió apartarle la mano, no fuese a ser que por algo así se descubriera el verdadero contenido del medicamento.

—¡Eh, no debe usted hacer eso! Para untar en la cara es una pomada un poco fuerte. Ni hablar.

—¡No, suélteme! —se revolvía el *tanuki* insistiendo sin amilanarse—. Se lo pido por favor, suélteme el brazo. No puede usted comprender mis sentimientos. Por culpa de este rostro renegrido, desde que nací hace treinta y pico años, la vida tan gris que he tenido que llevar… No podría usted comprenderlo. Suélteme, suélteme el brazo. Se lo pido por favor, deje que me lo aplique en la cara.

El *tanuki* terminó por apartar de una patada al conejo, y con una celeridad que se escapaba al ojo, se embadurnó la cara con la pomada.

—Como mínimo, creo que mi cara, la forma de la nariz y los ojos, no está ni mucho menos nada mal. Pero andaba desalentado solo por culpa de esta piel tan oscura. Ahora ya no habrá problema. ¡Ah! Pero qué terrible es esto. Siento un picor imparable. ¡Qué pomada tan fuerte! Claro que si no fuera un medicamento tan fuerte como este, creo que no sería eficaz para remediar la negrura de mi rostro. ¡Ah, qué terrible! Pero hay que tener aguante. Maldita sea, la próxima vez que esa tía se encuentre conmigo, se quedará fascinada, embelesada ante mi rostro… ju, ju, ju… Y no quiero saber nada si luego sufre de amor por mí. Que no me hago responsable, ¿eh? ¡Ah, qué escozor! Este medicamento sí que funciona. Venga, pues ya puestos, en la espalda o donde sea. Úntemelo usted por todo el cuerpo. Total, no me importa morir. Con tal de que mi piel se vuelva más blanca, ¡qué importa morir! Vamos, vamos, úntemelo. No se cohíba usted y embadúrneme generosamente todo el cuerpo,

por favor.

Se había vuelto un espectáculo dolorosamente patético.

Sin embargo, la crueldad de una virgen consciente de su belleza no conoce límite. Casi igual a la del diablo. Se levantó con toda su sangre fría y se puso a cubrir toda la piel quemada del *tanuki* con gruesas capas de aquella pomada de guindillas. Al momento, el *tanuki* se revolcaba, levantándose y cayendo una y otra vez.

—Hum… Esto no es nada. Este medicamento es verdaderamente eficaz. ¡Ah… qué terrible! Denme agua, por favor. Pero ¿dónde estoy? ¿Es el infierno? Perdón, por favor. No recuerdo haber hecho nada por lo que merezca ir al infierno. Solamente porque no quería convertirme en sopa de *tanuki*, acabé con aquella abuela. No tengo ninguna culpa. Desde que nací hace treinta y pico años, por culpa de mi piel renegrida, ni una sola vez he gustado a las mujeres. Y además, por culpa de mi gula… ¡ah, no sé la de veces que me he visto en situaciones incómodas! Nadie me comprende. Soy un solitario. Soy una buena persona. Creo que mi cara no está nada mal.

Sufría tanto, que soltaba sin parar lastimosas frases inconexas, hasta que la cosa terminó en que perdió el conocimiento y cayó en redondo.

Sin embargo, la desgracia del *tanuki* no acabó aquí. Incluso yo, que soy el autor, no puedo evitar suspirar mientras escribo. Con toda probabilidad, no creo que encontremos en toda la Historia del Japón apenas personaje alguno que haya tenido una parte final de su vida tan inexorablemente dirigida a la desgracia. Tras conseguir escapar de la sopa de *tanuki* a que estaba destinado, sin apenas darle tiempo para alegrarse, en la montaña Boo-boo sufre grandes quemaduras sin causa aparente y, salvando la vida por un pelo, consigue llegar arrastrándose a duras penas hasta su madriguera, donde se halla gimoteando con el gesto torcido, para encontrar que esta vez le embadurnan todas las heridas con pasta de guindillas, por lo cual pierde la consciencia de tanto sufrir; y, por último, como colofón, le suben a una barca de barro para que se hunda en el fondo del lago Kawaguchi. Realmente, no hay ni el menor lado bueno. Sin duda, esta también puede ser considerada como una historia de desgracia acaecida por culpa de una mujer, pero, aun así, dentro de ese género de perdición por una mujer, resulta demasiado áspera. No hay ni un solo momento de buen gusto.

El *tanuki* pasó tres días en su escondrijo con un hálito tan débil como el de un insecto, medio vivo medio muerto, errando, ahora sí, en la frontera entre la luz y las tinieblas, hasta que al cuarto día, acosado por un hambre salvaje, consiguió apoyarse en un bastón y salir medio a rastras de la madriguera, farfullando esto y aquello por lo bajo, mientras buscaba aquí y allá algo de comer, andando con un aspecto tan lastimoso que no admite comparación. Sin embargo, como en el fondo era de constitución fuerte, antes de que pasaran diez días ya se había recuperado por completo. Y si su gula había vuelto por sus fueros con las mismas ganas que antes, su apetito sexual también había rebrotado un poco; así que, aunque debería haberse quedado quietecito, le dio por ir de nuevo a la morada de la coneja, como si nada hubiese pasado.

—He venido a estar un rato contigo, ju, ju —se rio vergonzoso y lascivo.

—¡¿Eh?! —se sorprendió la coneja con evidente cara de terrible desagrado. Un sentimiento tipo: «Pero ¿cómo, eres tú?»; o mejor dicho, aún peor, algo del estilo: «¿Pero por qué vienes otra vez?» o

«¡Pero qué cara más dura tienes!». No, no, todavía peor. Algo como «¡Ah, qué insoportable!» o «Ha llegado el gafe». Pero no, no, todavía peor que eso. «¡Asqueroso!, ¡apestoso!, ¡muérete!». Algo en esta línea de desagrado extremo era lo que en ese momento se reflejó a las claras en el rostro de la coneja. Sin embargo, el tipo de visitante a quien nadie desea invitar, es un sujeto que no se da cuenta ni de lejos del sentimiento de disgusto del dueño del lugar que visita. Realmente, se trata de una psicología incomprensible. Vosotros, queridos lectores, haréis bien también en andaros con cuidado. Cuando el ir de visita a una casa supone, por algún motivo, un gran esfuerzo o una incomodidad, y aun así, aunque con desgana, se decide ir, sorprendentemente, la gente de esa casa se alegra de vuestra visita desde el fondo de su corazón. Por contra, cuando vais pensando «¡Ah, qué agradable es aquella casa, me siento casi como si estuviera en la mía, o incluso todavía mejor, es el único refugio donde olvidar las penas, no hay cosa más agradable que el ir de visita a aquella casa!», etc., por lo general, los habitantes de dicho hogar se sienten indeciblemente molestos. Os ven como una presencia sucia, os temen y están deseando que os marchéis cuanto antes. Seguramente, el hecho de desear un refugio en casa ajena para olvidar las penas es ya una prueba de estupidez, pero, de todas maneras, en lo que se refiere a las visitas, resulta sorprendente lo equivocado que suele llegar a estar el visitante. Creo que, si no tenemos un motivo concreto que nos lleve allí, por muy próxima que sea la relación con un determinado hogar, es mejor no acudir con demasiada frecuencia. Quien dude de este aviso del autor, hará bien en ver lo que le sucede al *tanuki*. Ahora mismo está clarísimo que el *tanuki* está cometiendo un espantoso error de apreciación. No ha interpretado bien ese «¡¿Eh?!» y la cara de disgusto de la coneja. Para el *tanuki*, ese grito de «¡¿Eh?!» ha sido solo de sorpresa ante su inesperada visita, con un tono de regocijo añadido, un gritito inocente propio de una virgen, emitido de forma inconsciente, un estremecimiento de alegría. Y la expresión de la coneja frunciendo el ceño la malinterpreta, de nuevo, como una muestra indudable del sufrimiento que sentía por lo que le sucedió el otro día en la tragedia del monte Boo-boo.

—Gracias —expresó su reconocimiento aun cuando ella no le había dirigido ninguna muestra de preocupación—. No tienes por qué inquietarte, ya estoy bien. Dios siempre me protege. Soy un tipo con suerte. Esa montaña de Boo-boo me importa menos que el pedo de un *kappa*[15]. Por cierto que la carne de *kappa* debe de saber bastante bien. Tengo que hacer lo que sea para probarla un día de estos. Bueno, ese es un tema aparte. Pero vaya un susto el del otro día. Y qué manera tan tremenda de arder, la de ese fuego. ¿Qué tal te fue a ti? No parece que tengas ninguna herida. Menuda suerte haber podido escapar sin daños en medio de todo aquel fuego.

—No salí del todo indemne, no creas —respondió cínica y fríamente la coneja—. Pero tú, ¡vaya un comportamiento tan odioso que tuviste! ¿Pues no me dejaste sola en medio de aquel fuego y te escapaste a todo correr? Me cocía en medio de todo aquel humo y por poco no me muero. Te odié de veras. Está claro que, en momentos como ese, es cuando aparece la verdadera naturaleza de cada uno, ¿no crees? Esta vez ya he visto claramente cuál es la tuya.

—Lo siento. Perdóname, por favor. En realidad, yo también terminé muy mal, con unas quemaduras terribles. Después de todo, quizá ni Dios ni nadie esté protegiéndome, porque no dejan de ocurrirme desgracias, una tras otra. No creas que en ningún momento dejé de preocuparme por lo que hubiera podido pasarte a ti, pero cuando sentí que de pronto comenzaba a arderme la espalda, no tuve tiempo ni de ir a salvarte, ni de nada. ¿Pero no lo comprendes? De ninguna manera soy un

hombre desleal. Unas quemaduras así son algo que no se puede tomar a la ligera. Y luego está lo de la pomada esa de Senkin o Senki o como se llame, que hay que evitar. Ese sí que es un medicamento odioso. Por no servir, ni siquiera sirve para aclarar la piel oscura.

—¿La piel oscura?

—¿Eh, qué? Ah, nada, un medicamento oscuro y espeso, demasiado fuerte, vaya. Un sujeto muy parecido a ti, pequeño, un tipejo raro, me dijo que no me cobraba el medicamento. Entonces me dejé llevar y pensé que no hay que dejar de probarlo todo en esta vida, así que consentí que me untara su pomada. Sin embargo, se mire como se mire, aquello no era un simple medicamento. Es mejor que tú andes también con cuidado, no bajes la guardia un momento, porque sentí como si por lo más alto de mi cabeza estuviera pasando un tornado chirriante y de pronto me desplomé inconsciente.

—Puaf —replicó despectiva la coneja—. ¿Y no te está bien empleado? Has tenido tu castigo por ser tan tacaño. Como viste que era gratis, entonces te decidiste a probar el medicamento. No sé cómo pudiste hacer algo tan vulgar, y encima contármelo sin avergonzarte.

—¡Qué cosas tan terribles dices! —dijo el *tanuki* en voz baja. Pero, aparte de eso, no pareció sentir ninguna otra cosa en especial, sino que simplemente continuó como arrobado por el calorcito de la felicidad de estar junto a alguien que le gustaba; y así, como lo más natural del mundo, tomó asiento en aquel lugar. Con sus ojos brumosos como los de un pez muerto, miró en derredor, atrapó un pequeño insecto y lo engulló diciendo—: Pero con todo, soy un hombre afortunado. Por muchas desgracias con que me tope, siempre consigo salir con vida. A lo mejor, sí que me protege Dios. Me alegro mucho de que tú también terminaras a salvo y ahora que yo también estoy repuesto de mis quemaduras como si nada, podemos estar otra vez así los dos hablando tranquilamente. ¡Ah, me siento exactamente como en un sueño!

La coneja tenía desde el principio unas ganas enormes de que se marchase de una vez. Sentía un desagrado tal, que se quería morir. Tenía que encontrar, como fuese, la forma de que el tipo se marchase por fin de su hogar, así que se le ocurrió de nuevo un plan diabólico.

—Oye, ¿tú sabías que en este lago Kawaguchi nadan hasta rebosar unas tencas deliciosas?

—No, no lo sabía. ¿De verdad? —Los ojillos del *tanuki* brillaron de inmediato—. Cuando yo tenía tres años, mi madre me trajo una tenca que había atrapado para que me la comiese. ¡Estaba buenísima! Yo no es que sea torpe, no, nada de eso, pero no consigo atrapar las tencas ni ningún otro animal que esté en el agua, así que, aunque sé que están muy ricas, han pasado desde entonces treinta y pico años y… Que no, que no… ja, ja, ja… Otra vez se me ha pegado la muletilla de mi hermano. Es que a mi hermano también le gustaban las tencas.

—Ah, ya, claro —le siguió la corriente la coneja, con la cabeza en otra cosa—. Yo, por mi parte, no es que tenga ganas de comer tenca, pero ya que a ti te gustan tanto, estoy dispuesta a acompañarte ahora para atrapar alguna.

—¿De verdad? —El *tanuki* no cabía en sí de gozo—. Pero es que esas dichosas tencas son muy rápidas. Una vez que intenté coger una, estuve a punto de convertirme en un fiambre ahogado —dijo, confesando excepcionalmente uno de sus fracasos pasados—. ¿Será que tú has pensado alguna buena manera de hacerlo?

—Si se utiliza una red, no tiene ninguna dificultad. Cerca de la costa del islote de Uga últimamente se concentran muchas tencas de gran tamaño. Vayamos allí, ¿eh? ¿Tú sabes remar?

—Hum… —empezó con un leve suspiro—: Bueno, sí, remar, puedo remar. Si me pongo a ello, no es nada —mintió con dificultad.

—¿Así que puedes remar? —contestó la coneja simulando creerle, aunque sabía que le había soltado una trola para presumir—. Entonces es perfecto. Tengo un barquito pequeño, pero es tan tan pequeño, que no podemos subir los dos. Además está hecho de maderas muy finas y de forma muy chapucera, por lo que entra agua por todos los sitios y es peligroso. A mí no me importa lo que me pase, pero no quiero que te pase nada a ti, así que vamos a construir tu barca juntos ahora, uniendo nuestras fuerzas. Como una barca de madera como la mía es peligrosa, vamos a hacer la tuya más resistente, amasando barro.

—No sé cómo agradecértelo. Voy a echarme a llorar. Por favor, déjame que llore. ¿Por qué será que enseguida me entran ganas de llorar? —Y mientras lloraba falsamente, añadió aprovechando la ocasión—: Y ya puestos, ¿por qué no me construyes tú sola esa barca tan resistente? Por favor, te lo suplico. —Y tras una petición tan descarada, añadió—: Quedaré en deuda contigo por esto. Mientras construyes esa barca tan resistente para mí, yo prepararé el almuerzo. Estoy seguro de que podría llegar a ser un estupendo encargado de intendencia.

—Seguro que sí —continuó la coneja simulando creer esa arbitraria opinión del *tanuki*, asintiendo dócilmente. Ante lo cual el *tanuki* se sonrió pensando cuán inocente era la gente de este mundo.

En este mismo instante se decidió la trágica suerte del *tanuki*. Que en el interior de esa persona que siempre cree todas las trolas que uno dice, con frecuencia puedan albergarse terribles y diabólicos planes, era algo que desconocía el necio y despistado *tanuki*. De buen humor, andaba por ahí sonriente.

Salieron juntos hacia la ribera del lago. Sobre la blanquecina superficie del Kawaguchi no había ni una ola. La coneja se aprestó a amasar barro y a emplearse a fondo en construir eso que llamaba una barca resistente, mientras que el *tanuki* repetía «siento las molestias», «siento las molestias», y correteaba y daba saltitos por los alrededores preocupado únicamente por encontrar alimentos para su merienda. Para cuando el viento del atardecer empezó a soplar suavemente y la superficie del lago se cubrió de pequeñas olas, la barquichuela de barro relucía con el color del acero e iniciaba su singladura.

—Bueno, no está nada mal —comentó alborozado el *tanuki* mientras subía en primer lugar a la barca aquella caja de almuerzo grande como una lata de petróleo—. Hay que reconocer que eres una chica muy mañosa, ¿eh? Y es que vaya una barca más bonita que has conseguido hacer en un santiamén. Una técnica prodigiosa —la elogió de una manera que sonaba increíblemente falsa.

Y secretamente, el *tanuki* pensó: «Si consigo casarme con esta mujer tan habilidosa, a lo mejor puedo llevar una existencia de diversión y lujo mientras vivo de su trabajo, etc.». Y así, además del atractivo sexual, comenzó a acosarle otro tipo de deseo, que le hizo reafirmarse en su intención de pegarse como fuera a esta mujer y no separarse nunca de ella.

Con gran decisión, se subió a la barca.

—Seguro que a ti también se te da de maravilla remar, ¿verdad? Por supuesto que yo, algo como remar en una barca, vaya, no es que no sepa, claro que no, ni mucho menos, pero hoy me gustaría

comprobar el buen hacer de mi esposa en la faena —soltó con un descaro cada vez más desagradable —. En mis tiempos, me llamaban cosas como el rey del remo o el maestro del remo, pero he pensado que hoy me gustaría ir tranquilamente tumbado y ver cómo lo haces tú. A mí no me molesta, así que une con una cuerda la proa de mi barca a la popa de la tuya, por favor. Si morimos, que sea juntos, no me gustaría que me dejases solo.

Y tras decir estas desagradables palabras que sonaban a mal agüero, se tumbó extenuado en el fondo de su barca de barro.

Por su parte la coneja, al oír que el *tanuki* le pedía unir las dos barcas, se sobresaltó pensando si este estúpido no estaría sospechando algo. Pero tras estudiar disimuladamente su rostro, vio que no había por qué preocuparse, pues el *tanuki* se las prometía muy felices sonriendo libidinoso y se notaba que ya había comenzado su andadura por el mundo de los sueños. «Despiértame cuando consigas alguna tenca. Y es que hay que ver qué ricas que están. Ya tengo treinta y siete años». Y todo tipo de sandeces murmuradas medio en sueños. La coneja sonreía despectiva, y tras atar la barca de barro del *tanuki* a la suya, comenzó a golpear con un chapoteo la superficie del agua con el remo. Las dos barcas fueron alejándose sin dificultad de la orilla.

El pinar del islote de Uga bañado por el crepúsculo parecía un incendio. Aquí, el autor va a permitirse presumir de sabihondo con la anécdota del pinar que aparece en las cajas de tabaco Shikishima, que es un diseño realizado a partir del pinar de esta isla. Puesto que es algo que escuché de una persona de fiar, no creo que el lector tampoco pierda nada creyéndome. Claro que, como en nuestros días el tabaco Shikishima ya ha desaparecido, esta es una anécdota por la que los jóvenes lectores no mostrarán el menor interés. Me he dedicado a presumir de saber cosas sin ninguna importancia. Y es que dárselas de listo, al final, siempre acaba en un resultado tan tonto como este. Bueno, solamente los lectores que hayan nacido hace más de treinta y tantos años se acordarán difusamente con un «ah, ¿aquellos pinos?», al igual que el recuerdo de los juegos de geishas o cosas similares y poner cara de aburrimiento será, posiblemente, a lo más que llegarán.

Pues bien, la coneja se quedó arrobada contemplando esta visión al atardecer del islote de Uga, y susurró:

—¡Oh, qué paisaje tan hermoso!

Esto es realmente muy curioso. Se puede pensar que a alguien malvado en extremo, cuando está a punto de cometer un crimen cruel, no le sobra la disposición de ánimo necesaria para quedarse arrebatado ante la belleza de un paisaje, pero esta hermosa virgen de dieciséis años entrecerraba los ojos admirando la vista del islote al atardecer. En verdad que entre la Inocencia y el Mal no hay mayor separación que el grosor de una hoja de papel. Esos hombres a los que se les cae la baba ante una chica caprichosa que no conoce los sufrimientos de la vida, con unas maneras tan presuntuosas que dan ganas de vomitar, y que exclaman por ello: «¡Ah, la pureza de la juventud!», harán bien en tener mucho cuidado. Lo que esos hombres llaman «la pureza de la juventud» y demás, a menudo, como sucede con el caso de esta coneja, guarda en su seno un impulso de matar junto a un tipo de placentera embriaguez, conviviendo ambas pulsiones de la manera más natural, en un baile sensual y desacompasado donde no se distinguen bien unos sentimientos de otros. Es como la espuma de la cerveza, que no permite ver el peligro que hay debajo. Una situación donde se ocultan las

sensaciones a flor de piel mediante la moral, y a eso se le llama idiocia o maldad. En esas películas americanas que no hace mucho estaban de moda en el mundo entero[16], salían por doquier machos y hembras jóvenes con este tipo de «pureza», pululando de aquí para allá como impulsados por un resorte, sin saber qué hacer con esos sentidos que les hormiguean a flor de piel. No es por retorcer las cosas buscando culpables, pero daría para pensar si el origen de esa expresión de «pureza de la juventud», no habría que buscarlo precisamente en los Estados Unidos. Esas cosas del tipo de «¡qué divertido es esquiar, venga, vamos!»; para luego, por otro lado, cometer sin el menor reparo un crimen estúpido. Si no es idiocia, entonces es maldad pura. O quizá lo que llamamos el Mal sea, en su origen, la Estupidez. Pequeñita, esbelta, con manos y pies delicados, comparable a aquella Artemisa, diosa de la Luna, nuestra conejita virgen de dieciséis años también, por desgracia, ha pasado de golpe de ser un personaje muy interesante a convertirse en algo vulgar. ¿Así que se trata de simple idiocia? Ante eso ya no se puede hacer nada, ¿no?

—¡Aaah! —surgió una extraña voz a los pies de la coneja.

Nuestro querido hombre, que era de todo menos puro y que tenía ya treinta y siete años, estaba chillando como un principito *tanuki*:

—¡Agua! ¡Está entrando agua! ¡Estoy en peligro!

—Vaya un escándalo que armas. Si solo es una barca de barro. Claro que terminará por hundirse. ¿No lo sabías?

—No lo entiendo. Me resulta incomprensible. No tiene lógica. Algo así es imposible. No puedo creer que tú… no, no puede ser cierto, que tú quieras que yo… es algo propio de un demonio. No, no entiendo absolutamente nada. ¿Pero tú no eras mi esposa? ¡Ah, que se hunde! De todo lo que veo, como mínimo tengo la certeza de que esto se está hundiendo. Para ser una broma, es demasiado pesada. Esto es prácticamente un acto de violencia. ¡Ah, que se hunde! Eh, ¿cómo me vas a compensar de esto? ¿No ves que se va a echar a perder la caja de la merienda? En esta caja hay unos macarrones con lombrices espolvoreados con mierda de comadreja. ¿No es una pena? ¡Glup! ¡Ah, ya he empezado a tragar agua! ¡Eh, te lo ruego! Déjate de una vez de bromas pesadas. ¡Eh, eh, pero no cortes esa cuerda! Si hay que morir, que sea juntos. Los esposos vuelven a casarse tras la reencarnación, están amarrados por un destino que, aunque se intente, no puede cortarse… ¡Ah, no, la has cortado! ¡Sálvame, por favor! No sé nadar. Lo confieso. De joven podía nadar un poco, pero con treinta y siete años, los tejones tenemos endurecidas las articulaciones aquí y allá, y ya no hay manera de que podamos nadar. Lo confieso. Tengo treinta y siete años. La verdad es que te llevo demasiados años. ¡Tienes que tratar con cariño a la gente mayor! ¡No olvides el debido respeto a los ancianos! ¡Glup! Ah, eres una buena chica, ¿eh? Así que, como eres una buena chica, alárgame por favor ese remo que tienes en la mano para que pueda agarrarme a él… Ay, ay, ay, ¿pero qué haces? ¿No ves que eso duele? Cómo se te ocurre golpearme la cabeza con ese remo… Conque esas tenemos, ¿eh? Muy bien, entendido. Así que quieres matarme, ¿eh? He comprendido.

El *tanuki*, al llegar a las puertas de la muerte, por primera vez se dio cuenta de las intenciones diabólicas de la coneja, pero entonces ya era demasiado tarde.

«Pokan, pokan», sonaba implacable el remo al llover sobre su cabeza. El *tanuki* se hundía y volvía a salir a flote sobre la superficie del lago, que relucía rojiza a la luz del atardecer, y gemía:

—¡Ay, ay, ay, qué dolor! ¡Qué espantosa eres! ¿Qué mal te he hecho yo a ti? ¿Es un delito el

enamorarse?

Se hundió de golpe, y ya no volvió a salir.

La coneja se enjugó el rostro. Y dijo:

—¡Ay, qué sudor tan horrible!

Y bien, ¿pretende ser esto una especie de advertencia contra la lujuria? ¿O será una historia en clave humorística para proponernos el amable consejo de «ni te acerques a una preciosa virgen de dieciséis años»? Aunque también es posible que, ya que por mucho que alguien nos guste, ir a visitarlo continuamente hasta ponerse pesado puede hacernos finalmente tan odiados que incluso podamos encontrar el horrible destino de ser asesinados, estemos ante una especie de tratado didáctico sobre la cortesía y los buenos modales, que quiere enseñarnos a observar la moderación.

O también, más que una visión moral sobre el Bien y el Mal, quizá se quiera dar a entender, bajo la forma de una historia cómica, que en este mundo la gente es capaz de llegar a maldecir, castigar, premiar o dominar a otros simplemente por una diferencia de percepción en los gustos.

Pero no, no, sin apresurarse a sacar ese tipo de conclusiones propias de los críticos literarios, ¿no basta con tener en cuenta las últimas palabras del *tanuki* cuando estaba a punto de morir?

A saber: «¿Es un delito el enamorarse?».

No creo que exagere si digo que, desde tiempos remotos, el tema principal de las historias tristes en la literatura mundial pende en torno a esta sola frase. En toda mujer anida oculta esta despiadada coneja y en todo hombre siempre chapotea a punto de ahogarse este buen *tanuki*. Esto es una verdad clara y meridiana, como atestigua también el inexorable historial de experiencias de este autor a lo largo de treinta y pico años. Y, seguramente, el tuyo también, querido lector.

Punto y final.

El gorrión de la lengua cortada

Me planteé estos *Cuentos de cabecera* como un humilde solaz que pudiera ofrecer para el escaso tiempo libre de aquellos que están luchando con todas sus fuerzas para sacar al país de la difícil situación en que se encuentra. Una especie de sencillo juguete que pudiera servir para el caso, y por eso, aunque últimamente sufro leves ataques de fiebre que me debilitan, me dedico a avanzar en su escritura poco a poco, en los ratos libres que me permiten el trabajo obligatorio al servicio de la patria o cosas como arreglar los desperfectos que el rastro de la guerra deja en mi casa. «El lobanillo desaparecido», «La historia de Urashima», «La montaña Kachi-kachi» y, a continuación, «Momotaro» y «El gorrión de la lengua cortada», con lo cual ya tendría terminado estos *Cuentos de cabecera*, pensaba yo en mi plan original. Sin embargo, la historia de Momotaro ya se ha esquematizado casi hasta el límite. Su personaje se ha convertido poco menos que en un símbolo del aguerrido joven japonés[17], por lo que, más que un cuento, ofrece un contenido más próximo al de un poema o un cantar. Por descontado que para mi historia pensaba en un principio refundir en mi crisol también este «Momotaro» original. En concreto, pensaba dotar a esos ogros de la isla de Onigashima de un odioso carácter maligno adicional. Mi intención era retratarlos como seres tan extremadamente malvados y horribles que no admitiesen comparación, y que no hubiese más remedio que terminar con ellos. Gracias a ello, el sometimiento de los ogros por parte de Momotaro produciría un rugido de aprobación entre los lectores, y el relato de ese combate donde se transpira el peligro que rodea al protagonista, casi haría saltar el sudor de las manos crispadas de todo lector, andaba planeando yo. Cuando un escritor se pone a contar los planes de aquella obra que no ha escrito, por lo general fanfarronea ingenuamente de esta manera. Que te digo que luego eso no es tan fácil de escribir. Bueno, bueno, en todo caso, haz el favor de escucharme. Es que he cogido carrerilla y me hace ilusión contarlo. Así que, por favor, escucha sin burlarte de mí.

De todas las criaturas perversas de la mitología griega, la más maligna y horrible debe de ser, sin duda, aquella Medusa con infinidad de serpientes en la cabeza. Con el entrecejo arrugado por una profunda desconfianza, sus pequeños ojos grises en los que arde un vil impulso asesino, unas mejillas pálidas temblando con furia amenazadora, y unos labios finos y ennegrecidos, torcidos en un rictus de odio y desprecio. Y todos y cada uno de sus largos cabellos son serpientes venenosas de vientre rojo. Cuando se ven frente a un enemigo, esta multitud de serpientes venenosas arquean a un tiempo sus cuellos en posición de ataque emitiendo un siseo escalofriante. Se dice que todo aquel que echara una simple mirada a esta Medusa, le invadía una indescriptible sensación de desagrado, se le helaba el corazón, y todo el cuerpo se le quedaba frío como la piedra. Más que terror, repugnancia. Más que al cuerpo, un daño al espíritu. Una criatura perversa como esta es el tipo más odioso de todos, esa clase de seres a los que no hay más remedio que someter cuanto antes. Comparados con esta criatura, los seres del mundo sobrenatural japonés resultan sencillos, e incluso adorables. Los fantasmones como ese monje cabezón de los templos antiguos llamado *dainyudo*, o el *karakasa*, paraguas de estilo oriental con su única pierna, se limitan a bailotear inocentemente para los valerosos borrachines en sus no menos valerosas veladas a la hora de los fantasmas[18], y matar así su aburrimiento. Del mismo modo, los demonios de la isla de Onigashima no tienen de impresionante más que el tamaño, y hasta el mono de esta historia les tira de la nariz y con un… ¡aah!, caen dando una voltereta y se rinden. No hay ni una pizca de terrorífico en todo ello. Incluso se puede pensar que se trata de seres de carácter bondadoso. Con algo así el esfuerzo se desinfla, a

pesar de las molestias tomadas en presentárnoslo como un relato donde los demonios se llevan su merecido. Aquí la historia exige que entren en escena unos seres tan terribles o más que aquella maléfica y desagradable Medusa. De lo contrario, no conseguiremos que al lector le suden las manos crispadas por la emoción. Por otra parte, si el Momotaro protagonista es demasiado fuerte, el lector puede llegar a sentir lástima de los demonios, con lo que la historia pierde la tensión que conlleva el estar rodeado de hirvientes peligros. ¿Acaso incluso un héroe semiinmortal como Sigfrido no tenía un punto débil un poco más abajo de su hombro? Y también en el caso de un héroe japonés como Benkei[19] se dice que tenía un punto débil. Así, en cualquier caso, un héroe perfecto y absolutamente imbatible es algo que no va bien a la hora de elaborar una historia. Y además, sucede que, quizá porque yo mismo no tengo mucha fuerza, creo conocer más o menos la psicología de los débiles, mientras que, aunque lo intente, la psicología de los fuertes no la conozco al detalle. Y, especialmente, porque todavía no me he encontrado ni una vez con alguien tan absolutamente poderoso como para resultar invencible, y ni siquiera he oído a nadie hablar de alguien así. Tengo que decir que soy un autor de imaginación tan pobre que me veo incapaz de escribir ni una línea, ni una palabra, sobre algo que, aunque sea en pequeña medida, no haya experimentado por mí mismo. Por ello, a la hora de abordar este cuento de Momotaro, me resultaba de todo punto imposible poner en escena un personaje como nunca he visto, tan fuerte y valeroso que resultara invencible. Mi Momotaro, por tanto, habría sido alguien que desde pequeño era un llorica, de constitución débil, vergonzoso; en una palabra, un hombre que no vale para nada. Pero que sin embargo, al topar con estos odiosos demonios, viles y canallescos, que destruyen el alma humana y la hunden hasta el fondo en el infierno de la desesperación eterna, del escalofrío y del resentimiento, aunque sus fuerzas sean débiles, no puede quedar impertérrito, así que se pone en pie resueltamente y, con los bollos de mijo atados al cinto, parte hacia la guarida de los ogros, o alguna otra descripción parecida. Y en cuanto a ese perro, mono y perdiz que lo acompañan como vasallos, de ningún modo serían un trío de ayudantes modélicos, sino que todos tendrían algún tipo de fastidiosa manía, se pelearían de vez en cuando entre ellos, y probablemente en mi escrito se acercarían más bien al tipo de relación que encontramos en las historias de *Saiyuki* (Narración del viaje al Oeste) entre el mono Goku, el porcino Hakkai y el *kappa* Gojo. Sin embargo, cuando terminé de escribir «La montaña Kachi-kachi» y por fin me dispuse a acometer mi particular «Momotaro», de pronto me asaltó una tremenda languidez. Al menos, aunque solo sea este cuento de Momotaro, dejémoslo en su sencilla forma original, pensé. Esto ya ha dejado de ser un cuento. Es un poema que desde los tiempos antiguos, de generación en generación, ha sido recitado en nuestro país a cada japonés. Por muchas incongruencias que haya en su historia, no importa. A estas alturas, retorcer el espíritu llano y generoso de este poema es una ofensa a todo el Japón. Puesto que Momotaro lleva consigo la enseña de ser el hombre número uno de todo el Japón, este escritor que, ya no es que no conozca al número uno del Japón, sino tampoco al dos o al tres, no puede ser capaz de escribir sobre este agradable hombre número uno del Japón. Cuando pensé en aquella enseña de «Momotaro, el hombre número uno del Japón», me decidí a desechar limpiamente mi plan de escribir mi particular versión de Momotaro.

Así que cambié de idea y resolví que, con la redacción de la historia del gorrión de la lengua cortada, en principio daría por terminado mi *Cuentos de cabecera*. En este «El gorrión de la lengua

cortada», igual que en los anteriores «El lobanillo desaparecido», «La historia de Urashima» y «La montaña Kachi-kachi», no aparece nadie que pueda ser calificado como «el número uno del Japón», por lo que mi responsabilidad también es leve, y conseguí escribir con libertad. Pero cuando le llega el turno al número uno del Japón, por más que se mire, y aunque se trate de un suponer, cuando en este honorable país se habla del número uno, por mucho que uno diga que se trata solo de unos *Cuentos de cabecera*, no está permitido escribir tonterías. Si al ver eso, los extranjeros dijesen cosas como «pues vaya con el número uno del Japón», ¡qué vergüenza pasaríamos! Por eso, aun a riesgo de ponerme pesado, me gustaría insistir en este punto. Los dos viejos de «El lobanillo desaparecido», el propio Urashima o el *tanuki* de «La montaña Kachi-kachi» no son, ni de lejos, el número uno del Japón, ¿estamos?; solamente Momotaro es el número uno del Japón, ¿estamos?; y yo no he escrito la historia de Momotaro, ¿estamos? Si delante de ti aparece alguna vez el número uno del Japón, es posible que tus ojos se cieguen de por vida ante tamaño resplandor. Y bien, ¿has comprendido? Los personajes de mis *Cuentos de cabecera* no son ni el número uno, ni el dos, ni el tres del Japón, y tampoco son lo que se llama «personajes representativos» de nada. Simplemente han sido creados mediante la pobre imaginación y las estúpidas experiencias de este autor llamado Dazai, y son todos personajes extremadamente mediocres. Ponerse enseguida a elaborar una teoría sobre la seriedad o informalidad de los japoneses a partir de estos personajes, terminaría en algo similar a intentar desenterrar la verdad oculta con rostro triunfante mientras nos alejamos de la cuestión. Yo quiero dar buen trato a los japoneses. Es algo que no haría falta decir pero, por eso mismo, he evitado retratar a ese número uno del Japón que es Momotaro, y por eso he explicado hasta la saciedad que el resto de personajes de los otros cuentos no son ni de lejos el número uno. Creo que los lectores, por su parte, expresarán su total acuerdo con esta decisión mía.

Pues bien, el protagonista de este «gorrión de la lengua cortada» no solo no es el número uno del Japón, sino que, por el contrario, quizá pueda ser llamado el más inútil de todo el país. Para empezar, su cuerpo es débil. Por lo visto, un hombre de cuerpo débil es considerado por la gente como algo de menos valor aún que un caballo con las patas dañadas. Siempre tosiendo sin fuerza, con un rostro enfermizo, cuando se levanta por las mañanas da unos golpecitos de plumero a las ventanas correderas, barre un poco el polvo, y ya cae agotado. Después, el resto del día lo pasa junto a la mesita baja, tumbándose y levantándose, deambulando por la habitación y, tras terminar de cenar, enseguida extiende el futón sobre el suelo y se queda dormido. Este hombre lleva ya con esta vida lamentable diecitantos años ininterrumpidos. Todavía no ha cumplido los cuarenta, pese a lo cual hace ya tiempo que firma como «el anciano», y también ha dado orden en su casa de que se le llame «abuelo». Quizá deberíamos llamarlo un ermitaño o anacoreta. Sin embargo, aquellos que viven retirados del mundo, pueden permitirse dicha actitud porque tienen algo de dinero, aunque sea un poco, pues, si tuvieran que subsistir cada día sin un céntimo, por mucho que quisieran apartarse del mundo, es el mundo quien les perseguiría a ellos, y no habría posibilidad de retiro alguno. La situación de este «abuelo» es que ahora vive en este sencillo hogar que ha formado, pero si rebuscamos en sus orígenes, es el tercer hijo de un hombre rico que, traicionando las esperanzas de sus padres, nunca ejerció ninguna profesión concreta, dedicándose a trabajar la tierra cuando hacía buen tiempo y a leer en casa cuando llovía, dejando pasar la vida abstraído, hasta que terminó por enfermar con frecuencia. Últimamente tanto sus padres como sus parientes habían empezado ya a

referirse a él como «ese cretino debilucho tan fastidioso», y le enviaban todos los meses una pequeña asignación para que pudiera sobrevivir. Y por eso mismo le era posible llevar esta vida de ermitaño. Así que por mucho que hablemos de un hogar sencillo, la verdad es que no vivía nada mal, y ese tipo de personas que no viven mal son precisamente las que menos utilidad tienen para el prójimo. Cierto que era de constitución débil, pero no estaba tan enfermo como para tener que pasar todo el día en cama, por lo que no debería existir motivo alguno para mostrar desinterés por el trabajo. Sin embargo, este «abuelo» no hace absolutamente nada. Al parecer, leer libros en gran cantidad es lo único a lo que se dedica y, según los termina, quizá se le olvidan, porque tampoco es que le cuente a nadie lo que ha leído. Simplemente anda todo el día abstraído, como en las nubes. Si ya solamente por esto merecería para la gente una estimación cercana al cero, por si fuera poco este «abuelo» no tiene hijos. Ya hace más de diez años que se casó, pero todavía no tiene sucesores. Con esto, ya se puede decir que no cumple absolutamente ningún deber como miembro de la sociedad. Con un marido tan soso, despierta cierto interés el saber qué tipo de mujer será esa esposa que ha podido aguantar nada menos que diecitantos años conviviendo con él. Sin embargo, aquel que escudriñe entre el seto que rodea a esta humilde morada, soltará un «pues vaya, así que era esto» de decepción. En realidad es una mujer indeciblemente insípida. Es de piel oscura, ojos saltones, manos grandes y arrugadas, y cuando camina por el jardín con la espalda un poco encorvada y los brazos colgando hacia delante, incluso se podría pensar si no será mayor que el «abuelo». Sin embargo, dice que este es su año fatídico[20], pues cumple treinta y tres. Originalmente, esta mujer se hallaba empleada como sirvienta en el hogar natal del «abuelo», pero luego se le encargó que cuidase de este enfermizo «abuelo» y, con el tiempo, pasó de alguna manera a ocuparse de él de por vida. Carece de estudios.

—Vamos, quítate toda la ropa interior y ponla aquí. Voy a lavarla —ordena perentoriamente.

—La próxima vez… —contesta en voz baja el «abuelo» con el codo clavado en la mesa y la mandíbula sobre la palma de la mano.

El «abuelo» siempre habla en voz terriblemente baja. Por si fuera poco, la parte final de la frase se estanca en el interior de la boca para transformarse en algo que no se identifica sino como un «aah» o «uuh». Incluso esta «abuela», que lleva diecitantos años junto a él, no puede captar lo que dice el «abuelo». Qué decir, pues, del resto de la gente. Puesto que se trata de alguien que ha decidido retirarse del mundo, puede que dé igual que los demás entiendan o no lo que dice. Pero si además no ejerce ningún empleo fijo, y aunque se empape de conocimientos leyendo no tiene el menor viso de escribir o de dar charlas acerca de ello, y aunque hayan pasado ya más de diecitantos años desde su matrimonio no ha concebido un solo hijo, y encima, además de todo eso, incluso cuando se trata de una conversación rutinaria, reduce el número de palabras pronunciadas con claridad y deja que la parte final de la frase se pierda dentro de la boca como si estuviera medio dormido, con qué palabras podríamos describir su abulia, con qué palabras. En resumen, que creemos que no existen palabras capaces de describir su desgana.

—Dámelo todo de una vez. ¿No ves que la parte del cuello brilla con manchas de grasa?

—La próxima vez… —murmura, y, como siempre, se pierde el resto en el interior de la boca.

—¿Eh? ¿Cómo dices? Háblame de manera que se entienda.

—La próxima vez —repite todavía acodado y con la barbilla apoyada en la mano, mirando fijamente y sin expresión a la «abuela», y pronunciando esta vez con un poco más de nitidez—: Hoy

hace frío.

—Pues claro, como que ya es invierno. Así es que hace frío hoy, y lo hará también mañana y pasado —dijo en un tono como si estuviera regañando a un niño—. Entre el que está ahí en esa postura en casa junto al fuego y el que está junto al pozo lavando la ropa, ¿sabes cuál pasa más frío?

—No lo sé —replicó con una suave sonrisa—. Es que tú estás acostumbrada a estar junto al pozo.

—Ni en broma —dijo la mujer frunciendo el rostro—. Aquí donde me ves, yo no he venido a este mundo solo para encargarme de lavar.

—¿Ah, sí? —contestó con desinterés, dando por terminado el asunto.

—Venga, quítate eso de una vez y dámelo. En el cajón de ese armario tienes toda la ropa interior que quieras para cambiarte.

—Me voy a resfriar.

—Muy bien, como el señor desee —cortó con tono rencoroso la «abuela» retirándose.

Esta casa se halla en la región de Tohoku[21], en las afueras de la ciudad de Sendai, en la falda del monte Atago, en medio de un bosque de bambúes junto a la rápida corriente del río Hirose. En la zona de Sendai, desde antaño, existe un emblema llamado «Sendai-zasa» donde, quizá porque hubiera muchos gorriones en la zona, aparecen de forma esquematizada dos de estos pájaros. Además, en la obra de teatro *La revuelta de las aulagas*[22], el gorrión tiene un papel mucho más importante que el de las grandes estrellas, como creo que sabe ya todo el mundo. Y, por añadidura, cuando el año pasado viajé por la zona de Sendai y visité a un amigo que es de allí, me puso como una muestra del folklore de los cuentos infantiles locales la siguiente canción:

Jaula, jaulita
el gorrión que está en la jaula
cuándo, cuándo saldrá.[23]

Esta canción, sin embargo, no es exclusiva de la región de Sendai, sino que al parecer la cantan los niños de todo el país en sus juegos. Con todo, el hecho de que esta variante limite al gorrión el tipo de pajarito enjaulado, y que el dialecto de Tohoku empleado en la última frase no resulte forzado, son puntos que me hacen pensar que no ha de ser descabellado buscar sus orígenes en una canción popular de la zona de Sendai.

En el bosque de bambúes que rodea el sencillo hogar de nuestro «abuelo», también viven innumerables gorriones, y desde la mañana hasta el atardecer arman un escándalo ensordecedor. Hacia finales de este otoño, una mañana en que el granizo golpeaba con un agradable rumor el bosque de bambúes, el «abuelo» encontró caído sobre la tierra del jardín un gorrión revolviéndose panza arriba porque se había torcido una pata. Recogiéndolo en silencio, se lo llevó junto al fuego del hogar y lo alimentó. Y aunque ahora su pata herida estaba ya curada, el gorrión continuaba jugueteando en la habitación del «abuelo». De vez en cuando, saltaba afuera para ir al jardín, pero enseguida volvía al reborde entarimado y, tras atrapar con el pico la comida que le lanzaba el abuelo, empezaba a defecar.

—Hala, pero ¡qué cochino! —exclamó la «abuela» al verlo, yendo a por él mientras el «abuelo»

sacaba en silencio unos pañuelos de papel y se ponía a limpiar afanosamente los excrementos de las tablas. Con el paso de los días, el gorrión demostró haber aprendido a distinguir las personas que le tenían consentido de las que no, y así, cuando estaba en casa la mujer sola, se refugiaba en el jardín o bajo el alero del tejado. Y en cuanto aparecía el «abuelo», echaba a volar enseguida hacia él y, parándose de golpe, se posaba en su cabeza; o bien revoloteaba en torno a su mesita y se ponía a beber con un suave gorgoteo el agua que tenía preparada para disolver su barra de tinta, o se escondía tras el reposapinceles; en definitiva, empezaba a juguetear incordiando al «abuelo» en sus estudios. Empero, el «abuelo» hacía como si no se diera cuenta. A diferencia de aquella gente que gusta de los pájaros, no le había puesto a su propio pájaro un nombre rimbombante, ni le decía cosas como «Rumi, ¿tú también te sientes sola?». Hiciera lo que hiciera el gorrión aquí y allá, él permanecía por completo impasible. Y, de vez en cuando, se iba en silencio a la cocina para coger un puñado de arroz que traía hasta el repecho de madera, donde lo esparcía.

Una vez que la mujer se hubo retirado, el gorrión bajó revoloteando desde el alero y se paró junto al borde de la mesa donde estaba acodado el abuelo. Este, impertérrito, miró en silencio al gorrión. A partir de aquí, comienza poco a poco la tragedia de este pajarito.

Pasado un rato, el «abuelo» soltó un: «Así que eso es, ¿no?». Y después exhaló un profundo suspiro y abrió un libro sobre la mesa. Pasó una página, dos páginas, y a continuación volvió a clavar el codo en la mesa, en perpendicular, y dejó reposar su mentón en la palma de la mano, mirando absorto al frente.

—Y va y dice que no ha nacido para hacer de lavandera. Por lo que se ve, parece que todavía tiene algo de deseo sexual —murmura mientras sonríe suavemente con amargura.

En ese momento, de pronto, el gorrioncito posado en la mesa emite palabras humanas.

—¿Y en tu caso?

—¿Yo? Yo… pues yo, sí, eso es, yo he nacido para decir la verdad.

—Pero si tú nunca dices nada, ¿o no?…

—Es que como en este mundo todos son unos mentirosos, ya no tengo ganas de conversar con nadie. La gente no dice más que mentiras. Y, lo que es todavía más espantoso, ni siquiera se dan cuenta de sus propias mentiras.

—Esas son las excusas de un perezoso. Al parecer, en cuanto se adquieren estudios, a las personas les entran ganas de hacer cansinas reflexiones grandilocuentes de ese tipo, ¿verdad? ¿Pero no es cierto que no haces absolutamente nada? Hay un proverbio que dice: «No hay que despertar al que duerme». No estás en posición de criticar a los demás.

—Eso también es cierto —contestó sin alterarse el «abuelo»—. Sin embargo es bueno que haya también hombres como yo. Puede que parezca que yo no hago nada, pero en realidad no es del todo así. Hay cosas que solamente puedo hacer yo. No sé si durante el tiempo que viva llegará o no la ocasión de ejercitar mi verdadera valía, pero, sin embargo, si ese momento llega, entonces yo también trabajaré con ahínco. Hasta ese momento, bueno, guardo silencio y me dedico a la lectura.

—No sé yo —dijo el gorrión ladeando la cabeza—. Los acobardados que solo tienen valor cuando están a solas son los primeros en soltar ese tipo de cosas que suenan a desahogo de perdedores. Podríamos decir que es como el señor jubilado en un dominio ya en ruinas, con el cuerpo envejecido y tambaleante, que convierte los sueños de un pasado que no volverá en una

esperanza para el futuro, y así se consuela a sí mismo. Es algo que da lástima ver. Una cosa así no sirve ni siquiera como desahogo. Es como las quejas de un degenerado. ¿No ves que no haces una sola cosa positiva?

—Ahora que lo dices, bueno, puede que quizá sea así —concedió finalmente el «abuelo»—. Pero yo, aquí donde me ves, hay algo que estoy dispuesto a llevar a la práctica de manera sobresaliente. Y si me dicen que de qué se trata, pues es el estado anímico de la ausencia de deseo. Fácil de decir, pero difícil de realizar. La vieja de mi mujer, por poner un ejemplo, puesto que lleva ya más de diecitantos años junto a un tipo como yo, bien podría haber renunciado de una vez a todo deseo mundano, pensaba yo, pero me da la sensación de que, por lo visto, no es así. Todavía, a pesar de todo, parece que conserva cierta emoción sexual. Eso me hizo tanta gracia, que no pude evitar el reírme yo solo.

En ese momento, la «abuela» asomó incisiva la cabeza.

—Yo no tengo ninguna emoción sexual, ni nada parecido, ¿eh? ¿Con quién estabas hablando? Hace un rato se oía la voz de alguien, de una mujer joven, ¿no? Esa visitante, ¿adónde se ha ido?

—¿Una visitante, dices? —El «abuelo», como de costumbre, habla de manera ambigua.

—No disimules, estoy segura de que ahora estabas hablando con alguien. Y además hablando mal de mí, ¿eh? Pero ¿qué es esto? Resulta que cuando te diriges a mí, siempre lo haces con la boca medio cerrada y no se te entiende, con esa manera de hablar como si te costara un gran esfuerzo; y a esa señorita, como si hubieras cambiado por completo, le pones esa voz tan juvenil, y con un tono tremendamente feliz te dedicas a charlar animadamente, ¿no? Eres tú el que todavía tiene emociones sexuales. Tantas, que hasta resultas pegajoso.

—¿Será eso? —contesta abstraído el «abuelo»—. Y sin embargo aquí no hay nadie.

—Haz el favor de no reírte de mí —repuso con cara de auténtico enfado la «abuela», dejándose caer pesadamente sobre el repecho de madera—. ¿Se puede saber qué te piensas que soy yo? Hasta ahora he venido aguantando mucho. Y tú me tratas como a una estúpida todo el tiempo. Claro que yo no soy de buena familia ni tengo estudios, y puede que no te sirva como compañera de conversación, pero esto ya es demasiado. Así y todo, desde que de joven entré a servir en tu casa, he estado encargándome de ti, y por eso, bueno, la cosa ha terminado así, ya que tus padres pensaron «tratándose de ella, que es una mujer disciplinada y esmerada, puede que funcione bien el matrimonio con nuestro hijo» y…

—Todo mentira.

—¿Cómo dices? ¿Dónde está la mentira? ¿Qué mentira he dicho yo? ¿Acaso no fue así? En aquel entonces, ¿no era yo la persona que mejor te entendía? Hubiera sido imposible con cualquiera que no fuese yo. ¿No fue por eso que me convertí en la persona que va a cuidar de ti de por vida? ¿Por qué y de qué manera es esto una mentira? Haz el favor de explicármelo —le acosó mientras se le mudaba el color del rostro.

—Pues es mentira todo. En aquel momento no había en ti nada que pudiéramos llamar emoción sexual. Y eso fue todo.

—¿Se puede saber qué significa eso? Yo, desde luego, no lo entiendo. Haz el favor de no tomarme el pelo. Yo me uní a ti pensando en tu propio bien. No hay ni atracción sexual ni ninguna otra cosa. Y también tú, vaya unas cosas tan soeces que dices, ¿eh? Por encima de todo, no tienes ni

la menor idea de lo sola que me siento el día entero por haberme casado con alguien como tú. Deberías dirigirme alguna palabra amable de vez en cuando. Mira a los otros matrimonios. ¿No ves que por muy pobremente que vivan, a la hora de la cena, por ejemplo, conversan agradablemente sobre cosas rutinarias o se ríen? No soy en absoluto una mujer de grandes exigencias. Si es por ti, soy capaz de aguantar cualquier cosa. Simplemente, con que de vez en cuando me dirigieras alguna palabra amable, ya solo con eso me daría por satisfecha.

—¡Qué cosas tan triviales dices! Medias verdades infladas. Ahora que ya pensaba que de una vez por todas habías abandonado ese tipo de sentimientos, todavía me sueltas una tras otra esas quejas tan monótonas y rutinarias, planeando dar la vuelta a la situación. Pero no te va a funcionar. Todas esas cosas que dices no son más que supercherías. Vas soltando cosas según te sientes en ese momento. Y quien me ha convertido en un hombre que no habla eres tú. Esas conversaciones durante la cena que mencionas, ¿acaso no consisten, por lo general, sino en juzgar a los vecinos? ¿Acaso son algo más que habladurías? Eso también, según ese sentimiento del momento, consiste principalmente en chismorrear sobre los demás. Por lo que a mí respecta, hasta ahora no te he oído ni una sola vez elogiar a alguien. Yo mismo tengo un espíritu débil. Si me dejo arrastrar por ti, enseguida me entran ganas de criticar a los demás. Y a mí, eso me da miedo. Por eso decidí que ya no debía hablar con nadie. Porque en vuestros ojos no se refleja más que el lado malo de las personas, y no os dais cuenta en absoluto de lo terrible que hay en vosotros mismos. Me da miedo la gente.

—Ya comprendo. Lo que pasa es que ya te has cansado de mí, ¿eh? Esta vieja ya apesta, ¿verdad? A mí no me puedes engañar. ¿Qué ha sido de la visita de antes? ¿Dónde se ha escondido? Estoy segura de que era la voz de una muchacha, ¿no? Si has conseguido una amiguita tan joven, es natural que hablar con una vieja como yo te resulte ahora desagradable. ¿Pero qué es eso de poner cara de que si ausencia de deseo, que si revelación de la verdad? Si en cuanto está delante una mujer joven como esa, enseguida hierves de emoción, te cambia hasta la voz y te pones a parlotear de una manera que da asco.

—Pues si es así, entonces está bien que sea así.

—De eso nada, no está bien. ¿Dónde está esa visita? Si no le presento mis respetos, será muy descortés para la señora invitada. Que aquí donde me ves, soy la señora de esta casa, así que permíteme que la salude. No permitiré que me ningunees de esta manera.

—Aquí está —dijo el «abuelo» señalando con la barbilla al gorrión que jugueteaba encima de la mesa.

—¿Eh? Déjate de bromas. ¿Así que los gorriones hablan?

—Hablan. Y dicen cosas muy apropiadas.

—Conque vas a seguir tomándome el pelo de mala manera, ¿eh? Muy bien, como el señor guste —y alargando el brazo de improviso, agarró con fuerza al gorrión que estaba sobre la mesa—; para que no diga esas cosas tan apropiadas, vamos a arrancarle la lengua de cuajo. Se mire como se mire, acostumbras a tratar demasiado bien a este gorrión. Y a mí eso me venía causando un sentimiento de rabia inaguantable. Esta situación viene que ni pintada. Si tú has hecho huir a esa joven visitante, en contrapartida, yo le arrancaré la lengua a este gorrión. Es todo un placer.

Abrió a la fuerza el pico del gorrión que apretaba en su mano, y arrancó de cuajo esa lengüecita, pequeña como un pétalo de flor.

El gorrión escapó hacia lo alto revoloteando.
El «abuelo» contempló en silencio la marcha del gorrión.
Y, desde el día siguiente, el «abuelo» comenzó a explorar el gran bosque de bambúes.

Gorrión de la lengua cortada
¿Dónde está tu casa?
Gorrión de la lengua cortada
¿Dónde está tu casa?

Día tras día, la nieve caía sin parar. Pero aun así, el «abuelo», como si estuviera poseído por algo, andaba buscando hasta en lo más profundo del bosque de bambúes. Entre la vegetación habría mil o incluso diez mil gorriones. Encontrar, entre todos ellos, al gorrión al que le habían arrancado la lengua, puede pensarse que iba a ser una tarea extremadamente difícil; sin embargo, el «abuelo» estaba imbuido de un entusiasmo anormal que le llevaba a buscar día tras día.

Gorrión de la lengua cortada
¿Dónde está tu casa?
Gorrión de la lengua cortada
¿Dónde está tu casa?

Para el «abuelo», emprender una acción de esta manera tan descontroladamente apasionada era un hecho que, según creía, no le había sucedido ni una sola vez en toda su vida. Parece que algo que se hallaba dormido en el interior de este «abuelo» estaba intentando asomar la cabeza por primera vez, pero qué era ello, este autor (Dazai) tampoco lo sabe. Aquel que, aun estando en su propia casa, se siente a disgusto como si estuviera en casa ajena, e inconscientemente ha encontrado la forma de ser que le resulta más cómoda, busca conservar dicho estado. Si queremos simplificarlo llamándolo amor, no habría nada más que añadir. Sin embargo, posiblemente los sentimientos de este «abuelo» eran mucho más melancólicos que el estado de ánimo o de espíritu que en general se expresa con la palabra amor.

El «abuelo» buscaba ensimismado, como sonámbulo. Era la primera vez desde que nació que mostraba una tenacidad tan prolongada en algo.

Gorrión de la lengua cortada
¿Dónde está tu casa?
Gorrión de la lengua cortada
¿Dónde está tu casa?

Por supuesto que no es que fuese cantando esto mientras caminaba en su búsqueda. Sin embargo, el viento susurraba en sus oídos un tonillo siseante que se le parecía y, sin darse cuenta, terminó por repetirlo para sus adentros, como una estrambótica canción o un rezo. De esta manera, mientras iba paso a paso pisando la nieve caída sobre el bosque de bambúes, el canto brotaba en su interior acompasado con el viento.

Una noche cayó una gran nevada, inusual incluso para esta zona de Sendai, y el día siguiente amaneció soleado y sin una nube, extendiéndose ante la vista un deslumbrante mundo plateado. Esa mañana, el «abuelo» se calzó temprano sus botas de paja y, como de costumbre, salió a deambular por el bosque de bambúes.

Gorrión de la lengua cortada
¿Dónde está tu casa?
Gorrión de la lengua cortada
¿Dónde está tu casa?

De pronto, una gran masa de nieve que había cuajado en lo alto de los bambúes, cayó pesadamente sobre la cabeza del «abuelo» y, quizá porque lo golpeó en algún punto débil, hizo que este se desplomara sin conocimiento sobre la nieve. En la frontera del ensueño, escuchaba unas voces hablando en susurros.

—Pobrecillo. ¿Se habrá muerto después de todo el esfuerzo?

—¡Quiá! No se va a morir. Solamente se ha desvanecido.

—Pero si continúa mucho tiempo tirado así sobre la nieve, va a morirse por congelación.

—Eso sí es cierto. Tenemos que hacer algo. Vaya un problema que se nos ha presentado. Qué bueno habría sido que antes de que la cosa terminara así, esa chica le hubiese salido al encuentro. ¿Pero qué demonios le pasa a esa chica?

—¿Te refieres a Teru?

—Sí, así es. Parece que alguien le jugó una mala pasada y le causó una herida en la boca. ¿No es desde entonces que no se deja ver por aquí?

—Está todo el día en cama. Como le arrancaron la lengua, no puede decir nada, y se limita a llorar y llorar con continuos lagrimones.

—¿Así que era eso? ¿Le han arrancado la lengua? Desde luego, hay tipos que hacen unas diabluras horribles.

—Sí, y además, resulta que fue la esposa de este hombre. No es una mala esposa, pero por lo visto aquel día debía de estar especialmente irritada y, de pronto, arrancó de cuajo la lengua de Teru.

—¿Tú lo viste?

—Sí, me dio un miedo terrible. ¿Verdad que los seres humanos hacen a veces cosas así de crueles sin venir a cuento?

—Seguro que fue por celos. Yo también conozco bien lo que pasa en casa de este hombre, y, por lo que me parece, menosprecia demasiado a su mujer. La gente demasiado cariñosa con su mujer resulta penosa hasta dañar la vista, pero una actitud tan indolente tampoco está bien. Además Teru, por su parte, se aprovechó de esta situación, pues se pasaba demasiado tiempo pegada a este hombre. ¡Bah!, la culpa es de todos. Dejadlo estar.

—¡Vaya! ¿No serás tú el que siente celos? ¿A ti no te gustaba Teru? No intentes ocultarlo. ¿No dijiste una vez suspirando que Teru tenía la voz más hermosa de todo este bosque de bambúes?

—Yo no soy un tipo tan vulgar como para sentir algo como los celos. Pero Teru, como mínimo, tiene una voz mejor que la tuya y es más bonita.

—¡Qué espantoso eres!

—Dejaos de peleas, que no es divertido —cortó otra—. En vez de eso, hay que ver qué podemos hacer con este hombre. Si le dejamos así, se va a morir sin remedio. El pobre… Tenía tantas ganas de ver a Teru, que día tras día andaba buscándola por todo el bosque de bambúes, y finalmente, ha terminado en tan penoso estado. ¿No es una lástima? Este es un hombre de sentimientos sinceros. Estoy segura.

—¿Cómo? Pero qué tontería. Un hombre de su edad buscando por todas partes a una gorrioncita… Es de una estupidez tal, que uno no sabe qué decir.

—En vez de andar diciendo esas cosas, ¿por qué no le llevamos ante ella? La propia Teru, según parece, quiere verle también. Pero como le han arrancado la lengua y no puede hablar, aunque los demás le hayamos dicho que este hombre le anda buscando, ella sigue en cama en lo profundo del bosque de bambúes sin hacer nada más que derramar lágrimas. Este hombre, cierto que da lástima, pero Teru también está sufriendo. ¿Por qué no unimos nuestras fuerzas para hacer algo por ellos?

—Yo no quiero. Es que no puedo evitar ser del tipo que no siente compasión ante los asuntos amorosos.

—No se trata de asuntos amorosos, no entiendes nada. Escuchadme todos, me gustaría que colaborásemos para que pudieran verse. ¿No veis que este tipo de cosas no son cuestión de razonamientos lógicos?

—Eso es, eso es. Yo sí participaré. Pero qué, no es nada difícil. Hay que pedírselo a un dios. Cuando se quiere hacer todo lo posible por alguien sin recurrir a la lógica, lo mejor es pedírselo a un dios. Mi padre me enseñó eso hace tiempo diciéndome que, en momentos así, lo mejor es un dios, que al parecer nos concede cualquier cosa. Bueno, esperadme todos aquí durante un tiempo. Porque ahora mismo me voy a rogarle al dios protector del bosque.

El «abuelo» abrió los ojos bruscamente y se encontró en un bello salón con columnas de bambú. Se incorporó y, mirando en derredor, vio deslizarse lentamente la puerta corredera, tras la que apareció una muñeca de algo más de sesenta centímetros de altura.

—Vaya, ¿ya se ha despertado?

—Pues sí —sonrió el «abuelo»—. ¿Qué lugar es este?

—El albergue del gorrión —contestó esa criatura similar a una encantadora muñeca mientras se sentaba educadamente frente al «abuelo» y parpadeaba con sus redondos ojazos.

—Ah, ya. —El «abuelo» asintió con parsimonia—. Y tú, entonces, ¿eres el gorrión de la lengua cortada?

—No, Teru está acostada en la habitación de al lado. Yo soy Suzu, la mejor amiga de Teru.

—Ya veo. Entonces, aquel gorrioncito al que le arrancaron la lengua, ¿se llama Teru?

—Así es. Es una criatura muy dulce y muy buena. Acude rápido a verla. La pobre ya no puede hablar, y se pasa todo el día derramando grandes lágrimas.

—Vayamos a verla. —El «abuelo» se levantó—. ¿Dónde está acostada?

—Yo le guiaré.

Suzu se puso en pie ondeando las mangas de su traje, y salió al corredor exterior que corría junto a las habitaciones. El abuelo avanzaba lentamente, con cuidado de no resbalar en el bambú todavía verde del estrecho corredor.

—Aquí es. Pase, por favor.

Guiado por Suzu, entró en una de las habitaciones interiores. Era una estancia luminosa, desde la que se veía un jardincillo cubierto de hojas de bambú enano[24] que crecían con profusión, y entre las cuales corría ligero un arroyuelo de agua clara y poco profunda.

Teru estaba acostada cubierta por un pequeño futón rojo de seda. Era una muñeca preciosa, de una belleza todavía más elegante que la de Suzu, con el rostro ligeramente pálido. Miró fija y largamente al «abuelo» con sus grandes ojos, y comenzó a derramar una lágrima tras otra en su llanto.

El «abuelo» se sentó junto a la cabecera con las piernas cruzadas y, sin decir nada, miró hacia el arroyo de aguas claras que corría por el jardín. Suzu se retiró discretamente.

No había necesidad de decir nada. El «abuelo» emitió un ligero suspiro. No era un suspiro de tristeza. Por primera vez desde que nació, el «abuelo» experimentaba la paz del espíritu. Esa alegría se transformó en el suave suspiro mediante el que se expresaba.

Suzu trajo delicadamente un jarrito de sake con una copa y un refrigerio para acompañar. Y diciendo «No tenga prisa, por favor», se retiró de nuevo.

El «abuelo» bebió la copa de sake que se había servido y volvió a contemplar el arroyo del jardín. Nuestro «abuelo» no es lo que llaman un bebedor. Con una sola copa, ya está embriagado por el alcohol. Toma los palillos y come tan solo un trozo de brote de bambú del plato que le han puesto. Es maravillosamente delicioso. Sin embargo, nuestro «abuelo» no es un comilón. Y deja los palillos tras haber comido solo eso.

La puerta corredera se abrió y Suzu trajo un nuevo jarrito de sake y otro aperitivo. Sentándose delante del «abuelo», se ofrece a servirle otra copa:

—¿Un poco más?

—No, ya he tomado bastante. Y qué sake tan bueno. —No lo decía como un cumplido. Salió de sus labios sin pensarlo.

—¿Le ha gustado? Se llama Rocío de Bambú.

—Demasiado bueno.

—¿Eh?

—Demasiado bueno.

Teru, que desde su lecho escuchaba la conversación entre el «abuelo» y Suzu, sonrió levemente.

—Ehh, pero si Teru se está riendo. Seguro que le gustaría decir algo pero…

Teru negó con la cabeza.

—No pasa nada porque no pueda decirlo, ¿verdad? —El «abuelo» se dirigió a Teru por vez primera girándose hacia ella.

Teru parpadeó y, con rostro alegre, asintió dos o tres veces.

—Bueno, yo ya me voy. Vendré otra vez.

Suzu, desconcertada ante este invitado tan displicente, protestó:

—¿Pero ya se va a marchar? Después de andar buscándola por todo el bosque de bambúes y de estar a punto de morir congelado, ahora que por fin se han encontrado y no le ha dirigido aún ni una sola palabra amable de condolencia…

—Si hay algo por lo que no paso, son las palabras amables. —Y, sonriendo con amargura, el «abuelo» se puso en pie.

—Teru, ¿pero a ti no te importa que le deje marchar ya? —preguntó Suzu aturdida.

Teru asintió sonriendo.

—Ya veo que sois tal para cual —se rio también Suzu—. Pues nada, entonces venga usted de nuevo por aquí.

—Vendré —contestó con rostro serio. Cuando iba a salir de la estancia, se paró en seco—. ¿Dónde está este lugar?

—Dentro del bosque de bambúes.

—Humm… Me pregunto si había una casa tan singular en aquel bosque de bambúes.

—Claro que la hay —dijo Suzu, y, cruzando una mirada significativa con Teru, sonrió—. Pero las personas normales no pueden verla. En aquella entrada al bosque de bambúes, si, como pasó esta mañana, se tumba boca abajo en la nieve, le iremos a buscar siempre que quiera.

—Es muy de agradecer —dijo, no por cumplir, sino de manera espontánea, y salió al corredor de bambú verde.

Así, una vez más, guiado por Suzu, volvió a pasar por la salita de té del principio, donde estaban alineados una serie de cestos de mimbre de varios tamaños.

—A pesar de haber venido a visitarnos, siento vergüenza por no haber podido ofrecerle un recibimiento como es debido —dijo Suzu volviendo a emplear un tono formal—. Al menos, como recuerdo de la aldea de los gorriones, elija uno de estos cestos de mimbre, el que más le plazca, y, aunque quizá supondrá una carga en el camino, por favor, llévelo de vuelta a casa.

—No quiero para nada una cosa como esa —murmuró el «abuelo» malhumorado—. ¿Dónde está mi calzado?

—No me ponga en un aprieto. Por favor, llévese uno —insistió Suzu con voz lloriqueante—. Si no, luego Teru se va a enfadar conmigo.

—¡Qué se va a enfadar! Ella no es, ni mucho menos, de las que se enfadan. La conozco. Y a propósito, ¿dónde está mi calzado? Estoy seguro de que llevaba puestas unas sucias botas de paja.

—Las he tirado. Puede usted volver descalzo.

—¡Qué cosa tan atroz!

—Pues entonces, llévese uno cualquiera de estos regalos. Se lo pido de verdad, por favor. —Y juntó sus manitas como señal de ruego.

El «abuelo» sonrió con pesar, y echó una ojeada a los cestos dispuestos en la sala.

—Son todos grandes, demasiado grandes. Odio andar cargado con cosas. ¿No hay algún regalo suficientemente pequeño para que quepa en el bolsillo?

—Pero es que lo que me pide es imposible…

—Pues entonces, me voy. Aunque sea descalzo, no importa. No quiero ir cargado —dijo el «abuelo» y, descalzo, hizo ademán de salir realmente al pasillo de fuera.

—Espere un momento, por favor, un momento. Voy a preguntarle a Teru y ahora vuelvo.

Suzu se fue agitada y a toda prisa hacia las habitaciones del interior y, al poco tiempo, regresó con una espiga de arroz apretada entre los labios.

—Tenga, esto es la horquilla para el pelo de Teru. Por favor, no se olvide de Teru, y vuelva otra vez.

De pronto, volvió en sí. El «abuelo» estaba tumbado boca abajo a la entrada del bosque de bambúes. Pero cómo, ¿ha sido un sueño?, pensó. Sin embargo, en su mano derecha agarraba una

espiga de arroz. Una espiga de arroz en pleno invierno es algo muy raro. Y además, exhalaba un maravilloso aroma parecido al de las rosas. El «abuelo» se llevó la espiga a casa con gran cuidado y la puso en el portapinceles de su mesa.

—Vaya… ¿pero qué es eso? —preguntó con tono inquisitivo la «abuela», que estaba en casa haciendo trabajos de costura y descubrió la espiga al instante.

—Una espiga de arroz —contestó en su confuso modo habitual.

—¿Una espiga de arroz? ¿No es algo raro en esta época? ¿Dónde la has cogido?

—No la he cogido —dijo muy bajo el «abuelo», y, abriendo un libro, comenzó a leer en silencio.

—¿No es todo muy raro? De un tiempo a esta parte, andas todos los días dando vueltas por el bosque de bambúes, y vuelves con cara de estar en las nubes; y hoy, por añadidura, no sé por qué, pero vuelves con una cara de extrema felicidad trayendo esa cosa a la que das tanta importancia y que has puesto ahí, en el portapinceles. Me estás ocultando algo, ¿verdad? Si no la has cogido, ¿de dónde ha salido? ¿No crees que podrías explicármelo como es debido?

—Me la han dado en la aldea de los gorriones —dijo con una mueca de fastidio.

Sin embargo, con una contestación así, no se puede satisfacer a alguien tan prosaico como esta «abuela». Por lo tanto, la mujer siguió con su insistente interrogatorio haciendo una pregunta tras otra. Dado que el «abuelo» era incapaz de mentir, no le quedó más remedio que contestar contando su extraordinaria experiencia tal y como había sucedido.

—Pero bueno, ¿me estás diciendo en serio una cosa como esa? —Atónita, la «abuela» terminó por echarse a reír.

El «abuelo» ya no respondió. Se acodó en la mesa y, con la barbilla en la palma de la mano, dirigió la mirada a su libro con aire abstraído.

—¿Crees que me voy a creer toda esa sarta de disparates? Está claro que todo es una mentira. Yo sé lo que pasa. Desde hace un tiempo, sí, eso es, el otro día, ¿recuerdas?, desde que vino aquella chica a visitarte, te has convertido en un hombre completamente distinto. Andas extrañamente intranquilo, y no te dedicas más que a suspirar a cada rato, como si estuvieras hechizado por un amor. Vergonzoso. A tus años. No intentes ocultármelo. Que yo lo sé muy bien. ¿Pero se puede saber dónde vive esa chica? No pretenderás decirme que en medio del bosque, ¿eh? A mí no me engañas. En medio del bosque hay una casita, y ahí dentro vive una preciosa chica que parece una muñeca… Ju, ju, ju… Me sueltas esa engañifa para niños, y pretendes que me la trague… Si eso es verdad, la próxima vez que vayas, trae de vuelta uno de esos cestos de mimbre como regalo y prueba a enseñármelo. ¿A que no puedes? Como que es una historia inventada. Yo, si me traes a cuestas un gran cesto de mimbre de esa extraordinaria casa, con eso como prueba, no te digo que a lo mejor no vaya a creerte. Pero volver con algo como esa espiga de arroz, y decirme que es la horquilla de esa muñeca… Verdaderamente, no sé cómo has podido decir un disparate tan estúpido. Confiesa lisa y llanamente, como un hombre. Aquí donde me ves, no creo ser una mujer irrazonable. Por algo como una o dos amantes…

—No me gusta ir cargado.

—Ah, así que es por eso. ¿Voy yo entonces en tu lugar? ¿Qué te parece? Basta con que me tumbe boca abajo a la entrada del bosque de bambú, ¿verdad? Pues voy a ir yo. ¿Te parece bien? ¿No te causa ningún problema?

—Por mí, puedes ir.

—Pero qué cara más dura. Está clarísimo que es mentira, y encima va y me dice «puedes ir». Pues entonces voy a probar de verdad a ir. Te parece bien, ¿no? —La «abuela» sonrió con malicia.

—Por lo que se ve, quieres uno de esos cestos de mimbre.

—Sí, claro que sí, claro que sí, ¿no ves que soy una codiciosa sin remedio? Quiero ese regalo. Y por eso ahora mismo voy a salir, y me voy a traer el cesto más grande y más pesado de todos. Jo, jo, jo. Es una estupidez, pero probaremos a ir. Esa cara que pones como si nada fuera contigo es algo que no puedo soportar. Ya verás como te voy a arrancar esa careta de falso santo. Así que si me tumbo boca abajo en la nieve podré ir a la casa de los gorriones, ja, ja, ja. Es toda una estupidez pero, bueno, aun así vamos a proceder según esas palabras, y probaremos a estar allí un rato, ¿eh? Y luego, aunque me digas que todo era mentira, etcétera, etcétera, no te voy a perdonar.

La «abuela», ya embarcada en la empresa, guardó sus utensilios de costura y, saliendo al jardín, fue pisando sobre la nieve hasta entrar en el bosque de bambúes.

Y después, lo que allí pasó, el autor lo desconoce.

Al atardecer, bajo un enorme y pesado cesto de mimbre, el cuerpo de la «abuela» yacía frío y boca abajo sobre la nieve. Aparentemente, el cesto de mimbre era tan pesado que no pudo levantarse, y en esa postura, murió por congelación. Y se dice que el interior del cesto de mimbre estaba lleno a rebosar de relucientes monedas de oro.

No se sabe si fue debido a estas monedas o no, pero se cuenta que al poco tiempo el «abuelo» se convirtió en funcionario, y poco después llegó a la posición de ministro de la corte imperial. La gente le llamaba «el ministro del gorrión», y hacían comentarios en el sentido de que su triunfal ascenso era el fruto del gran cariño que siempre había profesado a los gorriones. Sin embargo, parece que siempre que el «abuelo» escuchaba ese tipo de cumplidos, respondía con una leve sonrisa amarga:

—Nada de eso. Ha sido gracias a mi mujer. Pasó muchas penalidades por culpa mía.

Sobre los cuentos de cabecera originales

Los cuentos tradicionales japoneses, por lo general llamados *otogi-zoshi* (que puede traducirse por «cuentos de cabecera» o «cuentos de compañía») tienen su más reconocido ancestro en la obra titulada *Uji shui monogatari* (Colección de cuentos de Uji), compilada a comienzos del siglo XIII a base de reunir historias preexistentes de varias fuentes. De esta época, por cierto, nacen *La historia de Urashima* y *El lobanillo desaparecido*. Inicialmente, predominaban las historias sobre hazañas militares, pero desde principios del siglo XVI comenzaron a difundirse cuentos ilustrados en rollos de papel parcialmente coloreados a mano, donde ya un considerable número de ellas venían protagonizadas por animales o trasgos *(yokai)* y que en los siglos XVIII y XIX irán conociendo multitud de variantes gracias al uso de la imprenta, que permite una gran difusión entre las clases populares. De esta época arrancan la mayoría de los cuentos tradicionales japoneses, donde destaca el trasfondo de la moral confuciana y budista donde el bien siempre sale triunfante y acusando en algún caso la influencia de las fábulas griegas de Esopo, que comenzaron a publicarse en Japón a primeros del siglo XVII por obra de los misioneros cristianos.

La apertura a Occidente que se produce a finales del siglo XIX con la Restauración Imperial Meiji trae también la publicación de los cuentos alemanes de los hermanos Grimm, por lo que surge en Japón la idea de no dejar que se pierdan los cuentos tradicionales locales y, a la vez, la del esfuerzo por su difusión en el extranjero. Corresponde a Sazanami Iwaya (1870-1933), filólogo especializado en literatura alemana, el mérito de haber redactado hacia 1894 estas versiones, digamos, canónicas de los cuentos de cabecera más populares, que serían traducidas a gran cantidad de lenguas occidentales y publicadas en todo el mundo.

Dada la antigüedad de los cuentos que sirvieron de base a Dazai para sus versiones, resulta inevitable que existan infinidad de variantes, lo cual ha supuesto un gran reto a la hora de escoger las versiones para este libro. Se ha utilizado para ello un doble criterio, consistente en buscar las versiones que más se acerquen a aquella más difundida (todos han tenido versiones en inglés y en español desde hace un siglo), y, por otra parte, entre ellas, las que más se parezcan al contenido que remeda Dazai. En concreto, se han escogido las versiones del citado Sazanami Iwaya de comienzos del siglo XX para *El lobanillo desaparecido* y *La montaña Kachi-kachi*, y, para *La historia de Urashima* y *El gorrión de la lengua cortada*, las de Toshihiro Motomura, estudioso de las tradiciones de los pueblos primitivos de Hokkaido, que hace unos treinta años buscó un curioso equilibrio entre todas las variantes publicadas hasta entonces.

El lobanillo desaparecido

Érase una vez, hace ya mucho tiempo, un anciano que tenía un gran lobanillo que colgaba de su mejilla derecha y que le causaba grandes molestias. Había consultado a muchos doctores y se había aplicado muchos medicamentos, pero todos sus esfuerzos habían sido en vano, pues encima el lobanillo se hacía cada vez más y más grande, y no podía librarse de él.

Una mañana, el anciano subió a una montaña cercana para recoger leña y estuvo andando por allí de un lado a otro todo el día. Al caer la tarde, cuando se disponía a descender de la montaña, de repente el cielo se ennegreció. «Esperemos que no se ponga a llover», pensaba, cuando empezaron a caer gruesas gotas de lluvia.

—¡Vaya un desastre! —exclamó—. ¿Dónde encontraré cobijo?

Miró en torno suyo y descubrió con alegría un gran árbol que estaba a su lado y que tenía un gran hueco en el tronco, próximo a las raíces.

—¡Qué suerte, aquí me cobijaré un tiempo hasta que pare de llover! —Y diciendo esto se metió en el hueco. Pero la lluvia empezó a caer como a calderos, y además de vez en cuando sonaban los truenos estrepitosamente y brillaban los relámpagos. El viejo estaba aterrado y sentía como si fuera a morir. Tapándose los oídos con las manos, gritaba—: ¡Kuwabara, kuwabara![25]

Pero, como solamente era un chaparrón propio del atardecer, la lluvia fue disminuyendo y poco a poco el cielo empezó a clarear. Al poco se entrevieron los rayos del sol poniente, brillando en la montaña opuesta.

El anciano tuvo la sensación de que volvía a la vida.

«Ah, qué felicidad. Por fin parece que ha escampado. Aprovechemos para salir ahora», se dijo.

Pero justamente cuando estaba a punto de salir del agujero, oyó las pisadas de muchos pies.

«Deben de ser leñadores a los que ha sorprendido la lluvia y ahora vienen —pensó—. Es mejor tener compañía, así es que voy a llamarlos».

Y diciendo esto, sacó la cabeza por el hueco del tronco. Pero ¡qué vieron sus ojos! No eran leñadores, sino un gran número de espantosos ogros que venían hacia el lugar donde se encontraba. Unos de tres ojos, otros con boca de cocodrilo, otros con un cuerno en la cabeza; los de color rojo vestían pieles de oso, y los de color azul, pieles de tigre. Llevaban antorchas y garrotes de metal, y en total serían unas cien monstruosas criaturas.

El viejo dio un grito y cayó de espaldas. Durante un tiempo no pudo ponerse en pie, pero afortunadamente los demonios no le habían visto, así es que, armándose de valor, contuvo la respiración y volvió a esconderse en el agujero.

Enseguida, fuera de la cavidad de su árbol, se empezaron a oír cantos alegres y todos parecían estar divirtiéndose mucho. El viejo levantó la cabeza y pensó: «¿Eh? ¡Parece que lo están pasando muy bien ahí afuera! Voy a espiar lo que hacen».

Diciendo esto, se arrastró hasta el borde del hueco del árbol y empezó a escudriñar. Lo primero que vio fue una reunión de demonios muy distintos. El mayor de todos, y que parecía ser el jefe, estaba sentado en el centro, con los demás en torno suyo. Uno cantaba, otro tocaba un instrumento, un

tercero bailaba y otro más daba palmadas, y todos parecían totalmente absortos en su diversión.

«Vaya, parece que hoy tienen algún tipo de reunión festiva», se dijo el anciano. «¡Qué cosa más interesante! Con lo viejo que soy, y a pesar de que he venido a esta montaña casi todos los días de mi vida, es la primera vez que veo algo así. Es realmente divertido», se volvió a decir mientras que, perdido el miedo, iba saliendo poco a poco del agujero para observar a los demonios.

Afuera, el demonio jefe bebía sake de un gran vaso mientras miraba cómo bailaban sus súbditos.

—Bueno, ya estoy cansado de veros hacer siempre lo mismo, vuestro baile ya no tiene nada que me divierta. ¿Es que nadie es capaz de enseñarme algo nuevo?

El viejo, al oírle, se dijo:

«¿Por qué no enseñarles a estos demonios mi danza? Pero no, no, si salgo ahí fuera me devorarán de un bocado. Aunque, puesto que son ogros a los que les gusta mucho la danza, si se divierten con mi manera de bailar, no creo que vayan a comerme. Bueno, hay que tener valor, voy a probar».

Arrastrado por la música de los demonios, el viejo se unió al grupo, danzando y dando palmadas. Los demonios se quedaron un poco desconcertados ante la entrada imprevista de un ser humano, y no cesaban de mirar al viejo un poco confusos. Pero él comprendió que su vida dependía de aquella danza suya tan singular, de modo que bailó exhibiendo todo aquello que hasta entonces había aprendido, totalmente enfrascado en su tarea.

Los demonios empezaron a hacer comentarios.

—¡Pero qué cosa tan extraordinaria! —exclamó uno.

—¡Muy exótico! —exclamó otro.

—¡Nunca he visto nada tan divertido en todos mis años! —exclamó un tercero.

Y todos hicieron grandes elogios de la danza del viejo. Cuando finalizó, el demonio jefe le ofreció el jarro de sake diciendo:

—Tu danza era muy entretenida, ha sido un gran trabajo por tu parte. De momento, echa un trago, por favor.

El viejo cogió la copa con cierto temblor y haciendo una profunda inclinación, dijo:

—Únicamente me he dejado arrastrar por vuestra diversión. Si interrumpí vuestra fiesta con mi loco danzar, no fue con intención. Y encima sois tan bondadosos que, en lugar de castigarme por mi rudeza, me dais la alegría de vuestro aplauso.

—¿Interrumpir nuestra fiesta? —respondió el demonio—. ¡Oh, no! Al contrario, has añadido nueva diversión. Tienes que venir otras veces para danzar ante nosotros.

—Si mi tosca danza os gusta, estaré siempre a vuestra disposición —respondió el viejo.

—Pues entonces, ¿vendrás también mañana? —le preguntó el demonio.

—Sí, acudiré sin falta —respondió el viejo.

—¿Vendrás seguro? —preguntó el demonio.

—No tiene por qué preocuparse —dijo el viejo.

—Pero no te podemos dejar marchar sin más. ¿Qué prenda puedes dejar como prueba de lo que dices? —preguntó el demonio jefe.

—Estoy dispuesto a dejar lo que haga falta.

—¿Qué podemos pedirle? —preguntó el jefe al resto de los demonios.

Uno de ellos, que estaba sentado detrás de él, contestó con cara de sabihondo:

—Como prenda, tenemos que tomar lo que más aprecie. Por lo que veo, este anciano tiene un gran lobanillo en su mejilla derecha. Pues bien, he oído que los hombres consideran que un lobanillo es un signo de buena suerte y lo cuidan mucho. Si lo tomamos en prenda, es seguro que volverá mañana, porque querrá recuperarlo.

—¡Qué idea tan espléndida has tenido! —exclamó el demonio jefe—. Vamos a quitarle el lobanillo.

Dicho esto, agarraron al asombrado hombre por la mejilla y, cuando parecía que iban a retorcerle el lobanillo, de pronto, los demonios desaparecieron y no quedó rastro alguno de ellos.

El viejo tuvo la sensación de haberlo soñado. «Pero ¿qué es esto?», pensó. Le habían quitado limpiamente su molesto lobanillo y ni había sentido pizca de dolor, ni quedaba rastro alguno. «Vaya una cosa más extraña; si lo hubiera sabido, habría venido antes a bailar ante ellos», pensaba alegremente mientras se acariciaba la mejilla. Así pues, con el corazón ligero y la mejilla aún más ligera, se encaminó hacia su casa con paso rápido.

En casa, la abuela le esperaba impaciente.

—¡Oh!, por fin has llegado. Has debido pasar un mal rato con la lluvia, ¿no? Anda, ven, entra y descansa.

Nada más decir esto, miró el semblante de su marido y al no ver el lobanillo que estaba segura de haber visto por la mañana, pensó que se le había caído u olvidado en algún sitio.

—¿Qué has hecho con tu lobanillo? —exclamó con sorpresa.

—Pues ya verás, ya verás —le dijo ufano el viejo—. Hay un motivo muy especial para todo esto.

Y, muy orgulloso, el viejo le contó a su mujer todo lo que había sucedido al ir desde su casa a la montaña y su encuentro con los demonios.

—¡Vaya una cosa tan estupenda! —exclamó la mujer con admiración—. Pero me pregunto para qué les servirá a los demonios un lobanillo.

Y ambos se pusieron a comentar el tema, riendo muy divertidos.

Al lado de este matrimonio, puerta con puerta, vivía otro anciano de la misma edad que también tenía un gran lobanillo, en este caso en su mejilla izquierda, origen de muchas molestias. Cuando escuchó la historia del otro hombre, sintió envidia, y dirigiéndose a su casa, le dijo:

—Vecino mío, ¿es cierto que anoche te encontraste con unos demonios que te quitaron el lobanillo?

—Sí, claro que es verdad —respondió el viejo—. ¿Para qué iba uno a mentir?

—Pues entonces, voy a ir ahora mismo y les pediré a los demonios que me quiten este molesto lobanillo. Pero ¿dónde puedo encontrarlos?

—Ah, ya comprendo. Prueba entonces a ir.

Y a continuación le explicó el camino y la hora en que encontraría a los demonios. Con ello, el viejo vecino quedó muy contento y, sosteniendo su lobanillo con la mano, fue subiendo la montaña.

Cuando llegó a la altura indicada, se metió en la oquedad del árbol y esperó con impaciencia a que los demonios llegasen. Por fin, a la hora en que empezaba a anochecer, tal y como le habían explicado, aparecieron los demonios y comenzaron su fiesta justo delante del hueco del árbol.

—Ya debe de estar a punto de llegar el viejo de ayer —dijo el demonio jefe, mirando en torno suyo.

—Gracias por haber venido —dijo el viejo, saliendo de un salto del hueco del árbol—. Llevaba ya un tiempo esperándoos.

—Ah, el viejo de ayer —dijo el demonio jefe—. Venga, apresúrate y empieza a bailar.

—A su servicio.

El anciano se levantó y, desplegando un abanico que había traído preparado, empezó a cantar y bailar. Sin embargo, este anciano era torpe de nacimiento, no sabía bailar y únicamente daba saltos al tuntún, por lo que resultaba penoso verle.

—¡Detente, detente! ¡Esto es totalmente distinto de la danza de ayer! Pero ¡qué porquería! —gritaban los demonios—. ¡No queremos nada contigo, viejo loco! ¡Te devolvemos el lobanillo que dejaste como prenda, así que vete de aquí inmediatamente!

Diciendo esto, un demonio le tiró el lobanillo al viejo, y se lo colocó en la mejilla derecha. Así es que no solamente no perdió el lobanillo de su mejilla izquierda, sino que el pobre hombre se llevó otro por añadidura, con lo que bajó huyendo de la montaña mientras sostenía los lobanillos con ambas manos, como si fueran calabazas de peregrino.

La historia de Urashima

Hace mucho tiempo, en la aldea de Tango, en la provincia de Mizunoe, vivía un joven pescador llamado Taro Urashima. Un día, cuando el crepúsculo caía sobre la playa, Urashima arrastraba su barca hasta la arena tras una larga jornada de pesca. Después de haber asegurado bien la barca en la arena, Urashima echó a andar hacia su casa con lo que había pescado. De pronto su atención se vio atraída por un círculo gesticulante de niños, capitaneados por uno un poco más mayor, como de once o doce años. Estaban armando gran alboroto en el lugar donde las rocas cedían terreno a la arena, y parecían estar aporreando sin misericordia algo que había en medio de ellos. Al acercarse más, Urashima comprobó que el objeto de las pedradas y los palos era una tortuga que tenían atada con una cuerda.

—Ahora me toca a mí —gritó uno de ellos, y golpeó con el palo el lomo de la enorme tortuga.

—Y ahora a mí —exclamó otro, y un látigo de hierbas y algas marinas silbó en el aire.

—Ahora todos juntos —chillaron, y los palos y los zurriagazos, uno detrás de otro, llovieron sobre el cuerpo del animal.

Con su ofuscada cabeza metida dentro de la sólida concha, la tortuga, demasiado lenta y pesada para escapar de sus jóvenes torturadores, permanecía quieta, sufriendo los agudos dolores que cada porrazo transmitía por su caparazón a todas las partes de su cuerpo.

—¿Qué estáis haciendo? —gritó Urashima encolerizado por la crueldad de los niños y por el lastimoso estado de la desamparada criatura—. ¡Parad en seguida! ¿Creéis que actuáis bien al golpear a esta desventurada tortuga? ¡Vais a matarla!

Los chicos apenas le prestaron atención y, renovando sus golpes sobre el lomo del animal, dijeron:

—Si se muere, que se muera. La tortuga es nuestra. Nosotros la hemos capturado y podemos hacer con ella lo que se nos antoje. ¡Vete de aquí!

—Pero no tenéis derecho a golpearla —dijo Urashima—. Ella sufre como vosotros podéis sufrir. Oíd, si os doy dinero, ¿me entregaréis la tortuga?

—¡Claro que sí! —gritaron todos a una—. Si nos das dinero, será tuya en seguida.

Urashima les entregó el dinero suelto que tenía encima y los niños, con gritos de júbilo, echaron a correr hacia la aldea. Urashima, desatando la cuerda, se volvió a la tortuga, le acarició el caparazón y le dijo:

—Pobrecita. Se dice que la grulla vive mil años y la tortuga diez mil, así que, siendo el animal más longevo, es una pena que tu vida haya estado en peligro. Ha sido una suerte que pasara por aquí justo en este momento. Por favor, vuelve cuanto antes a tu mar nativo y de ahora en adelante procura que no te atrapen de nuevo.

Urashima cogió a la tortuga en sus brazos y anduvo con ella hacia la orilla del mar. Metiéndose con ella hasta las rodillas, la soltó en las limpias aguas azules y la vio empezar a nadar y sumergirse con placer en las olas que rodeaban sus piernas. Con los ojos húmedos de gratitud, la tortuga echó una mirada a su benefactor y se adentró en el mar hasta perderse de vista.

Pocos días después, Urashima estaba sentado en su barca, alejado de la costa, con sus pensamientos tan indiferentes como el cordel que atravesaba la superficie sin olas del mar, cuando, de repente, una vocecita dulce como una campanilla lo vino a sacar de su ensimismamiento.

—¡Urashima-san, Urashima-san!

—¡Ajá! Parece como si alguien me estuviese llamando. Pero ¿quién podría ser? Estoy solo y fuera del alcance de la tierra. Seguro que estoy soñando —pensó para sí Urashima, y volvió a mirar el anzuelo.

—¡Urashima-san, Urashima-san! —volvió a llamar la voz.

Ahora no podía haber duda. Era su nombre el que alguien había pronunciado. Se volvió rápidamente y allí, cerca de su barca, con la cabeza emergiendo de las cristalinas aguas, descubrió a su amiga la tortuga.

—¿Eras tú la que me llamaba hace un momento, tortuguita? —preguntó Urashima con gran sorpresa.

—En efecto, era yo, querido amigo —contestó la tortuga—. El otro día mostraste una gran bondad conmigo al salvarme la vida, y quería por ello mostrarte mi gratitud.

—En realidad, no tuvo importancia —dijo Urashima—, y no merece que me lo agradezcas tan afectuosamente. Pero por favor, no te alejes demasiado de tu casa. Te invitaría a subir a mi barca a descansar y fumar un poco de tabaco, pero, claro, como eres una tortuga… Ja, ja, ja.

—Ja, ja, ja. Gracias, pero preferiría un poco de sake, porque tabaco, no fumo.

—Vaya, lo siento, pero no tengo sake en mi barca. Bueno, en cualquier caso puedes subir un rato a secar el caparazón.

—Por cierto, Urashima-san, tengo algo que preguntarte: ¿has oído hablar alguna vez del Palacio del Dragón?

—He oído algo acerca de ese palacio —replicó Urashima—, pero nunca lo he visto. Debe de ser un lugar muy remoto.

—Entonces tengo un gran regalo que hacerte —dijo la tortuga—. Deseo invitarte al Palacio del Dragón.

Urashima, no recuperado aún de la sorpresa de este extraño encuentro, contestó un tanto indeciso:

—Desde luego que me honraría muchísimo conocer ese palacio, pero ¿cómo puedo ir hasta allí? Tú estarás acostumbrada a ir y venir de ese lugar, pero yo no puedo nadar tanto.

La tortuga se colocó paralela a la barca y, ante los ojos de Urashima, aumentó de tamaño.

—Súbete sobre mi lomo, que yo te llevaré. Te montaré, y contigo encima nadaré a través de las sendas del mar que conducen al palacio. Estaremos allí en seguida. ¡Vamos, Urashima!

Urashima sentía temor, pero también deseaba conocer tan maravilloso lugar, por lo que finalmente se decidió y montó sobre el caparazón. De inmediato, la tortuga empezó a nadar velozmente a través del tranquilo mar. De pronto se sumergió y empezó a moverse graciosamente y a una velocidad majestuosa en las verdes profundidades del mar. A medida que se sumergían más y más, les iban saliendo al paso algas y peces, algunos de los cuales le resultaban desconocidos a Urashima. Los peces les saludaban al pasar, y había una procesión como un pasillo formada por besugos. Por encima de todos ellos pendían nubes de transparentes medusas.

La tortuga siguió descendiendo hasta que apareció ante ellos la imponente puerta del Palacio. Era

tan hermosa que parecía sacada de un sueño, y Urashima no pudo evitar contener el aliento ante su belleza. La tortuga se detuvo en el portón de entrada y llamó a los guardianes, anunciando la visita de Urashima y pidiendo permiso para entrar.

—A partir de aquí tendrás que continuar a pie —dijo la tortuga.

Al momento acudió un gobio para abrir las puertas, que se marchó en seguida hacia el interior del Palacio para anunciarles, mientras Urashima se bajaba de la tortuga. Al instante apareció un gran número de besugos y lenguados que les dieron la bienvenida y les condujeron hacia las salas interiores.

Una vez dentro, Urashima vio que lo que él había tomado por una profusión de capullos y flores eran hileras de hermosas doncellas ataviadas con ricos vestidos de brocado. Al aproximarse más advirtió que cada doncella lucía unas bandas brillantes de algas y anémonas marinas entre sus altísimos trenzados; y por delante, anidando en las ondas del pelo, había un joven besugo.

Al pararse Urashima, como consecuencia del arrobado encantamiento en que se hallaba, las filas de los asistentes se dividieron en el centro como una ola para dejar paso a una joven de increíble belleza que avanzaba lentamente hacia él. Era la afamadísima y legendaria princesa Oto, la princesa del dragón. Tenía un precioso y reluciente pelo negro recogido en un moño, e iba vestida con un kimono de una tela desconocida para Urashima, que brillaba y se balanceaba con el movimiento del mar. Urashima se puso de rodillas y se inclinó ante ella profundamente.

—Bienvenido seas a mi humilde morada —dijo la princesa sonriendo con dulzura—. Fuiste muy amable al salvar la vida de mi querida tortuga y tengo contigo una deuda de gratitud. Nos alegraremos muchísimo si entras a hacernos compañía.

La princesa le tomó de la mano y le condujo a lo largo de los grandes corredores del palacio seguidos por las doncellas y los criados. Los suelos estaban cubiertos de ágatas y de ellos surgían varias columnas para soportar los abovedados techos con adornos de coral. Desde los aposentos que había en los corredores llegaba el sonido de piezas musicales que les seguían a su paso. Le trajeron ricos ropajes, que cambió por sus ropas de pescador. En la sala a la que finalmente entraron había una mesa baja y roja cubierta con un mantel de riquísimo damasco y dos sillas talladas de la misma vívida y roja madera.

La princesa precedió a Urashima y se sentó graciosamente en una de las sillas. Luego invitó al joven a sentarse junto a ella.

—Urashima-san, me gustaría ofrecerte una recepción como agradecimiento, aunque sé que es una recompensa muy vulgar. Por favor, no te cohíbas y diviértete con total libertad. Puedes permanecer aquí todo el tiempo que quieras.

—Nada me agradaría más. Es mi primera vez en un lugar como este y todo cuanto veo me parece maravilloso —replicó Urashima consciente de que era inútil intentar resistirse.

Inmediatamente, de entre las columnas de coral salió una hilera de sirvientes que traían sake y unos ricos manjares como acompañamiento. Mientras comían y bebían, comenzaron las doncellas a ejecutar danzas, y a cantar melodías de amor, convirtiéndose aquello en una fiesta muy animada.

Una vez finalizada la comida, la princesa invitó a Urashima a que la acompañara para ver el palacio. Esculpido en el techo de cada una de las maravillosas habitaciones por las que cruzaban, estaba el magnífico dragón rojo y dorado de la dinastía de la princesa Oto. Al fin arribaron a una

sala decorada con perlas y coral. Desde aquella extraña habitación, se podía contemplar a un tiempo el paisaje de las cuatro estaciones.

Si se miraba por el ventanal del este, se extendía un paisaje con toda la frescura y el verdor de la primavera. Allí había cerezos y ciruelos en flor, los sauces se inclinaban sobre las aguas del arroyo y revoloteaban ruiseñores y mariposas. La princesa le condujo ahora hacia el lado sur. De repente estalló ante él todo el calor del verano. La fragancia de multitud de gardenias blancas que rodeaban un estanque se extendía por todo el aposento. La superficie del estanque estaba cubierta de nenúfares de todos los tamaños que flotaban aquí y allá, con sus pétalos colgando. Las cigarras y las ranas llenaban el aire con sus cantos. A continuación, Urashima miró por el ventanal del oeste. Ante él estaba el amplio paisaje incendiado con el rojo otoñal de los arces y los crisantemos en flor. Urashima, paralizado de asombro, volvió en sí por la voz de la princesa, que ahora le pedía que viniera hacia el lado del norte. Allí era invierno y todo estaba cubierto por una alfombra de nieve. Los árboles, arbustos y matorrales estaban cubiertos de nieve, y agujas de hielo colgaban de las ramas y de las hojas. La superficie del estanque aparecía congelada.

El placer de Urashima no tenía límites. Cualquier pensamiento que hubiera podido albergar de volver a su casa había abandonado su corazón. Su único deseo era quedarse para siempre con la princesa Oto en esta tierra encantada y mágica. Pasaban los días y los meses, y Urashima vivía disfrutando en medio de este hechizo. Le traían todo lo que pedía, y cada día había alguna nueva maravilla para alegrarle. Cuánto tiempo llevaba allí, no lo sabía, ni tampoco le importaba demasiado.

Pero un día, de repente, empezaron a inquietarle los pensamientos sobre sus padres, sus amigos, su tierra natal. Se volvió silencioso y triste, muy diferente de lo alegre y feliz que era antes. Un día la princesa le preguntó cariñosamente:

—¿Por qué estás tan triste? ¿Qué te ha ocurrido?

—Pienso mucho en mis padres y amigos. No consigo olvidarles, y creo que ha llegado el momento de decir adiós y volver con ellos.

Para Urashima resultaba muy duro separarse de la princesa, pero su preocupación ya no le dejaba disfrutar de aquel lugar.

Al escuchar estas palabras, la princesa intentó retenerle unos días más, pero viendo que la decisión de Urashima era firme, aceptó con una sonrisa, comprendiendo que sería mucho peor si no le dejaba marchar. Urashima volvió a ponerse sus antiguas ropas de pescador, lo que le hizo añorar todavía más su vida en tierra firme.

—Urashima-sama, a pesar de la gran pena que esto me produce, lo comprendo. Ya veo que echas mucho de menos a los tuyos. Pero antes de irte, quiero que te lleves algo como recuerdo.

Diciendo estas palabras, la princesa trajo una pequeña caja de laca negra atada con cordoncillos rojos y se la tendió a Urashima.

—Después de todas las atenciones recibidas, no merezco además un regalo. Pero, ya que insistís, lo aceptaré. ¿De qué se trata? —inquirió, tomándolo con ambas manos y llevándoselo a la cabeza como prueba de agradecimiento.

—Urashima-sama, este cofre es especial, y guarda un tesoro muy importante —dijo la princesa Oto—. Llévalo siempre contigo y no te separes nunca de él. Pero no debes abrirlo bajo ningún

concepto. ¿Entiendes? Bajo ningún concepto.

La princesa se inclinó y dio unos cuantos pasos, tratando de esconder los ojos tras las mangas de su vestido, pues era incapaz de contener sus lágrimas. También Urashima se sentía muy triste al pensar en que debía dejar a su bella princesa, pero sabía que no estaba bien mostrar sus sentimientos ante ella. Con una inclinación por toda despedida, se dirigió a donde le esperaba la tortuga para llevarle de vuelta.

La princesa estaba demasiado apenada para acudir a verlo salir por las puertas. Urashima subió a lomos del animal y este se puso a nadar lentamente a través de las aguas profundas. Urashima miró con vehemencia y tristeza el lugar que abandonaba, hasta que a su vista fue empequeñeciéndose y finalmente desapareció.

Pronto el color verde dio paso a un azul intenso, hasta que por fin alcanzaron la superficie montados en la cresta de una enorme ola que les llevó hacia delante a gran velocidad. La tortuga siguió nadando en silencio hasta que al fin divisaron una playa arenosa. Urashima distinguió finalmente el conocido paisaje natal, y al hacerlo, su corazón empezó a latir violentamente, pues volvía por fin al hogar. ¡Qué bienvenida tendría! ¡Qué maravillas iba a contar! La tortuga se dirigió hacia la orilla, donde Urashima pudo desmontar fácilmente de sus lomos. Mientras él se quedaba de pie en el agua, con su negra caja de laca apretada bajo el brazo, la tortuga se deslizó suavemente hacia el mar y se alejó en silencio.

Urashima se adentró en tierra y buscó con la mirada su hogar familiar con el espíritu enternecido. Pero ¿qué habría sucedido? El tejado se había hundido, y de la casa solamente quedaban unas ruinas medio ocultas por los hierbajos. Tan solo se escuchaba el sonido del viento al agitar los pinos. La playa era la misma, pero no conocía a ninguna de las personas con que se cruzaba. Todo estaba cambiado y no había ningún signo que él pudiera reconocer. Subiendo por la playa llegó hasta la calle principal de la aldea, pero apenas parecía la misma. No pudo encontrar ningún pariente ni amigo. La gente le miraba con curiosidad, y alguno soltaba risitas ante su aspecto. Su preocupación iba en aumento.

—Mi nombre es Urashima, el pescador. ¿No ha oído usted hablar de mi familia? —iba preguntando lloroso.

Por fin encontró a un anciano que le respondió con las siguientes palabras.

—Ah, sí. Yo sí he oído hablar de Urashima, un pescador que vivió aquí y que desapareció en el mar subido a lomos de una tortuga. Pero si tú eres Urashima, entonces debes de ser un fantasma, porque al parecer eso sucedió hace trescientos años.

—Déjese de bromas, por favor. Solamente he estado ausente unos meses, y soy de carne y hueso, no un fantasma.

—Bueno, pues fantasma o no, eso sucedió hace trescientos años, y es todo lo que puedo decir.

Urashima apenas podía contener su asombro. Ahora que se lo había dicho, se iba dando cuenta de que todo a su alrededor tenía un aspecto completamente extraño, y de que sus ropas parecían anticuadas. Después de todo, quizá fuera cierto que habían pasado trescientos años.

—¡Hace trescientos años! ¡Trescientos años! —murmuró Urashima para sí—. Y yo pensaba que habían sido solo unos meses. Eso lo explica todo: mis padres muertos; nuestra casa en ruinas; la aldea irreconocible. ¡Oh! ¿Qué puedo hacer?

Y se puso a llorar amargamente. Al cabo de un rato sus pensamientos volvieron a su princesa y a su nuevo hogar bajo el mar. Allí estaba su única esperanza. Regresó a la playa, y se sentó mirando fijamente la caja de laca negra que llevaba.

—La princesa me dijo que había algo muy importante dentro, pero que no debía abrirlo. Pero ahora que he perdido mi casa, mi familia y a mis amigos, esto es todo cuanto me queda. Probaré a abrirlo.

Desató ansiosamente los lazos y con manos temblorosas levantó la tapa. Al instante, una nube color púrpura salió del interior y envolvió a Urashima por completo. Cuando se dispersó la neblina, Urashima comprobó que en él se había operado un terrible cambio. Su fresco y joven rostro de veinticinco años se había llenado de líneas y arrugas; sus brillantes ojos se habían oscurecido y ofuscado; su pelo se había vuelto blanco como la nieve, y escaso. Los calambres rendían sus dedos y el dolor, sus piernas, ahora delgadas y llenas de gruesas venas. Trató de levantarse, pero los incontables años atormentaban todo su cuerpo, y se notó sujeto a la arena porque su espalda se inclinaba en ángulo recto y no podía ponerse derecho.

Luego, con los ojos nublados, miró vagamente hacia el mar.

La montaña Kachi-kachi

Érase una vez, hace mucho, mucho tiempo, un anciano que vivía con su esposa en el campo. En la vecindad había un viejo *tanuki* muy dañino que cada noche salía de su madriguera y arrasaba sus campos, destrozando todos los melones y berenjenas que el hombre había sembrado y cultivado con el sudor de su arduo trabajo, por lo que, aunque el viejo era de buen carácter, no pudo aguantar más y diciéndose «ya verás lo que te voy a hacer», finalmente puso una trampa y consiguió atrapar al viejo *tanuki*.

—¡Qué alegría! Por fin estoy libre de esa peste.

El viejo, muy contento, cogió al *tanuki* y se lo llevó a su casa.

—¡Mujer, por fin he atrapado a ese *tanuki* tan dañino! Vigila que no se escape. Esta noche haremos sopa de *tanuki*, y tomaremos sake para celebrarlo —le dijo.

El viejo ató las cuatro patas del *tanuki*, lo colgó cabeza abajo de una viga de la despensa, y volvió a salir al campo.

Cuando se hubo ido, el *tanuki*, colgando de la viga de la despensa, empezó a estrujarse los sesos pensando y pensando en cómo podría escapar, hasta que, al fin, ideó un plan. Luego, volviéndose hacia la vieja que estaba moliendo trigo a su lado, le dijo con fingida amabilidad:

—¡Abuela! ¡Eh, abuela!, debe de ser muy cansado para una mujer de tus años moler trigo con un almirez tan pesado como ese. Préstamelo, y yo moleré por ti.

La vieja negó agitando su cabeza canosa a izquierda y derecha y dijo:

—Pero ¿cómo crees que voy a hacer una cosa semejante en ausencia de mi marido? Si llegase a pasar algo, ¡cómo me regañaría por haberlo hecho! Te agradezco mucho tu amabilidad, pero no estoy dispuesta a ello.

Así que no se dejó convencer por la táctica del *tanuki*.

Pero el *tanuki*, siendo asimismo un animal de astucia reconocida, continuó tratando de persuadirla, diciendo con voz zalamera:

—Haces bien en ser tan precavida. Pero desde que me han cogido ya no pienso en tratar de huir ni de esconderme como un cobarde. Si crees que el viejo te regañará por haberme desatado, pues bien, vuelve a atarme cuando creas que esté por llegar y me cuelgas aquí como antes. ¿No te parece que con eso estará bien? De ninguna manera voy a escaparme. Prueba aunque solo sea una vez y déjame usar el almirez.

Así iba soltando este tipo de argumentos, y como la vieja en el fondo era una mujer de buen corazón, pensó para sus adentros: «Ya que me lo dice tan seriamente, creo que no habrá peligro alguno», y finalmente lo desató.

—Muy bien, pues ya puedes moler por mí un rato —le dijo entregándole el almirez.

Apenas el *tanuki* cogió el almirez, hizo como si fuera a moler el trigo, y he aquí que, de pronto, golpeó a la mujer con él. Y cuando estuvo seguro de que estaba muerta, hizo una sopa con ella como si fuera la sopa de *tanuki*. Luego, transformando su figura[26] en la de la anciana y disfrazándose con sus ropas, esperó tranquilamente a que regresara el viejo.

El anciano, que no podía ni soñar lo que había sucedido durante su ausencia, iba feliz y sonriente por el camino de vuelta, ya que se había librado por fin de una gran preocupación y encima iba a poder cenar sopa de *tanuki* por primera vez en mucho tiempo.

Al llegar a casa de tan buen humor, el *tanuki*, fingiendo ser la mujer que le esperaba impaciente, le dijo:

—¿Ah, ya estás de vuelta? Quería que probases cuanto antes la sopa de *tanuki* y te estaba esperando con el guiso ya preparado.

Él, muy complacido al oírla, respondió:

—Ah, estupendo. Te agradezco mucho que te hayas tomado ese trabajo. Vamos a probarla de inmediato.

Tan pronto como se hubo quitado sus sandalias de paja, se sentó frente a la mesa, y como no sabía que la sopa estaba hecha con su esposa, comía chasqueando la lengua para demostrar cuánto le gustaba, y hasta pidió repetir de esa sopa de vieja.

Y entonces, esa abuela que hasta ese momento le había servido la cena, de pronto recuperó su forma original de *tanuki* y, enseñándole a la vez la lengua y el rabo, le dijo:

—¡Viejo, te has comido la carne de tu mujer! ¡Mira los huesos bajo las tablas del vertedero! —Y desapareció al instante, como si fuese niebla o una nube.

El anciano se llevó una sorpresa tan grande que quedó mudo y paralizado de horror. Por fin, recobrándose, dijo:

—¡Ah, pobre mujer! ¡Así que la sopa que he tomado y que me ha sabido tan deliciosa, hasta para chasquear la lengua, estaba hecha de mi pobre mujer! ¡Cuánto odio a ese *tanuki*! ¡Algún día sufrirás mi venganza!

Sobrecogido por la rabia y la pena, el viejo se arrojó al suelo y, boca abajo, lloró sin parar como un niño.

Y he aquí que, de pronto, oyó que alguien le llamaba por encima de su cabeza:

—¡Buen hombre! ¿Por qué estás llorando así?

El anciano, pensando quién podría ser el que le llamaba, levantó la cabeza y vio a un viejo conejo blanco que también vivía en la vecindad.

De por sí, el conejo blanco era de carácter bondadoso, muy diferente del viejo *tanuki*, y como el hombre sabía que era un animal muy amable, le dijo:

—¿Ah, eres tú, conejo blanco? Gracias por venir a visitarme. A decir verdad, hoy me ha pasado esto y esto, y el viejo *tanuki* ha matado a mi mujer. ¡Algo tan penoso no me había sucedido en toda mi vida!

El conejo, al oír toda la historia, se compadeció mucho del viejo, y le dijo:

—¡Hay que ver qué cosa tan horrible! Pero no te desesperes así. Por lo que se refiere a la venganza contra el viejo *tanuki*, yo me encargaré en tu lugar. Tú solo tienes que esperar pacientemente.

Así es como el conejo le consoló, de tal modo que su corazón se sintió un poco más aliviado, y dijo:

—Aun siendo todos compañeros del reino animal, los hay que me dicen cosas tan buenas como tú y los hay tan malvados como el *tanuki*. Pero el Cielo nunca se equivoca al ayudar a los buenos y

castigar a los malos, así que ese bellaco de *tanuki* seguro que pronto, un día de estos, sufrirá tu venganza. ¡A partir de hoy esperaré con ansiedad que llegue ese día!

—De eso puedes estar seguro, que ya me he comprometido, y en dos o tres días te mostraré cómo he derrotado a ese *tanuki*.

Tras haber hecho esa promesa solemne, el conejo se marchó.

Cuando el conejo iba de camino a su madriguera, decidió ver qué estaba haciendo el *tanuki*. Pero este, después de huir de casa del viejo, se hallaba temeroso de ser descubierto, así que se había refugiado en lo más hondo de su cubil. Al ver esto, el conejo pensó que no podría hacer nada hasta que sacase al *tanuki* de su madriguera. Afortunadamente, al día siguiente hizo buen tiempo, y el conejo fue a visitar al *tanuki*. Llamándole desde fuera le dijo:

—Señor Tanuki, señor Tanuki, ¿qué le sucede que se encierra en la madriguera con un día tan bueno? ¿Es que tiene pereza? ¿Por qué no viene conmigo a la montaña a divertirnos y recoger leña para el fuego?

El *tanuki*, al ver que se trataba de un animal como él, se confió en gran manera y le dijo:

—Pues sí, es una gran idea. Estaba empezando a aburrirme de estar solo. ¡Salgamos ahora mismo!

Así fue como ambos animales echaron a andar juntos hacia una de las montañas cercanas.

El conejo y el *tanuki*, al que tan hábilmente había sacado aquel de su madriguera, juguetearon todo el día corriendo por la montaña y recogiendo leña sin demasiado esfuerzo. Para la bajada, se echaron a la espalda la leña que habían juntado y se dirigieron hacia sus madrigueras. A mitad de camino, el conejo, dándose cuenta de que el *tanuki* andaba confiado, se puso detrás de él, a escondidas, y empezó a frotar el pedernal que llevaba consigo, que hacía un sonido como *kachi-kachi*.

Entonces el tejón, aguzando los oídos, preguntó:

—Señor Conejo, ¿qué será ese ruido de *kachi-kachi* que se ha oído detrás de nosotros?

—¡Ah, no es nada! Es que como esta es la montaña Kachi-kachi, he sido yo que he dicho «kachi-kachi» —respondió fingiendo desinterés.

Mientras iban conversando, el fuego que había obtenido con el pedernal prendió en el hato de leña que el *tanuki* llevaba a la espalda, empezando a crepitar con un *boo-boo*.

El *tanuki*, al oír el ruido, volvió a preguntar:

—Señor Conejo, ¿qué es ese ruido de boo-boo que se oye ahora detrás de mí?

—¿Ese ruido? ¡Oh, no es nada! Es que como el nombre de esta montaña es Boo-boo, he sido yo que estaba diciendo «Boo-boo».

Y casi antes de que terminase de decir aquellas palabras, la leña que llevaba el *tanuki* sobre su espalda se incendió con una gran llamarada, pareciéndose el espectáculo a las estatuas budistas de Fudoh-myoh[27]. Como no podía ser menos, el *tanuki* se desesperaba aterrorizado.

—¡Ah, que me quemo! ¡Aah, aah! ¡Es terrible! ¡Es terrible! —gritaba rodando por el suelo.

El conejo, fingiendo estar muy sorprendido, lo abanicaba por detrás. Esto hizo que al *tanuki* le resultase el dolor todavía más inaguantable, y chillando a más no poder corrió hasta precipitarse dentro de su madriguera.

El conejo estaba muy complacido viendo que había funcionado su plan de atormentar al *tanuki*.

Al día siguiente, con semblante serio, se dirigió a la madriguera para interesarse por el estado de salud del *tanuki*, al que halló con un pañuelo atado a la cabeza y gimiendo de dolor.

El conejo, sacando una pasta de guindillas que había traído, se la ofreció diciendo:

—Señor Tanuki, siento mucho lo que le sucedió ayer. He oído que este ungüento es lo mejor para las quemaduras, y aunque le dolerá un poco, creo que debe aguantarse y probarlo.

El *tanuki* se alegró mucho, y le dijo:

—Es usted muy bondadoso por traerme eso. Me da un poco de reparo pedirlo, pero ¿sería usted tan amable de untarme un poco?

—Claro que sí. Venga aquí.

Y diciendo esto, le untó generosamente la pasta en la parte en que la piel estaba descarnada. Frotaba y frotaba con tanta fuerza que le causó un daño tremendo al *tanuki*, que cayó rodando en su madriguera con un sufrimiento terrible.

Sin embargo, aunque sufrió muchísimo, el *tanuki* no se murió tras una suerte tan terrible, ni tampoco cambió un ápice su maligno carácter. Por ello, el conejo decidió no darle tregua, y siguió pensando en cómo matarle.

Pasado un tiempo, cuando el *tanuki* mejoró de sus quemaduras, acudió a ver al conejo. Al verle, el conejo le dijo:

—¡Oh, Señor Tanuki! ¿Ha mejorado usted?

—Estoy mucho mejor, gracias. Ya casi no me duele.

—Me alegro. Entonces, si le parece, para hacer un poco de ejercicio, podemos ir otra vez de excursión.

—No, gracias. He terminado más que harto de ir a la montaña.

—Entonces dejemos la montaña. ¿Qué tal si esta vez probamos a ir al mar?

—Bien pensado. Ahora que lo dice, lo del mar puede ser divertido.

—Pues entonces yo me encargo de las barcas para que salgamos lo antes posible.

—Lo dejo en sus manos —repuso el *tanuki*.

Y así se separaron ese día.

Cuando el *tanuki* se marchó, el conejo se puso enseguida a construir las barcas. Esta tarea ocultaba un nuevo plan contra el *tanuki*, pues mientras que construía su propia barca a base de madera, la del *tanuki* la hizo de barro.

Pasados dos o tres días, el *tanuki* volvió de visita.

—¿Señor Conejo, ha terminado usted ya las barcas?

—¡Oh, sí, ya las tengo preparadas! Vea usted qué maravilla.

—Realmente tienen muy buen aspecto. Entonces, ¿salimos ya cuanto antes?

—¿Sabe usted remar?

—Claro, cómo no iba a saber.

—¡Pues salgamos!

Los dos animales se fueron hasta la costa más próxima y botaron sus barcas, remando hacia mar adentro… El conejo en la barca de madera, y el *tanuki* en la de barro.

—Señor Tanuki, ¿verdad que es una vista maravillosa?

—Cierto. El tiempo es muy bueno y el mar está en calma. Es muy agradable, ¿verdad?

—Se me ocurre que solo remar sin más no es muy divertido. ¿Qué tal si probamos a hacer una competición?

—Hum… sí, suena divertido —repuso el *tanuki*—. Vamos, pongamos las barcas alineadas y salgamos. ¡Una, dos y tres!

—¡Adelante! ¡Adelante!

—¡Adelante! ¡Adelante!

El conejo y el *tanuki* remaron con todas sus fuerzas, con los pañuelos anudados en la frente. Pero como, al fin y al cabo, la barca del *tanuki* estaba hecha de barro, comenzó a absorber el agua y a deshacerse según remaba.

Entonces el *tanuki* se dio cuenta por vez primera de la situación, y gritó lleno de pánico:

—¡Ah, esto es terrible!, ¡terrible! ¡Señor Conejo, espere un poco! ¡Mi barca se está deshaciendo! ¡Ah, sálveme! ¡Sálveme!

El conejo detuvo su barca y se volvió hacia el *tanuki*, diciéndole:

—¡Eh, viejo *tanuki*! ¡Te atreviste a matar a golpes a mi pobre vecina, la vieja, y a hacer una sopa con ella! Como castigo del Cielo, pasaste por el sufrimiento de la montaña Kachi-kachi y de la pasta de guindillas. Que ahora vayas a verte pasado por agua como pago por la sopa que hiciste con la vieja, debes considerarlo como algo justo, por lo que no debes enfadarte. ¡Prepárate para morir!

Y diciendo esto, alzó su remo y le dio un golpe al *tanuki* en la cabeza. El *tanuki* dio un chillido agudo y se hundió con un gorgoteo en el fondo del mar.

Así fue como, por fin, el conejo mató al *tanuki* y vengó a la pobre vieja. Después, corrió enseguida a la casa del anciano y le contó la historia con todo detalle. El viejo se llevó una gran alegría y le dijo al conejo que, gracias a él, su corazón se sentía muy aliviado. Elogió su valiente acción y como recompensa le trajo sabrosos alimentos. A partir de entonces, le acogió en su casa y le trató con tanto cariño como si fuera su propio hijo. *¡Medetashi! ¡Medetashi!*[28]

El gorrión de la lengua cortada

Hace mucho, mucho tiempo, vivía en cierto lugar un viejo leñador de gran corazón cuya esposa, en cambio, tenía muy mal carácter. Un día de otoño por la mañana en que el bosque se hallaba encendido con el rojo de los arces, el viejo andaba en busca de leña cuando escuchó un plañidero lamento: «¡Chi, chi, chi! ¡Chi, chi, chi!». Parecía proceder de unos matorrales cercanos, pero no se veía nada. El leñador, yendo hacia donde se escuchaba el lamento, apartó los matorrales y descubrió un pequeño gorrión caído en el suelo, que se quejaba con temor y aleteaba incapaz de volar. Levantándolo suavemente, comprobó que una de sus patas estaba herida, así que metió al gorrión en su pecho, entre los pliegues del kimono, y se lo llevó de vuelta a casa, poniéndole el nombre de Chunko.

Pero su esposa estalló en improperios al ver el cariño con que el hombre trataba al pájaro.

—¿A quién se le ocurre traer algo así? Con lo molesto que va a ser alimentarlo y demás. Te advierto que yo no pienso hacer nada.

El leñador, acostumbrado ya a sus regañinas, se movía silencioso e indiferente, preocupado tan solo de atender al gorrión. Día tras día le cuidaba la herida y le daba de comer arroz hervido, que el animalito tomaba gozosamente con su pico. Con el tiempo, el gorrión se restableció, y revoloteaba por toda la casa, posándose en el hombro o en la cabeza del leñador, canturreando «¡pío, pío, pío!». La mujer del leñador, por su parte, lo aborrecía y, con un «maldito pájaro», no perdía oportunidad de atacarlo con la escoba o de espantarlo.

Una mañana el anciano se fue a la montaña como de costumbre, con su guadaña y su cesto. Antes de salir, se despidió del gorrión: «Sé bueno durante mi ausencia y no molestes a la abuela. Volveré enseguida».

La vieja mujer, por su parte, fue hasta el pozo y empezó a hacer los preparativos para lavar los kimonos. El gorrión, sintiéndose muy solo, empezó a revolotear en torno de la mujer, pero ella no le hizo ningún caso. Sacó agua del pozo y llenó el gran balde de madera, y dentro metió los delicados kimonos para lavarlos. Había preparado también una pasta de harina de arroz y agua en una olla para, según la costumbre, empaparlos en ella antes de secarlos y que recibieran una lustrosa brillantez. Tras dejar la olla en la cocina, se aplicó por entero a la larga tarea de frotar y limpiar los kimonos hasta que estuvieron limpios y frescos. Ella continuó con su colada como si el pájaro no existiera, pero el gorrión, que ya estaba hambriento, llegó revoloteando hasta la olla con el engrudo. Atraído por su buen aspecto y olor, el gorrión metió su pico en la rica pasta y, «qué delicioso, ¡pío, pío!», trinó mientras bajaba una y otra vez su pico. No se sintió satisfecho hasta que el fondo de la olla apareció pelado y limpio. Cuando la vieja mujer regresó con los kimonos para tratarlos con la pasta y vio la olla vacía, todo su cuerpo empezó a temblar de odio y de cólera, y agarrando al gorrión antes de que este tuviera tiempo de escapar, aulló:

—¡Maldita bestia, después del esfuerzo que me ha costado preparar esa pasta! ¡Voy a hacer que recuerdes este día! Ahora verás. —Y trayendo un par de tijeras, obligó al gorrión a abrir el pico—. Así que esta es la lengua con la que has estado chupeteando, ¿eh? —Y le cortó la lengua con las

afiladas cuchillas, arrojando a la pobre criatura al suelo—. Y ahora, piérdete —le gritó.

El gorrión se levantó y agitó el polvo, batiendo con sus alas el suelo. ¡Cuánto debía dolerle! Girando y girando, luchó y aleteó, hasta que, con un último esfuerzo, levantó el vuelo tambaleante y desapareció en el cielo.

Cuando el viejo regresó a casa aquella noche con la leña a la espalda, se sorprendió muchísimo al no oír la usual bienvenida. Su amigo no se veía por parte alguna. Intranquilo, fue derecho a la jaula, pero la encontró vacía. Volviéndose a su mujer, preguntó:

—¿Dónde está nuestro pequeño Chunko?

—El miserable se comió toda la pasta de arroz, así que le he cortado la lengua y lo he echado a la calle. Y no lo quiero más por aquí —replicó colérica la esposa.

—¡Pobrecillo animal! —gritó angustiado el leñador—. ¡Qué cosa tan cruel haberle cortado la lengua solo por haberse comido el engrudo! ¡Si hubiera estado yo aquí!… ¿Cómo escuchar esto sin echarse a llorar? —Y rompió a llorar como si le hubieran separado de su propio hijo.

Aquella noche el leñador no pudo dormir. Se agitaba ansiosamente en el lecho pensando en su pequeño pájaro, y cuando por fin llegó el amanecer, se levantó y se vistió rápidamente para salir en seguida al bosque a buscarlo. Durante un buen rato estuvo vagando y gritando:

—Gorrión de la lengua cortada, ¿dónde está tu casa? Gorrión de la lengua cortada, ¿dónde está tu casa? Pío, pío, pío.

Durante toda la mañana y parte de la tarde estuvo buscando al animal, caminando en una y otra dirección, penetrando cada vez más en la espesura. Cuando empezó a atardecer, continuaba llamando:

—Gorrión de la lengua cortada, ¿dónde está tu casa? Pío, pío, pío.

Al llegar junto a un bosque de bambúes, un gorrión que le escuchó, se acercó revoloteando mientras cantaba:

—La casa de los gorriones está aquí, pío, pío, pío.

El leñador, con una gran alegría que le hizo olvidarse de su cansancio, se puso en pie y siguió a toda prisa al gorrión por el interior del bosque de bambúes. Al cabo de un rato, por fin llegaron a un claro en el que, bajo un techado de bambú cubierto de musgo, y sostenido por columnas también de bambú, se hallaba el precioso hogar de los gorriones.

Al momento salió Chunko a la puerta a recibirle.

—¡Qué sorpresa! Bienvenido seas a mi morada, querido abuelo.

—Ah, ¿es aquí donde estabas? Desde que nos separamos te echaba tanto de menos, que he estado buscándote por todas partes para volver a verte.

—Te estoy tan profundamente agradecido por ello que se me saltan las lágrimas de felicidad. No sé cómo agradecértelo.

Y efectivamente, a ambos se les saltaban las lágrimas de felicidad por el reencuentro.

—Pero cómo se te ocurre… Después de que fueras para mí como un hijo, que te cortasen la lengua cruelmente solo por un vulgar engrudo. Fue una miserable acción por parte de esa vieja. Ayer mismo la regañé por ello. Pero por lo que veo ya estás curado de esa terrible herida.

—Así es, muchas gracias. Por favor, pasa adentro. —Y le guio al interior.

Ante los ojos del leñador se abría un hogar maravilloso. Se descalzó y, mientras caminaba por el

largo pasillo de cedro, por todas partes se escuchaban voces de bienvenida. El hombre no cabía en sí de gozo. Los gorriones se alinearon ante él y se inclinaron reverentemente. Todos los amigos y familiares de Chunko salieron a recibirle.

—Pero ven, que te presentaré a mis padres —dijo el pequeño Chunko.

Y le condujo a una magnífica sala donde aguardaban sus padres, sentados en el suelo en torno a una mesa alargada. Los pájaros padres, que habían escuchado cómo el anciano salvó a su hijo y cuidó luego de él, murmuraron con una profunda reverencia:

—En la vida podremos devolverte la gran obligación que hemos contraído.

La decoración de la sala era espléndida, y, como invitado de honor que era, sentaron al anciano muy cerca del lugar donde colgaba un rollo de seda con la inscripción de un poema. Chunko pidió a los demás gorriones que se esforzaran lo más posible en su recepción, pues el visitante era un gran benefactor. El viejo leñador estaba muy sorprendido, pues un plato exquisito seguía a otro, y todo era servido con delicioso sake y buen gusto. Como acompañamiento del banquete, un grupo de jóvenes gorriones con kimonos de alegres colores cantaron y bailaron su especialidad, *La danza del gorrión*. Los ojos del leñador brillaban de alegría.

—A pesar de todos los años que he vivido, no he visto nunca nada tan entretenido y agradable —repetía.

Al oscurecer, el hombre empezó a pensar en su casa, y a su pesar dijo a sus anfitriones:

—Bueno, gracias a vosotros me he sentido rejuvenecer. Ha sido muy entretenido, pero se ha hecho muy tarde y debo regresar.

Los gorriones se apenaron muchísimo y trataron de disuadirlo por todos los medios para que no se fuera.

—Por favor, no es un lugar digno de ti, pero alójate con nosotros esta noche. Aunque te agasajásemos durante dos o tres días, eso no pagaría ni una milésima de tu amabilidad.

Pero el leñador insistió:

—Queridos amigos, ya es tarde, y mi mujer debe de estar esperando; hoy debo marcharme, pero vendré de nuevo a visitaros de vez en cuando.

Entonces ya no le presionaron más y el pájaro padre habló:

—Generoso leñador, es muy triste despedirte, pero esta noche queremos que aceptes un regalo como prueba de nuestra gratitud.

Al decir esto, los pájaros trajeron dos cestas de mimbre que depositaron en el suelo, a los pies del anciano.

—Ahí tienes dos cestas —continuó el pájaro padre—: una es grande y pesada; la otra es pequeña y ligera. Cualquiera que escojas es tuya, y te la damos con los mejores deseos por parte de todos nosotros.

El leñador se hallaba profundamente emocionado, y mirando al pájaro padre, al fin dijo:

—Además de esta maravillosa recepción, todavía me ofrecéis un regalo. Es una atención que no merezco, pero ya que os habéis tomado la molestia, lo aceptaré.

—Entonces, ¿con cuál te quedas?

—Soy mayor y ya no necesito muchos bienes. Además, no puedo cargar cosas pesadas, así que aceptaré agradecido la cesta más pequeña.

Los pájaros le colocaron la cesta a la espalda y le acompañaron hasta la puerta de entrada, donde le ayudaron a ponerse el calzado. Todos los gorriones se congregaron en la puerta para despedirle.

—¡Adiós, mis pequeños amigos! ¡Adiós, pequeño Chunko! ¡Cuídate mucho! Ha sido una noche maravillosa que jamás olvidaré —dijo el anciano, y saludó cortésmente muchas veces. Agitando la mano salió al bosquecillo, y pronto desapareció entre las tinieblas.

Mientras, la vieja, al ver que ya era de noche y su marido no volvía, andaba soltando improperios a solas, llegó el leñador con el cesto atado a la espalda.

—¿Qué horas son estas de venir? —le regañó furiosa.

—No te enfades, mujer. He estado en el hogar de los gorriones, donde he pasado un rato muy agradable; e incluso me han dado un regalo —contestó descargando el cesto de su espalda.

Al oír lo del regalo, la abuela suavizó su expresión al instante.

—Ah, bien. ¿Qué será? ¡Vamos a ver cuanto antes qué hay dentro! —dijo con voz ansiosa.

Y, sin ofrecer a su fatigado esposo siquiera una taza de té, abrió en seguida la tapa. Un resplandor de confusa brillantez cegó momentáneamente sus avariciosos ojos, porque dentro había oro, plata, joyas, ricos kimonos, y tesoros centelleantes hasta rebosar. Los dos estuvieron mirando en silencio, sorprendidos y extasiados.

Entonces el anciano relató la historia de su aventura desde el principio, contando que le habían ofrecido un cesto grande y uno pequeño y que él escogió el pequeño sin imaginar siquiera que pudiera contener tantas riquezas. Pero cuando su esposa escuchó estas palabras, estalló furiosa:

—¿Pero qué clase de estúpido eres? Traes a casa una cesta pequeña cuando con un poco más de molestia podías haberte traído el doble de tesoros. Ahora mismo iré yo en persona a visitar a los pájaros, y regresaré con la cesta grande.

—No seas codiciosa. ¿No es más que suficiente con lo que tenemos? Te pido que no vayas —intentó razonar el anciano leñador.

Pero los oídos de la mujer estaban distraídos por los pensamientos de su mente avariciosa, y, pese a que ya era noche cerrada, se calzó los zapatos y, tomando el bastón de su esposo, salió disparada hacia la casa de los gorriones.

Caminaba de noche por el bosque repitiendo:

—Gorrión de la lengua cortada, ¿dónde está tu casa? Pío, pío, pío.

Pasado un tiempo, amanecía ya cuando llegó al linde del bosque de bambúes. Y allí apareció un gorrión cantando:

—La casa del gorrión es aquí, pío, pío, pío.

La vieja le siguió corriendo por el interior del bosque de bambú, y llegó a la casita de los gorriones. En ese momento, los pájaros se hallaban reunidos haciendo comentarios acerca del anciano que acababa de dejarles y de su esposa, cuando escucharon llamar a la puerta.

—¿Es este el hogar de los gorriones? He venido a ver a mi pequeño amigo Chunko —decía melosamente la vieja.

Chunko salió a recibirla y, aunque le tenía miedo por haberle cortado la lengua, tuvo en cuenta el hecho de que le hubieran cuidado en la casa durante largo tiempo y, sobreponiéndose, le dio la bienvenida con una reverencia.

—Ah, ya veo que estás completamente recuperado, mi pequeño. Ya sabía yo que en realidad no te

había hecho mucho daño —dijo zalamera. Tenía tanta prisa que rehusó detenerse para quitarse el calzado, con lo que los gorriones quedaron horrorizados ante aquellos modales tan insolentes y maleducados.

Después, cuando vio que se disponían a agasajarla, se apresuró a decir:

—Tengo mucha prisa. Por favor, no os molestéis en bailar para mí. Y tampoco dispongo de tiempo para comer nada. Solo quería ver qué tal se encontraba el pequeño Chunko. Pero como he venido desde tan lejos, por favor, dadme rápidamente un regalo como recuerdo de mi visita, y en seguida me marcharé.

En silencio, los pájaros trajeron dos cestas, una grande y pesada y otra pequeña y ligera, y las colocaron delante de ella.

—Como regalo de despedida —dijo el pájaro padre—, acepta por favor una de estas cestas. Como ves, una es grande y pesada; la otra pequeña y ligera. La que elijas será tuya.

Casi sin esperar a que el pájaro padre terminara de hablar, la anciana señaló inmediatamente la cesta grande:

—Yo soy más joven que mi esposo, así que puedo cargar con la grande. Elijo esta.

—Es tuya —dijo el pájaro gravemente.

En la salida, con muchos suspiros y soplidos, los gorriones colocaron la cesta sobre la espalda de la mujer y la saludaron en silencio a las puertas de la casa. La vieja no perdió tiempo en inclinaciones sino que se marchó apresuradamente hacia el interior del bosque, doblándose bajo el peso de la enorme cesta.

No bien estuvo fuera del alcance de la vista de los gorriones, bajó con grandes sudores la cesta de la espalda, que pesaba más que si fueran piedras, e, incapaz de esperar más, abrió inmediatamente la tapa. Pero tuvo que retroceder horrorizada, pues en esta ocasión no había tesoros dentro, sino que lo que surgió fueron criaturas monstruosas. Una con tres ojos, otra con forma de sapo, otra como un insecto peludo, otra con un cuello alargado como una serpiente, y más y más clases de trasgos que rugían, siseaban y alargaban sus extremidades hacia ella.

—Ahora te daremos tu merecido, vieja codiciosa —gritaban, y unos extendían sus serpenteantes brazos palpando todo el cuerpo, otros sacaban su larga lengua chupeteándole el rostro, y otros intentaban enroscarse en sus piernas.

Aterrada, sintiendo su cuerpo helado, la vieja mujer salió huyendo. Atravesando el bosque, las zarzas y el agua, corrió a la velocidad del viento, mientras los monstruos la perseguían alocadamente.

—¡Ayuda, auxilio! ¡Salvadme de estos diablos! —gritaba la mujer.

La vieja mujer no se detuvo hasta que llegó a casa, sin aliento y temblando, donde su marido, conmovido por su lastimoso estado, salió corriendo para ayudarla hasta el porche, donde se sentó palpitando antes de poder hablar.

—¿Qué te ha ocurrido? ¿Qué te ha ocurrido? Por favor, dímelo —rogó el anciano.

Su mujer, después de relatarle la historia, dijo:

—Durante toda mi vida he sido de mal corazón y avariciosa. ¿No podrás perdonar a una mujer así? Desde este momento reformaré mi camino.

El hombre comprendió que era sincera en su arrepentimiento, y la tomó compasivamente de la

mano. La mujer cambió por completo y durante el resto de sus días vivieron felices.

A la primavera siguiente, ambos fueron juntos a visitar a los gorriones y se dice que mantuvieron esa amistad hasta el fin de sus días.

Nota del traductor

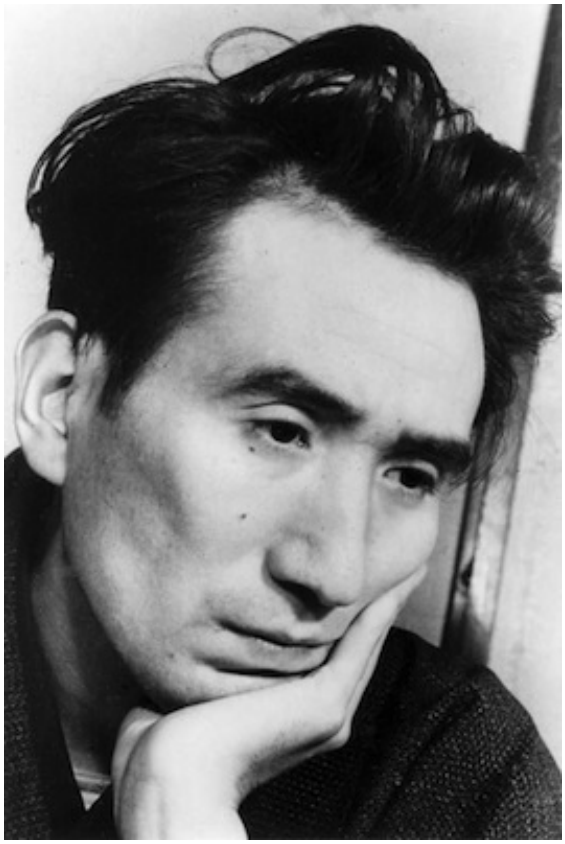
Agradecimientos

Finalmente, tan solo añadir unas palabras de agradecimiento a cuatro personas sin cuya ayuda esta traducción no hubiera sido lo mismo, o incluso puede que no hubiera existido. Mi hermano Carlos Aguilar, su amiga Alicia Fernández, mi esposa Hiroko Anzai y esa mujer siempre sorprendente que responde a los nombres de Nobuko Igarashi, Nobuko Asaka, y Nobuko Ikari.

Colofón

En diciembre de 2002 realicé mi primer viaje a Aomori, y mi plan incluía comenzar la visita por la casa natal de Osamu Dazai en Kanaki. Una de las habituales nevadas de aquella zona obligó a cancelar los vuelos y tuve que viajar en tren expreso, lo cual provocó que perdiera la conexión con el tren local (que en invierno cuenta todavía con una vieja estufa dentro del vagón) y que no pudiese acudir en esa ocasión a Kanaki. Por fin, en abril de 2009 conseguí mi objetivo, y quedé fascinado por aquel imponente caserón, recorriendo las habitaciones donde Osamu Dazai bebía sake sonriendo en silencio mientras escuchaba charlar a familiares y amigos cuando volvía de vez en cuando a su casa natal. La tercera vez que visité Aomori, en abril de 2012, tampoco pude visitar Kanaki; pero aproveché esos días para avanzar en la traducción de esta obra que el lector tiene en sus manos y que terminé en la primavera del año siguiente. Si el espíritu de Dazai me ayudó o no entonces a captar y traducir lo que él quiso decir con sus escritos, es algo que dejo al criterio de cada uno.

Daniel Aguilar



OSAMU DAZAI nace en 1909 en el seno de una familia acomodada de la prefectura de Aomori. A los 21 años se matricula en literatura francesa en la universidad de Tokio, aunque abandona cinco años después sin finalizar sus estudios.

En la capital, un Dazai desheredado por su padre debido a su relación con una geisha se entrega al exceso, a la adicción y a la escritura. En 1935 y 1936, es candidato al Premio Akutagawa y sus relatos suscitan el interés de la crítica. En 1945, justo al final de la guerra, publica *Cuentos de cabecera*, versión irreverente y provocadora de cuentos tradicionales japoneses. Tras la segunda guerra mundial ven la luz sus dos únicas novelas: *Indigno de ser humano* y *El ocaso*, que obtienen un gran éxito de crítica y público. Sin embargo, acuciado por su adicción morfina y al alcohol y tras largos periodos de internamiento en un psiquiátrico, pone fin a su vida en 1948 arrojándose al río Tama con su amante.

Notas

[1] Se refiere, respectivamente, a Ogai Mori (1862-1922) y Shoyo Tsubouchi (1859-1935). <<

[2] La palabra japonesa es *mokugyo*, y se trata de una especie de macillo de madera terminado en una bola con un agujero, empleado por los monjes budistas para golpear un pequeño tambor mientras rezan. <<

[3] Procedente del *Manyoshu* o Libro para diez mil generaciones. <<

[4] En la época en que Dazai escribió este cuento, Taiwán era parte del Japón, y el nombre de Ryukyu para designar a la actual prefectura de Okinawa todavía estaba muy generalizado. <<

[5] La primera parte hace alusión a una siniestra canción infantil y la segunda se trata de un juego de palabras entre el oxígeno *(sanso)* y *chansonette*. <<

[6] Instrumento de cuerda japonés alargado que se coloca horizontalmente en el suelo y se toca mediante unos apliques en las uñas. <<

[7] El *medaka (Oryzias latipes)* es un pececillo natural de la costa asiática del Pacífico. <<

[8] La palabra *tanuki* suele traducirse por «tejón», aunque no es el mismo animal; sin el hocico alargado del tejón occidental, es un cánido más bien parecido al mapache, y pertenece a la familia de los *Nyctereutes*. <<

[9] Koshu viene a coincidir con la actual prefectura de Yamanashi, al oeste de Tokio. Dazai pasó un tiempo allí. <<

[10] El *bushido* es el código de moral guerrero que predica, entre otras cosas, la austeridad y la sinceridad. <<

[11] *Bento* es como se llama a los almuerzos o meriendas preparadas dentro de una cajita al uso, un poco lo que los anglosajones llaman *lunch-box*. <<

[12] Se trata del japonés *enoki*, un árbol muy común en el país. <<

[13] Onomatopeya japonesa que alude al ruido del pedernal al soltar chispas. <<

[14] Sonidos onomatopéyicos referidos al crepitar de las llamas. <<

[15] *Kappa* es el nombre de una criatura de agua dulce, similar a lo que sería un hombre-tortuga. <<

[16] Téngase en cuenta que Dazai escribe esto en los últimos años de la II Guerra Mundial, en que el cine inglés y el americano estaban prohibidos en Japón. <<

[17] La figura de Momotaro se utilizó hasta la saciedad por el militarismo japonés en el tiempo que esto se escribe, para ensalzar el valor del joven patriota en su lucha con los demonios… occidentales. <<

[18] Dazai hace referencia a la costumbre muy extendida durante el siglo XIX de contar historias de fantasmas a la luz de las velas en sesiones nocturnas, donde se iba apagando una vela por cada historia que acababa. <<

[19] Benkei fue en su origen un personaje real de los tiempos medievales, sobre el que luego la imaginación de novelistas y dramaturgos creó todo tipo de peripecias fantaseadas. <<

[20] En el sintoísmo japonés se considera que hay una serie de edades (distintas para el hombre y para la mujer) en que hay que tener especial cuidado porque pueden ocurrir todo tipo de desgracias. Son, por tanto, años en los que conviene acudir al templo para exorcizar los males. <<

[21] La región de Tohoku comprende todo el nordeste de Honshu, la isla principal de Japón. <<

[22] En japonés conocida como «Sendai-hagi», el título juega con el nombre de la ciudad de Sendai (homófono) y la palabra que alude al relevo generacional, pues trata la obra de las luchas intestinas por el control del clan local. <<

[23] Normalmente se canta con los niños tomándose de las manos para formar un corro circular, que figura una jaula, y en su versión más popular no menciona a un gorrión, sino a un pájaro. El verdadero sentido de esta canción, sin embargo, se desconoce, y existen muchas interpretaciones, por lo general siniestras. <<

[24] La palabra japonesa es *sasa*, que es una planta distinta, aunque las hojas se parecen a las del bambú. Por cierto que en Occidente se suele decir que los osos panda se alimentan de bambú, cuando en realidad se trata de *sasa*. <<

[25] Se dice que el rayo nunca cae sobre las moreras, así es que, en algunos lugares del Japón, cuando la gente es sorprendida por una tormenta, si no hay moreras, gritan: «¡kuwabara!», que significa '¡campo de moreras!', con la esperanza de que los dioses crean que están a salvo bajo las moreras y no les hagan daño alguno. <<

[26] El *tanuki* realmente transforma todo su cuerpo, rostro incluido, en el de la vieja, como es habitual en las historias japonesas, que le reconocen esta capacidad. Con la peregrina idea de hacer la historia más accesible al público occidental, en las traducciones antiguas se limita a ponerse la ropa de la vieja, con lo cual es difícil de creer que pudiera engañar al esposo. <<

[27] Espíritu del budismo esotérico cuyo nombre sánscrito es Acala Naatha, que suele representarse con una espada y rodeado de una aureola de fuego. <<

[28] Expresión muy común para terminar los cuentos japoneses, que viene a significar «final feliz». <<